Dr. Eduardo Moore

El profesor Rodríguez Barros y sus conocimientos sobre el sexo

Memoria presentada a la Facultad de Medicina por el ex-profesor Dr. Eduardo Moore, con motivo de ser designado Miembro Académico

Señor Rector de la Universidad de Chile:
Señor Decano de la Facultad de Medicina:
Señores Profesores:

Estimo como el más alto de los honores recibidos, por un Médico y por un Profesor, el obtener el título de Miembro Académico de la Facultad de Medicina. Mi gratitud será permanente hacia Uds.

Ocuparé la vacante dejada por mi excelente y querido amigo el profesor Javier Rodríguez Barros.

Javier, como le llamábamos sus amigos, nació en Concepción el 27 de Septiembre de 1877. Murió atropellado por un tranvía lanzado a toda velocidad, el Domingo 23 de Julio de 1933, en la Avenida Irarrázaval, número 1921, dirección última en su libreta de apuntes de visitas médicas, cuando iba requerido con gran urgencia para atender a una persona cercana de un médico que era uno de los profesores de la maternidad de la que Rodríguez era Director. Se trataba de una operación cesárea de suma urgencia. Almorzaba en medio de su familia y con invitados íntimos y al ser llamado por teléfono contestó que en cuanto hubiera terminado la preparación de su instrumental, cosa que preveía dentro de media hora, concurriría gustoso a atender la enferma. Interrumpió

su almuerzo para alistar su material quirúrgico, pidió excusas y tomó su auto. Solicitado para concluir su almuerzo, declaró que la enferma estaba en suma gravedad y que podía peligrar su vida si tardaba en partir. Un minuto de espera habría bastado para que el tranvía vertiginoso no lo hubiera atropellado. Apenas el doctor abre la puerta de su auto y desciende justamente cuando pasa el tranvía a una velocidad inconcebible, rompe la puerta y arrolla al profesor Rodríguez Barros, partiéndole el tórax y el corazón del médico generoso en trance de salvar dos vidas. Se fractura la columna vertebral produciéndole la muerte instantáneamente. Llevado a la Asistencia Pública de Ñuñoa y depositado el cadáver en una camilla, los que lo visitaron vieron a una persona sonriente, con faz placentera, con serena tranquilidad. Así había corrido Javier por este mundo, sereno, sencillo, sonriente, benévolo.

Hacía tres años que su hijo de veinte años, brillante agrónomo, había muerto repentinamente. Quizá de tétano, quizá de un meningo encefalitis por sinusitis frontal. El joven estaba despachando obreros, cuando se sintió atacado de intensísimos dolores encefálicos y hubo de regresar al hogar Su padre y numerosos colegas hicieron lo indecible por salvarlo. El profesor Rodríguez Barros tenía su alma descansando en el hilo del que colgaba la vida de su primogénito y también la vida de él mismo, porque si el hijo hubiera exclamado «sálveme padre» éste habría desaparecido tres años antes que el día 23 de Julio de 1933. La muerte de un ser que tanto prometía dejó en su padre un recuerdo nunca evocado ante los demás, porque para recordar es necesario olvidar, y ese padre convivía día a día con el espíritu de su hijo. El dominio de su dolor era edificante a fin de no amargar a los suyos; pero buscaba con cualquier pretexto la soledad de su escritorio para dar rienda suelta a su dolor. Sabía mitigar todo sufrimiento; los que afectaban a sus deudos, los propios y los de sus enfermos. Llevaba palabras de consuelo que, por nacer de lo íntimo de su alma, sugestionaban enormemente. Sabía ayudar a los menesterosos, a los clientes de familias venidas a menos, viéndosele a veces costear él mismo pensionado y enfermeras. No era raro ver en la Maternidad, las veces que la cocina no podía funcionar, acarrear en su auto los alimentos necesarios, sustituyendo con lujo el almuerzo que faltaba a su personal.

El día de los funerales pudimos observar que la Iglesia,

el patio y aún la calle no podían contener el número de asistentes, y los desvalidos que habían recibido beneficios de la mano generosa del profesor Rodríguez Barros, acompañaban al carro mortuorio a pie o en góndolas contratadas.

Fué hijo del ingeniero don Tirso Rodríguez Benavides y de la distinguida dama doña Carolina Barros. Tuvo once hermanos. Deja un hijo y una hija.

Su clientela era enorme, superior a sus fuerzas. Cuando regresaba a su hogar y no encontraba a los suyos, eran los libros los que lo atraían con pasión. Podría estar fatigado, pero tratándose de operar se transfiguraba. Esta opinión persiste en cuantos le conocieron su labor: ponía su razón, su subconsciente entero al servicio de su trabajo, con una seguridad que se daba cuenta de su responsabilidad. Operaba en la Maternidad, en el Hospital San José, en su clínica de la Preciosa Sangre y en los Pensionados, con una certeza y con un éxito hasta hoy inolvidable. Desinteresado, observador, científico, humano, tenía placer por servir. El conocía la fórmula que domina en la Clínica de los Mayos: A una tercera parte de los clientes se les sirve gratuitamente; una tercera parte paga los gastos de la operación y sólo la otra tercera parte cubre los honorarios del cirujano. También practicaba la divisa inscrita en la sala del escritorio del Dr. C. Mayo: «no hay placer que supere al que suministra el trabajo.»

Termina la vida el Profesor Rodríguez Barros con dos meses más de 56 años. Había cursado humanidades en los Padres Franceses. Fué interno en el Hospital de San Vicente de Paul desde Diciembre de 1900 hasta Marzo de 1901. En ese tiempo y hasta Septiembre de 1901 fué ayudante del Servicio del Profesor Sierra en San Borja. En ese mismo mes de Septiembre y en el mismo Hospital fué designado Ayudante de la Clínica Obstétrica. Un mes más tarde era Jefe de Clínica de la clase de Obstetricia de la Facultad de Medicina, puesto que conservó durante año y medio, hasta que hubo de abandonarlo para dirigirse a Europa, como pensionado del Estado (1902 - 1904). A su regreso volvió a ocupar el cargo de Jefe de Clínica Obstétrica. En seguida fué nombrado Profesor de Obstetricia en la Escuela de Enfermeras hasta 1906. Ayudante de la Escuela de Puericultura pasó a ser el Director de ella. En 1913 lo encontramos como Director de la Escuela

de Matronas y de Puericultura, y Profesor de Obstetricia de esta Sección de la Facultad de Medicina. Su vocación fué Obstetricia, Ginecología y Ciencia Sexual a cuyos estudios dedicó su vida entera, su tiempo, su desvelos y en cuyos territorios desplegó su abnegación, su amor a los desvalidos.

En 1915 visita los Estados Unidos, designado por el Gobierno al II Congreso Científico Pan Americano. En 1925 aceptó, *ad honorem*, estudiar en Europa lo que se relaciona con la Asistencia Social y con estudios sobre tuberculosis y sobre Cáncer. Recorrió Francia, Inglaterra, Italia, Suiza, y España ávido de perfeccionar sus conocimientos médicos. Así le encontramos en Enero de 1926 como Delegado de Chile en el Congreso de Higiene de Londres y poco más tarde en la Conferencia de París encargada de revisar la Convención Sanitaria Internacional.

El doctor Rodríguez Barros asistió, en 1925, como ayudante de la Clínica del profesor J. L. Faure en París, recibiendo un diploma de comprobación muy encomiástico del citado profesor y refrendado por el decano de la Facultad de Medicina de París. Se conserva un cuadro fotográfico de esta Clínica francesa en el que Faure está rodeado de todos sus ayudantes y entre ellos se puede observar al doctor Rodríguez Barros.

En 1907 fué nombrado profesor extraordinario de Obstetricia de la Facultad de Medicina; fué Director del Hospital San José. En 1923 recibió el alto honor de ser designado Miembro Académico de la Facultad de Medicina en la vacante dejada por el fallecimiento del Profesor Roberto del Río. La Memoria escogida versó sobre « Despoblación» tema de la más alta importancia para la Pediatría y en especial sobre la Ciencia Sexual, y la Moral sexual. Se lee al través del folleto del 1.° de Julio de 1923 el alma del autor, condolida por la creciente mortalidad y la asombrosa disminución de la natalidad. Disminución debida al crimen creciente del aborto provocado y de los medios humillantes y antiestéticos del maltusianismo. Mortalidad por abortos y métodos anticoncepcionales, que felizmente la Ciencia va a estirpar de la tierra, con la comprobación de los trabajos de Ojino (Japón) y Knaus (Austria) que comienzan a poner en práctica todos los cónyuges que lo deseen, sin contrariar así, ni las fuentes de creación, ni las creencias religiosas. Estas adquisiciones científicas de estos últimos años no eran todavía conocidas

del Profesor Rodríguez Barros; pero eran previstas por él. Deplora la mortalidad infantil y la gran morbilidad a causa de la heredo lúes lo que expresa bien en su publicación de 1926: *Sífilis*. En el país más prolífero del orbe desaparece su población por esos factores y por la miseria, la falta de alimentación, la tuberculosis que se enseñorea siempre en los campos de desnutrición, de miseria, de sífilis, de alcoholismo, conduciendo a la más grande de las mortalidades registrada entre los pueblos de la Tierra. Este constante nacer hijos que mueren pronto impulsa al útero a una constante evolución hacia toda genitalitis, sostenida, además, por los gonococcus, poblando a los Hospitales y policlínicos de enfermas de afecciones ginecológicas, atacadas desde el nacimiento del primer hijo. Agreguemos que Chile es el país más pobre en cal y en fósforo, causando debilitamientos orgánicos, depresiones neuróticas, inapetencia a la vida, y reflexionemos que la alimentación de carne es desconocida entre las gentes menesterosas deficiencia que se traduce en pobreza fisiológica, raquitismo, talla mínima. No hay sino comparar estos carentes de carne con sus hermanos que se ocupan en las fuerzas armadas y que éstos, bien nutridos, toman corpulencia, aspecto sano, crecimiento, al lado de candidatos a la tuberculosis como son los desnutridos.

La esterilidad forzada, «este mal, este flagelo nacional que avanza sin contratiempos» está extendido y propagado por las clases superiores. Los hombres que usan de doble moral, encomian la moral sexual que ellos no siguen; pero condenan las perversiones que a ellos atraen. Sin embargo, es de esperar que comiencen a educarse y enseñar los padres a sus hjos y las madres a sus hijas los conocimientos de la Ciencia de la Vida, que los preparará a un mundo real, práctico de moral verdadera, alejándolos de los vicios secretos, de las enfermedades sociales visibles, y del excesivo sensualismo.

El Profesor Rodríguez Barros dominaba la Higiene. Comprendía que las buenas condiciones higiénicas conducen a alargar la vida, a aumentar los nacimientos y aun a salvar a los desperdicios de la selección. Ya Carrel ha podido alimentar indefinidamente trozos de corazón de pollo alimentado con suero de Ringer, cuyo crecimiento si no fuera cercenado de tiempo en tiempo, llenaría el espacio y volumen de millares de pollos, previendo así que la vida humana según Menschnicoff sería de 300 años. Claro es que con este tren optimis-

ta de longevidad y nacimientos, no habría espacio, ni en tierra, ni en mares, ni en balsas ni en aeronaves para contener la población terrestre. Pero he aquí que la ciencia, la moral se aunan con los ya citados descubrimientos de Ojino y de Knaus que permitirán a la pareja humana limitar a voluntad su prole siguiendo las leyes de la Naturaleza que da a la mujer cuatro días (por precaución ocho días) de poder fecundante y dieciseis a veinte días de absoluta esterilidad, pudiendo ellos escoger las épocas de fecundabilidad y las de esterilidad a su entero albedrío. Así procede la menstruación que arroja al óvulo no fecundado, cada veintiocho días cuando rehuye la unión con el espermatozoide.

Rodríguez Barros aconsejaba la multiplicación de dispensarios para sifilíticos y para tuberculosos, con Hospitales especiales para cada una de estas plagas; propaganda, prensa, folletos, interesar la buena gente que colabore en este sentido; penar la embriaguez, y prohibir la venta de licores; vacuna anti variolosa y anti - tífica; hacer la guerra al tifoso exantemático para que éste no contagie al piojo vector, y no hacer la guerra al piojo. Si no existen tifosos, los piojos no tendrían tampoco fuentes de donde infectarse ellos. Recomienda la lucha enérgica contra la mortalidad infantil y se pronuncia en 1915 en un folleto *Puericultura antes del nacimiento*, con el anhelo que persigue tenazmente de crear un Asilo para las embarazadas.

No tenía ocasión de interesarse por el descanso y la vida campestre: su vida dedicada a sus estudios, a su profesión, al servicio público y a su hogar lo amarraban día a día. Contemplaba la regularidad de la vida misteriosa de la creación, obra de un Ser Supremo, con la serena contemplación que los sabios siguen observando las magníficas leyes que regulan los mundos siderales. Por eso lo atrajo la Ginecología, los conocimientos que conciernen al sexo: admirador del impulso vigoroso que crea nuevas vidas, cuidaba la cuna de la humanidad, la mujer, sin olvidar que el nuevo ser nazca rodeado de todos los requisitos y buenos factores que lo hagan un elemento sano, para ser útil.

Gran corazón: era el faro que alumbra y la alegría de su hogar. Amaba a los niños en forma entrañable y éstos le correspondían con ternura. Fué el abuelo de sus sobrinos antes de serlo de los de su sangre. Su descanso era estar entre los niños a los que regalaba con juguetes y golosinas.

Su espíritu público era inmenso. Cúpole el honor de ser el Tesorero de la Sociedad Médica cuando ésta asociación compró el edificio en que reside. Fué miembro del Partido Liberal y socio de muchas sociedades. Era católico observante.

El Profesor Javier Rodríguez Barros se interesaba hondamente con todo lo que concierne al sexo, es decir, con lo que se denomina Sexología o Ciencia Sexual y que nosotros llamamos Ciencia de la Vida, porque, en verdad, ella enseña las funciones y los órganos creadores de vida, y con dicho nombre suprimimos hasta la palabra sexual que produce ofensas a veces.

Para interpretar los conocimientos de Rodríguez Barros sobre el sexo tendríamos que escribir un tratado. Y esto sería inútil cuando existe la obra magnífica y nunca superada del Profesor Augusto Forel intitulada: *La Cuestión Sexual*, tratado siempre nuevo, que a fondo conoció nuestro extinto amigo, libro que merece la más amplia vulgarización para que sea conocido por médicos, educadores, padres de familia y adultos cultivados.

Es preferible hacer un análisis, o crítica de *La Cuestión Sexual* agregando aquello que en tiempo de Forel aun no estaba dilucidado, lo que hago en las páginas siguientes.

LA CUESTION SEXUAL

Por el profesor A. Forel

I

Esta gran obra fué escrita en alemán con el título, *Die Sexual Frage*, en 1905, y corregida y aumentada en el año 1911. Traducida a todos los idiomas, la edición española fué reeditada numerosas veces, siempre con el consentimiento del autor, siendo la última fechada en 1930. Después de seis años nada hay que cambiar o suprimir y, debido al enorme adelanto de la ciencia sobre la vida sexual en estos últimos años, hay poco, pero muy importante, que agregar. En este juicio hemos contemplado la circunstancia anotada y hemos tratado de llenar los vacíos que Forel no pudo colmar, por tratarse de investigaciones muy recientes.

El mundo ha progresado en automóviles, aeroplanos, radio, instrumentos de guerra, material de cirugía, ingeniería, medicina; pero con respecto a las relaciones de la pareja humana no hay cambio substancial alguno. Lo mismo se ama ahora que en los tiempos de Aristóteles. La vida emocional, la actitud del varón, egoísta y sensual, por naturaleza; la de la mujer, altruista y abnegada, que trata de agradar, con sobresaliente sensibilidad, dotada de intuición, al revés del hombre que está dotado de razón, nada de todo esto difiere, en esencia, de lo antiguo. Igual fué desde el comienzo de la civilización. *La Cuestión Sexual* será siempre un libro que no envejece. Es moderno y de todos los tiempos. Es la brújula y el faro para los que enseñamos la Ciencia de la Vida, que así denominamos a la Sexología o Ciencia Sexual.

Forel enseñó en su cátedra de Psiquiatría, en Zurich, Suiza, su patria. Escribió mucho, con el profundo sentido de investigación propio de la raza alemana, y con la delicadeza e intuición de la raza latina, su propia sangre. Fué profesor en Münich, Alemania. Director de un gran manicomio suizo, dió a la enseñanza de las ciencias mentales y a la de la Ciencia Sexual, un tono espiritual de elevada inspiración, impulsado por ideales muy altruístas. Trabajó contra el alcoholismo y dedicó la mayor parte de su tiempo a crear una ética social. Su obra ha recorrido el mundo, estableciendo las leyes que ordenan el amor y la vida sexual, con dignidad, sin erotismo, con espíritu sano, sereno, tranquilo, comprensivo. Fué el primero en comprender que la cuestión sexual es una cuestión moral.

Muchos seres humanos han regularizado su vida, transformándola en una vida feliz, inesperada, siguiendo los consejos de Forel. Médicos, maestros, han tenido en él un guía científico, pleno de experiencia, cosa indispensable para el propio alumnado.

Antes de la publicación de Forel, había textos especiales sobre enfermedades sociales, folletos y revistas de propaganda contra esos males. Existían también contra la prostitución, contra la homosexualidad. En los textos de Patología nerviosa y mental se trataba muy someramente lo que al sexo concierne. Otras veces se escribía sobre la continencia, ofreciendo la supresión o la abolición de las funciones sexuales como una medida curativa y moral, así como podría suprimirse la morfina o el alcohol, olvidando que los sentidos se dirigen,

se guían, se disciplinan. Se somete el torrentoso río de las pasiones a diques; pero jamás se llegará a suprimirlas. Todas esas publicaciones, unilaterales, eran solamente capítulos de un estudio total de las cosas sexuales. Pero las funciones creadoras de la vida, el amor y las leyes que lo rigen, el desarrollo del hombre y de la mujer desde su nacimiento, tanto física como psicológicamente, las perturbaciones dentro del matrimonio, y los preludios que preparan la vida amorosa, eran desconocidos. Y Forel abarca la Educación, la Higiene, la Pedagogía sexuales, y dedica una buena parte de su obra al estudio de los fenómenos sociológicos derivados de la unión sexual; divorcio, legislaciones especiales, la religión, el arte, la política ante el sexo, la psicoanálisis, los homosexuales ante la sociedad, la lucha contra las enfermedades de trascendencia social, las perversiones y la psicopatología sexual, la psicoterapia, etc., todo lo que directa o indirectamente se ocupe del sexo. Condena con fiereza la pornografía libresca. Es tan repugnante que ningún adulto cultivado, menos las personas instruídas en ciencia de la vida, podrían hacer otra cosa que arrojarla muy lejos de sí. Fustiga, también a los Catones colocados fuera y por encima de la tierra, y que con ceño adusto, se declaran tribunales para juzgar pasiones, debilidades o impulsos humanos. A nuestro criterio es tan perniciosa como aquella pornografía esta pronografía de la pureza, que está constantemente llamando la atención de las pobres víctimas hacia los órganos creadores de vida con sermones y santas amenazas; aquélla puede hacer mal al bajo pueblo y a la muchachada escolar; pero, ésta, a todo el mundo, con la agravante de que los moralizadores, muchas veces, no son puros ellos mismos. Ataca Forel el vicio que hace faltar al respeto a sí mismo, vicio secreto, el más extendido de todos los males del cuerpo y del espíritu de cuantos existen en el mundo entero; la más extendida de todas las plagas sociales, la enfermedad que desnutre el cerebro, transformando al enfermo en un ser desapegado a la vida; débil, intrigante, embustero, pornográfico, capaz de huir de la mujer femenina, de poca contracción al trabajo, aburriéndose de todo, con escasísima facultad de pensamiento creador, sin imaginación. La Ciencia de la Vida enseña las consecuencias de tamaño vicio y los factores que contribuyen a curar y a prevenir.

Sabe que la plaga roja, la sífilis, es después del vicio secreto, el mal que envía más personas a los hospitales y manico-

mios. Atacar este mal venéreo que acompaña al hombre hasta sus hijos y más allá, los hijos de sus hijos, es procurar una humanidad tranquila, sin exageraciones y sin mentalidad que no calza con las del común de la gente, que se crea todo linaje de excitaciones cerebrales, como ideas violentas y exageradas, que movilizan hacia la crueldad, el crimen, la cárcel. Los Catones querían evitar todos los males señalados con la abstinencia absoluta, o con el misticismo con un cortejo de pecados, amenazas a los que delinquían. La abstinencia supone disciplina, que no existe en las masas, ni en la mayoría de una población; supone la formación de una educación y una moral elevadas que no encontramos, como panacea, en ninguna otra farmacia que en la del saber. Sólo si se sabe cuál es el enemigo y dónde se halla ubicado, podremos o librarnos de él, o precavernos para no ponernos a su alcance. Por angas o por mangas, queramos saber u ocultemos— como el avestruz la cabeza — para ignorar, tarde o temprano, todos y todas se darán cuenta de su sexo; compañero inseparable que llama la atención más lejos de lo que se cree. Las amenazas, para que produzcan algún resultado práctico, tienen que convencer al individuo, a quien se desea hacer cambiar; que vea y que sienta los efectos anunciados en la amenaza. Y como no llegan, porque no tienen otra base que la fantasía, desacreditan el consejo o la prédica, y la sanción anunciada cae en el descrédito más estrepitoso.

La Cuestión Sexual descorre el velo de ignorancia que cubría al espíritu tan curioso de la juventud; dignifica a la mujer; abre los ojos a quienes nunca debieron vivir a obscuras, especialmente a padres y a educadores; reeduca sin producir ofensas morales penetra en lo más íntimo del problema: conocerse a sí mismo; enseña las funciones creadoras de la vida y el papel importantísimo a que ellas están destinadas; quita lo desagradable, lo que convertía en obsceno y repugnante funciones que a nosotros nos dieron la luz y por cuyos órganos nacimos; nos prepara a considerar que ni el hombre debe ser el señor tirano de la mujer, ni ésta su esclava pero tampoco diosa intangible; ilustra y propaga la educación sexual para toda edad, sexo o raza o religión, procurando a pasos lentos, y a dosis homeopática a los pequeños e imberbes,

siendo los primeros pedagogos el padre para sus hijos y la madre para las niñas.

Muy preocupados estamos los profesores de Ciencia de la Vida de que esta enseñanza sea suministrada por personas cuyo lenguaje jamás produzca una ofensa moral y que sean muy conocedoras de la Fisiología, de la Psicología y de la Sociología, que se enseñe sin erotismo, de fuentes sanas: las madres a las niñas, los padres a los hijos, siguiendo después, maestras para las mujeres y maestros para los hombres, terminando estos conocimientos con el grado universitario, en el que sólo médicos muy especializados den esta enseñanza, siempre que tengan una educación rigurosa que los mantenga siempre en el terreno elevado, sereno, de la Ciencia y no en el del romanticismo. Pero por sobre todo, señala la gravedad de que los niños (nunca inocentes), siempre ignorantes, y ávidos de saber lo que al sexo concierne, tengan como profesores a sirvientes, nodrizas, cocineras, o a porteros, choferes, es decir, reciban ilustración de pésimas fuentes, o de amiguitos o amiguitas sabiondas, o de corruptores de menores, tan numerosos. También existe el peligro de los pornógrafos de la pureza, que llaman la atención a cada instante sobre el sexo y lo que de él se deriva, hasta convertir, sin malas intenciones, a párvulos a veces inconscientes, en terribles hipersexuales, que quizás sin el llamado permanente hacia el sexo, aun estarían adormecidos; y ahora se agitan, desorientados con un despertar prematuro.

Forel explica que la mujer que ha sido emancipada de prejuicios, que ha aprendido lo relativo a su sexo en la Ciencia de la Vida, contemple lo que siente con sana serenidad, sabiendo que los apareceres en el terreno de su sensibilidad, son tan naturales como la retina que fotografía aquello que ve, con la ventaja de que cuando se da cuenta de su sexo, conociendo que ello es natural, aprende a hacerse la desentendida, y distrayéndose, lo fugaz se va. Toda impresión dormida o fuera de su control, debe observarse con indiferencia, sin llenar el subconsciente con temores terroríficos, ni otros prejuicios. Otra cosa sabe ella, y es que hay que evitar que esas manifestaciones naturales, sean provocadas para huir de la ignominia de faltarse el respeto a sí misma.

Este sabio y filántropo desapareció el 27 de Julio de 1931. Durante los años posteriores a su muerte, poco de nuevo habría que enseñar que él no lo hubiera tratado. Recordamos

que durante nuestra corta visita a su estudio, cuando aun no nos habíamos recibido de la clínica, para la que habíamos sido designados como profesor de Urología, le expresamos que éramos ignorantes en la cuestión sexual, tan bien explicada en su obra y nos desconcertaba regresar a Chile, careciendo de estos conocimientos tan indispensables para ilustrar a nuestros futuros alumnos, los primeros que asistirían a una nueva asignatura. Nos contestó con sencillez y con profunda sabiduría que deberíamos estar tranquilos: «La conspiración del silencio sobre el estudio más necesario de cuantos conocimientos humanos ha inventado el hombre, conocerse a sí mismo, conocer sus instintos, conocer su alma, para vivir una vida moral, sana, siguiendo los dictados de la naturaleza, que son los únicos recomendados por la ciencia; la conspiración de padres, de maestros, de directores de alma, digo, ha hecho un mal terrible. Usted se siente desconcertado por no conocer la vida sexual, la del amor y sus leyes que la ordenan, y yo le digo que ni los médicos ni los profesores de Ginecología y los propios de Obstetricia, se han ocupado en completar sus estudios. No es raro que los propios médicos acudan a mi consulta a resolver algún problema íntimo de carácter reservado»

En 1908 abrimos la primera clase de Urología. Dedicamos algunas lecciones a la cuestión sexual. El entusiasmo por saber llenó las aulas siempre que anunciábamos esta materia. Hubo que dedicar tiempo para conferencias a los estudiantes de medicina y a los obreros. La clase para alumnos cultivados se formalizó en el Museo Nacional, donde fundamos la Escuela de Altos Estudios, dedicando a la ciencia sexual dos cursos sucesivos de tres años cada uno, clase que seguimos más tarde, en el Instituto Pedagógico, en la Escuela Normal Abelardo Núñez y en la asignatura en el Instituto de Perfeccionamiento.

La enseñanza de ciencia sexual sólo la dictamos a profesoras, directoras de liceos o de escuelas y a algunas personas cultivadas de edad madura. Nuestras clases son exclusivamente para un sexo. Jamás aceptamos enseñar o dar conferencias a púberes o alumnos no bachilleres. Recomendamos que para esas edades, cabe la educación personal o cuando existan problemas personales. Las cosas íntimas deben tratarse con los interesados en forma elevada, sin producir ofensas morales, sin despertar sentimientos instintivos. Pero tanto en la enseñanza como en las conferencias en nuestra

Universidad, o en la de Concepción, hemos ceñido nuestro criterio a las normas dadas por Forel en su obra magnífica y nunca igualada, *La Cuestión Sexual.*

Las novelas, la poesía, la historia misma, están dentro de nuestros estudios; porque ellas contemplan problemas que despiertan vivo interés. Teatros, cinematógrafos, literatura, charlas en clubes, caen en el terreno sexual. La brújula que orienta nuestras acciones, directa o indirectamente es el sexo. La moda, el trabajo, la dedicación a escribir, los paseos, las reuniones sociales, carecerían de sentido si no existiera la atracción por el hombre que domina a la mujer—que nació para amar y ser amada. El varón no está bien que viva solo; se estabiliza al lado de la mujer. En su libro, Forel educa, moraliza y hace prever un futuro digno de ser vivido. Quiere orientar nuestras actividades hacia el bien común, estimando que la cuestión sexual es cuestión social, desde que el matrimonio es una institución social. Somos una parte de la colectividad, y estamos obligados a acatar y a perfeccionar los códigos morales que nos rigen; eleva al amor, poder irresistible, que lo gobierna todo; coloca al instinto que invita a la unión sexual como el poder creador de nuevas vidas en el serio terreno que le coloca la ciencia. La vida sexual no es moral ni imnoral, es una función natural. *La Cuestión Sexual* tranquiliza a los espíritus, que con tanta justicia viven desorientados a causa de su sexo; serena a los inquietos que se han separado de la ruta de la naturaleza, siguiendo los caminos secretos, pero prohibidos; dignifica a la mujer, cuna de la humanidad, que nos desmuestra que la inmortalidad es visible, toda vez que nunca ella ha perecido sino que su vida continúa al través de su hija, y sigue la vida en el hijo de esta última. Tenemos que respetarla, si recordamos que mujer es nuestra madre, mujeres son nuestras hermanas, nuestras hijas, las novias, para obligarnos a que en cada mujer que encontremos veamos la madre, hermana, hija, novia de nosotros mismos.

Impresiona la superioridad moral de Forel, cuando leemos cómo condena otras dos carcomas sexuales: el neomalthusianismo y el aborto (la primera carcoma es la degradante falta de respeto a sí mismo y la segunda era la sífilis; que con la primera se completa la degeneración y se llega a la estupidez humana; y con la segunda, a las perturbaciones cerebrales, ideas rarísimas y crímenes: que conducen a hospitales, mani-

comios y cárceles). Los medios anticoncepcionales son humillantes y antiestéticos para la mujer; el aborto es la más criminal de cuantas invenciones se han creado para rebajar, deprimir y empequeñecer a la mujer, aparte de que es la causa de muertes horrorosas por infecciones. Ambas carcomas sociales disminuyen las facultades de atracción de la mujer: salud, alegría y anhelos sexuales legítimos, conduciendo a la neurastenia y apagamiento del ser.

Preveía Forel un mundo mejor basado en la educación sexual y en la solidaridad social. Los trabajos de seria investigación de los profesores Ojino, del Japón y Knaus, de Austria, sobre el ritmo de la mujer con relación de las facultades con que la naturaleza la adornó, se han confirmado en Estados Unidos y en otras naciones. Han dado a los hogares la seguridad de que existen en la mujer períodos de fecundabilidad y períodos de absoluta esterilidad, de los que los cónyuges pueden disponer a voluntad sin alterar el orden moral, ni cegar las fuentes de la creación. No podría haber fecundación cuando no ha sido lanzado el óvulo creador. Este óvulo sólo nace por la expulsión que le hace el folículo de Graaf, a los 14 días después de que comenzó la indisposición mensual. Por lo tanto, antes de esos catorce días es imposible la creación de un nuevo hijo. Si fueran cuatro los días de la menstruación, desde ese día hasta el undécimo día existiría un período de absoluta esterilidad en la mujer. Señalamos el undécimo día porque está comprobado que los espermatozoides del hombre viven cuarenta y ocho horas hasta tres días con potencia germinadora y claro es que si han sido depositados en los órganos creadores de vida de la mujer el día undécimo, alcanzarán al óvulo, lanzado el día décimo cuarto. El óvulo vive sólo 24 horas, así es que el día décimo sexto ha desaparecido. Luego desde el día undécimo al día décimo sexto es el tiempo óptimo para crear una nueva vida. Desde el día décimo séptimo hasta el día vigésimo octavo hay once días de nueva esterilidad. En total la mujer dispone de siete días de fecundabilidad y de dieciocho de esterilidad en total, siendo los otros tres ocupados en la indisposición mensual. ¿Qué beneficio mayor ha podido rendir la ciencia en bien de los cónyuges y de la moralidad y belleza del matrimonio? Los hogares incapacitados de aumentar su prole, por razones económicas, por razones de salud, sin destruir las fuentes creadoras, sin contrariar los códigos morales establecidos, ni la esté-

tica, cierran el tortuoso camino del aborto y el denigrante del neomalthusianismo. Miles de muchachas inexpertas fallecen cada año por causas del aborto. Los procedimientos anticoncepcionales enferman a la mujer del alma y del cuerpo, y al hombre lo minan secretamente en las bases mismas de su carácter, deshaciendo su virilidad. El ritmo de la mujer, cimentado en la ruptura del folículo y la expulsión del óvulo —en busca de ser fecundado—, cada veintiocho días, era una adquisición científica conocida de Forel.

Desde hace poco tiempo, sabemos que la ruptura del folículo de Graaf, lanza en forma de explosión, un *óvulo* o huevo, cada veintiocho días, por lo regular. A veces es cada veintiséis o veintisiete, veintinueve o treinta días. Esta maduración del folículo de Graaf sobreviene a los catorce días después del principio de la indisposición mensual de la mujer, cuando su ciclo dura veintiocho días. Este proceso, tan regular, se denomina la ovulación.

Esta salida del óvulo, del ovisaco o folículo, donde estaba encerrado, y la maduración del citado folículo de Graaf, aumentando la fabricación de foliculina (hormona) determina que después de otros catorce días se produzca la menstruación. Fijando bien este conocimiento, repetimos que el primer día de las reglas es el día primero del calendario o ciclo menstrual en la mujer. A los 14 días sale el óvulo, lanzado del folículo, y después de otros 14 días sobreviene el flujo sanguíneo completando así veintiocho días. Ovulación, pues, y menstruación son dos cosas distintas; pero es la ovulación la que forma la menstruación si el óvulo no ha sido fecundado.

El objeto de la ovulación es dar salida al óvulo, que es atrapado por el cáliz de la Trompa de Falopio, que lo deposita en el interior del oviducto de dicha trompa, en los tejidos interiores del canal. Colocado el óvulo sobre el epitelio de las células que tapizan el canal de la trompa, es transportado suavemente, por el movimiento continuado y persistente de las pestañas vibrátiles, de las células epiteliales citadas, en una sola dirección hacia el útero. Esta célula inmortal, el óvulo, es pasiva, se deja conducir, fiel reflejo de la actitud de la mujer en toda su vida. Ha salido al mundo en busca de su salvador, el espermatozoide, y para recibirlo, durante su viaje nupcial va despojándose de parte del contenido de su núcleo, arrojando fuera de su envoltura la mitad de los cromosomas. Así espera incorporar en ese hueco al núcleo mas-

culino que le trae el espermatozoide, cuando en la última porción de la trompa avecinando al útero, el óvulo recibe una nube de visitas de espermatozoides que han viajado noche y día caminando desde la vagina, donde fueron depositados, por medio de los movimientos enérgicos que le imprimen sus colas largas a manera de hélices de barcos Estos animalitos masculinos, microscópicos, desde la vagina caminan a través de todo el útero, buscando la abertura que comunica la trompa con el útero o matriz. Mientras tanto, el óvulo, siempre pasivo, es alimentado por las secreciones de la pared de la trompa según órdenes derivadas de un hormona, la luteína, fabricada por el folículo de Graaf, después de su explosión. Cumplida la misión del folículo al lanzar el óvulo se transforma en un folículo arrugado, o cráter que ahora trabaja en formar la luteína. La luteína determina también el anidamiento del óvulo fecundado dentro del útero, y cuando éste va a formar el embrión, también la luteína lo alimenta por cinco meses, haciendo que este óvulo, ya embrión, prenda como un brote en los tejidos del útero, extrayendo de la mucosa su alimento, mientras lo hace la placenta. Asediado en la trompa por los ejércitos de espermatozoides, el óvulo atrae a uno solo, lo incorpora, abriéndole una puerta, dentro de su ser, allí alimenta al núcleo del espermatozoide que ya se ha desprendido de la mitad de sus cromosomas; — la cola quedó fuera, y forma con ese núcleo masculino un solo núcleo. Fusión íntima, misteriosa, de dos células que aportan, del cosmos, desde el principio de los mundos el impulso creador, vigoroso ineludible, justamente con los caracteres hereditarios de la humanidad, de la raza, de la familia, de los antepasados, de los padres, y también, dentro de los cromosomas masculinos y femeninos van incorporados los sentimientos emocionales que ligan al varón del espermatozoide con la mujer del óvulo, la conciencia, la inteligencia, la voluntad; pero también, las taras si las hubiere. Todos los demás espermatozoides en número de cerca de 250 a 300 millones que recorrieron su largo camino en 10 a 22 horas, fueron derrotados y abandonados, habiendo entrado uno solo privilegiado que fué a unirse estrechamente con el núcleo del óvulo para transformarse en embrión. Este fenómeno grandioso de la entrada hasta la formación de embrión, dura doce horas. Después vendrá la implantación del nuevo ser en la mucosa del útero, echando raíces que lo transformarán en feto; y durante 9 meses, la madre alimenta-

rá, dará su calor, su sangre, sus cualidades, a este ser extraño hijo de su amor, hasta conducirlo a la luz del día.

El óvulo vive apenas veinticuatro horas. Si no ha sido fecundado dentro de estas horas, muere, disolviéndose en las secreciones. Los espermatozoides viven menos de tres días. El óvulo puesto a los catorce días, a contar desde el primer día de las reglas, sólo vivirá todo el día décimo quinto y ya el día décimo sexto, la mujer queda estéril por once días, desde que no existe el huevo. Pero los espermatozoides, cuya vida es de tres días máximun podrán alcanzar al óvulo desde el día undécimo. Mas a contar desde el cuarto día hay siete días de esterilidad absoluta hasta el día undécimo. En total tres días de menstruación, siete días de primera esterilidad, siete de poder fecundante y otros once (segundo período) días de esterilidad. Total dieciocho días de incapacidad de formar nuevo ser y siete de potencia creadora. Debido a la irregularidad de algunas mujeres que cambian de ciclo, tenemos que solicitar su atención si desean un pronóstico de sus épocas de fecundabilidad y de esterilidad. Las que menstruan cada veintiséis días, la expulsión del óvulo es a los trece días.

Estos conocimientos serán, sin duda, aprovechados por quienes deseen limitar la creación de sus hijos, cosa que no contraría a sus sentimientos siguiendo siempre las leyes de la naturaleza. Hay que preocuparse de lo que estos descubrimientos, de los dos últimos años, prometen al mundo, en bien de la selección de los hijos, de la moralidad, ya que no habría razón para someter a la mujer a los procedimientos humillantes y antiestéticos de métodos malthusianos, mucho menos se comprende que no se desterrara de la tierra el crimen vergonzoso, terrible, del aborto: que cercena la vida de miles de muchachas inexpertas, habiéndose registrado 800 mil muertes en Alemania en un solo año.

En su afán por el mejoramiento moral de la pareja humana, Forel auguraba un futuro realmente superior al que ahora condiciona el orbe. Instruídos los hombres en lo que al sexo concierne, la tranquilidad, la serenidad, el respeto mutuo renacerían. No titubeamos al declarar que las más grandes carcomas que afean y destruyen la vida sexual están en retirada.

No existe diferencia entre recibir los amores de la mujer comercializada, que se vende al que la solicita, y el vicio secreto. En uno y en otro el impulso es el vicio; en ambos no

entra el corazón en el juego de los sentimientos, desde que no experimenta las tiernas emociones que el amor crea. No puede haber lazos de afectos continuados. El hombre en brazos de la meretriz pierde su alma. Más tarde hará comparación de la actitud de esta mujer y de la que ha elegido para formar su hogar; de aquélla recordará las técnicas malvadas, y le serán indiferentes las caricias de ésta.

La prostitución es un crimen, y se tiende, en los países más cultos a extirparla de raíz; es la fuente más grande de las enfermedades sociales. Su existencia legal y reglamentada incita a la juventud a que asista a las casas de tolerancia, con tranquilidad y con jactancia de varonilidad; pues es el Estado el que autoriza el comercio de carne humana; el Estado estimula indirectamente a los jóvenes, aun no maduros sexualmente para que concurran a los lenocinios, prometiéndoles, además, que esos lupanares, están habitados por mujeres sanas de cuerpo. La realidad es otra: salen los jovencitos sin salud, y sin sentimientos elevados hacia la mujer.

El matrimonio es la única solución encontrada por el hombre para formar hogares, es la sola que, agrupando hogares, crea ciudades, países. Hogares morales, limpios, progresistas, en buena armonía, transforman las naciones más pobres en envidiables colectividades, Por eso es que el matrimonio es de interés social; forma la sociedad y ella cuida de la estabilidad de la institución. Es el amor entre la mujer y el hombre el impulso creador del amor filial, fraternal, del amor patrio y a sus conciudadanos; del amor a la humanidad. Pero en estos momentos de transición hacia otros destinos, el matrimonio está en condiciones detestables, que dejan mucho que desear. Hay que perfeccionarlo, y cuanto antes. Fuera del matrimonio no se ha encontrado otra manera de progresar psíquica y físicamente. Los tenorios mismos ansían llegar al matrimonio. Los solterones y avaros quisieran, en alguna ocasión de su vida, transformar a la querida en esposa; el amor propio y el gasto en dinero los retiene. Los tenorios se fatigan de sus aventuras que son, muchas veces, consecuencia de una mentalidad débil: buscan alguna mujer que responda al ideal forjado en su excitada hipersexualidad, y

si creen encontrarla, eligen una esposa, convirtiéndose en adoradores de ella.

También la infeliz meretriz sueña con el matrimonio, y en las ocasiones en que ha realizado este anhelo, ha virado totalmente, construyendo un hogar modelo. Las empleadas que conquistan a sus jefes, después de rodeos y habilidades sin cuento, no triunfan para satisfacer su erotismo, sino por contraer matrimonio. Toda mujer normal sólo se cree sostenida en la vida, cuando forma un hogar, a pesar de que se una por conveniencia, a pesar de que el «partido» no sea sobresaliente. La soltera, donde el divorcio es una institución legal no es indiferente a los casados y no tiene prejuicios para deshacer un matrimonio a trueque de unirse legalmente. Y hemos visto a veces que aun en países católicos, mujeres de creencias arraigadas, siguen al casado, rompiendo la unión con amigas de ella, y se unen por las leyes civiles, despreciando las trabas que opone la religión al divorcio, buscando la estabilidad que sólo procura el matrimonio.

Si observamos a los amantes en las uniones ilegales, veremos que su vida suele asumir entre ellos apariencias de felicidad, y aun de espectacular felicidad. Es vida de entusiasmos mutuos, respeto y consideraciones. No hay preocupaciones de casa, disgustos por responsabilidades económicas, ni cuidados de hijos. Existe un tácito acuerdo de halagarse entre sí para mantener el falso hogar. El recibe en su vanidoso espíritu masculino, con satisfacción, las alabanzas que ella tiene que dirigirle cada vez más y cada vez mejor estudiadas. Ese comportamiento amarra al frágil querido. Al culminar sus galanteos eligen el más sublime de los tratamientos «mi marido querido» y él corresponde con «mi única mujer», comprobando así que aun en las uniones rechazadas por las costumbres actuales, el matrimonio es la sola institución establecida, anhelada por consentimiento universal.

La crédula amante unida por los lazos del amor libre, reflexiona sobre las visitas cada vez más tardías, de «su príncipe», «su rey», «su querido esposo». Todo cansa, todo fatiga cuando contraría a los códigos sociales. Aparece la excusa, le sigue la frialdad. No se pueden violar los códigos morales. La tranquilidad de aquel falso hogar, donde son-

reía la alegría, se cambia en lágrimas y repudios. No es fácil burlarse de lo que la sociedad quiere. Entra la desorientación donde antes reinaban la vida, el entusiasmo, los juramentos eternos. El cónyuge falso del segundo hogar, si es casado, rara vez perdurará en la ilegalidad. La ruptura sobrevendrá. Aun en el matrimonio mal avenido se está mejor que fuera de él.

Si se trata de uniones sostenidas al amparo de reuniones disimuladas, sin que se comprometa el nombre de la mujer, donde no se ha creado un hogar, allí suele dominar un espíritu diverso a las uniones con casa, que aparentan un hogar. Es en citas, en casas de amigas, en garçonieres donde la mujer entrega con heroísmo su amor. Lo que en tales condiciones sucede, apenas lo conoce la sociedad. Es el médico el que suele percibir esta nueva vida.

La ciencia sexual beneficiará en el futuro al mundo, cuando la educación sexual esté extendida a todas las clases sociales, recibiendo la juventud, los futuros ciudadanos la instrucción que protege a los creadores de hogares dignificando la unión erótica, y elevando a la mujer al altísimo rango que quisiéramos para nuestra madre, hermanas, hijas, esposas. Es de regocijarse de antemano concebir que desaparecerán de la faz de la tierra, el vicio secreto, la homosexualidad peligrosa, la prostitución, las enfermedades sociales, el amor libre. La sociedad no quiere correr con mujeres abandonadas, hijos sin amparo, deleznables ciudadanos a los que es menester cuidar, alimentar, educar; por eso estimula la estabilidad del hogar.

Conociendo cada cual las funciones creadoras de la vida, el objeto a que éstas han sido destinadas y la estabilidad física, mental y psíquica que realizan, llegaremos a facilitar las uniones conyugales, hoy tan difíciles de formalizar. La sencillez en los actos religiosos y en las tramitaciones civiles, sin otras exigencias que la comprobación de buena salud y suficiente madurez para apreciar las responsabilidades que emanan de la unión, contribuirá en mucho al aumento y la consolidación del matrimonio. Enseñar que la unión de la pareja humana no se ha creado solamente para buscar placeres eróticos, transformando la sexualidad en una ocupación, ni que es para la mujer una fábrica de innumerables hijos, sino que es una sociedad entre dos miembros, que se unen para alcanzar, en medio del desierto de la vida, un oasis, una coope-

ración en el trabajo, un sostén en la lucha cotidiana, un apoyo mutuo, que les permita disfrutar de los placeres y compartir las vicisitudes, y conseguir el hermoso anhelo de tener hijos a su debido tiempo, y limitados a las condiciones económicas y sanitarias de los esposos.

Gran factor de perturbaciones en la vida erótica es la homosexualidad. Para entender esta aberración necesitamos exponer el sentido o instinto sexual y lo que de esta hambre sexual se deriva en los casos normales. También se llama a este apetito, hambre de excitaciones. Es la sensación igual, en el terreno de la alimentación, hambre y sed. Es el deseo de satisfacerse, aunque no consiga esa satisfacción. Es el impulso tenaz que nos acerca a la unión con una mujer. Es la base de la creación. Si no existiera el apetito sexual, el hombre se desinteresaría por la mujer y ésta escabulliría la relación sexual. La especie perecería. Es el instinto que vive en el hombre y en la mujer, como parte integrante del ser, en todo tiempo y en cada ocasión. Despierta antes que la mujer pueda llenar su altísima función de ser madre, antes aun de la pubertad. Mucho antes que la mujer pueda localizar sus ensueños y sus pensamientos en el hombre. Es un sentido que vive con nosotros, porque hay órganos que lo sostienen; es más bien una función que crea los órganos creadores de la vida, como es la vista la que crea los órganos de la visión. En el hombre se despierta poco más tarde que en la mujer. Como es sentido animal, carnal, forma parte del soma; quizas convive en cada célula que se divide diariamente en dos, en el organismo. Despiertan el apetito sexual, las exploraciones propias, las caricias ajenas, en su mismo territorio o en zonas electrizadas o eróticas, difundidas sobre todo en la mujer; puede despertarse solo, cuando la foliculina en la mujer o la orquitina en el hombre, están en gran cantidad en la sangre. Los abrazos, los besos, la estrechas manipulaciones en los bailes, la vista del acto sexual entre los animales, las lecturas eróticas, el cine, las conversaciones coloradas, las charlas tendenciosas, las frecuentes reuniones a solas, tienden a excitar los centros eróticos en el cerebro, los centros urogenitales de la médula, en una palabra, a excitar el subsconsciente en cuyos dominios vive este sentido sexual. La educación, la Pedagogía, la Higiene Social, tienden casi todas, si no todas a enseñar estos instintos, a conocerlos, a guiarlos en el matrimonio, a suprimirlos con energía cuando son vejados con el

vicio secreto o con la prostitución, y a enseñar la pasajera continencia de los años de soltería.

Pero es del apetito sexual, la base de la formación de hogares, de donde se deriva el amor. Vive el instinto sexual en el mundo primitivo o espontáneo del alma humana, y su evolución creó el amor, sublime perfeccionamiento del instinto sexual. El amor puede vivir sin el apetito sexual. Es el amor platónico. Pero la gimnástica del amor entre un hombre y una mujer concluye en el apetito sexual. El apetito sexual es la raíz del árbol del amor. Ningún árbol podría sostener su peso y su nutrición sin las raíces. El amor es el incitante normal del apetito sexual. Amor es producto de cultura; pero hijo adelantado del apetito sexual. El amor es rudimentario en los pueblos salvajes, poco más en las clases menesterosas, dicen que es desconocido en el Japón. Muchísimos hombres confunden el amor con el trance sentimental que se establece en el apetito sexual, en la larga espera de los enamorados. Esta confusión prueba más que el amor nació del instinto, y que el desarrollo constante o el ejercicio constante del apetito sexual conduce al amor. Cosa que acontece, casi siempre en la mujer, que debiendo unirse a un hombre, a causa de los balanceos de la selección entre varios, tiene que ser la esposa de quien estima pero que no ama. Si el hombre es delicado, le guarda consideraciones, despierta su erotismo, consigue que termine en amor. La primera etapa es el amor. La segunda etapa de la vida erótica es el hambre o apetito sexual. No confundamos el apetito con la satisfacción sexual. En el período de apetito, se puede desvanecer la pasión y como suele ser fugaz cuando los motivos que lo excitan desaparecen, se pueden someter a una pasividad o serenidad que concluya así como se extinguen las llamas. La tercera etapa es la entrega que la mujer hace de sus órganos creadores, mejor dicho la cesión pasiva, toda vez que es el hombre el que se apodera de sus órganos creadores de vida. Pero esta entrega aun no es el final, porque en esta, situación pueden extinguirse las llamas candentes del amor y del apetito sexual y el enfriamiento sobreviene por múltiples razones, las unas de desarmonía conyugal o erótica y las otras de orden psíquico. La cuarta y última etapa de la vida sexual es la satisfacción, como cuando viene el apetito de comer, su satisfacción está con el alimento que ingerimos. Este proceso es sano, bello, siempre anhelado, cuando se realiza normalmente

como la naturaleza lo instituyó. Toda otra manera de procurar placeres es perversión, en detrimento de la salud de la mujer, que va al nerviosismo a marchas forzadas, y al hombre que decae física, mental y psíquicamente. La voluptuosidad adquirida por métodos perversos, conduce a la impotencia, al desapego por la vida, a la idiotez, a la flojera por el trabajo, a la indiferencia por la mujer. La mujer normal aprecia sobre manera lo espiritual, las emociones nacidas de las caricias normales, más que las frecuentes relaciones sexuales. El hombre es sensual: es su naturaleza.

El hombre enamorado de verdad eleva sus sentimientos, revolotea en un mundo espiritual; pero apenas la oportunidad se le presenta, baja a la tierra. La mujer nacida para amar y ser amada, con ensueños fuera del mundo terrenal, si frecuenta a su novio, pronto despierta su apetito sexual, que al principio lo califica como sublimación del amor platónico. La atracción por el hombre aumenta el hambre. El hombre ladino, con sus aventuras anteriores, egoísta, fuertemente sensual, avasallado por el deseo, se esmera en acariciar a la mujer, llamando a flote su instinto. Poco a poco se borra en la mujer el escaso poder reflexivo de su limitada razón. Sus sentimientos, su intuición, colocadas en el reino subconsciente, conspiran.

Atraída por la simpatía—fuerza potente—, por la estimación, por la admiración que el hombre le despierta, armada ahora de una obsesión sexual, la caída no está lejana.

Este mismo proceso puede sobrevenir cuando la niña aún no tiene su sexo orientado hacia el otro; pero si el apetito sexual es enérgico. Pueden las caricias de otra mujer, que la domina, la asedia, la acaricia, terminar con la afición a su mismo sexo; y si rompe con su amiga podría caer en el vicio secreto.

La Ciencia Sexual enseña que lo que antes condenábamos sin piedad, persiguiendo, burlándonos, ridiculizando a las víctimas invertidas, es hoy digno de meditación, por ser una situación que inspira lástima. Existían, y aún existen en las legislaciones de países tenidos como civilizados, castigos crueles, y en los códigos morales que crea la Sociedad hay sanciones tremendas, como es el desprestigio, el castigo, el boycott, la calumnia, el deshonor. Sabemos que el conocimiento profundo de las leyes que ordenan la homosexualidad, la enseñanza a los mismos invertidos, el psicoaná-

lisis de sus perturbaciones, y la sabia dirección dirigida por técnicos, hacen más en bien social que toda la cadena de amenazas, castigos, pecados, ridiculización y abandono. Estos homoeróticos de nacimiento pueden entrar en el camino de la tranquilidad, por medio de una bien dirigida reeducación, que satisfaga a la sociedad, porque aprende a no herir las costumbres naturales. Son, pues, los homosexuales, seres de evolución retrasada, han quedado más cerca de los orígenes de los sexos, que vinieron al mundo bisexuales, hermafroditas, y lenta pero seguramente, el sexo marcha hacia la franca diferenciación, que el hombre sea muy hombre y la mujer sea muy femenina. Mientras tanto, durante el compás de espera de la evolución, debemos apresurar que ésta llegue cuanto antes, y eso lo podemos realizar.

Todos, hombres y mujeres, somos bisexuales. Descendemos de masculino y de femenino. Pero los hombres y las mujeres hemos sido formados en las entrañas femeninas; y los hombres a lo menos, tienen más de cosa femenina, porque la matriz es de mujer. Llevamos en cada célula de nuestra constitución corporal una porción de varón y otra porción de mujer. Pero a pesar de que al fin de la cuarta semana de creación, hayamos sido determinados con el sexo de hombre, siempre tenemos porción de mujer, claro que mucho menos que la porción de hombre. Sin embargo, si el brote de hombre recibe, no lo suficiente de substancia química de hombre, no alcanza a inutilizar la parte de mujer, y el brote femenino, que todo hombre debería atrofiar, hacer desaparecer por ese escaso riego masculino, florece ese brote femenino, dentro del cuerpo de hombre. Hay, pues, feminación en ese hombre, y ese hombre feminizado prefiere, por lo tanto, a otro hombre. Igual acontece a la mujer, cuyo brote de tal, recibió mucho de masculino, y masculinizándose, como al hombre le agrada más la mujer, a ella hombrada, por recibir tanta química masculina, le placen más las mujeres.

El invertido masculino se apercibe temprano de su aberración, y busca al médico. Los que así se comportan, llevan la mitad de su curación, porque manifiestan anhelo de sanar. Se avergüenzan ante los normales, se saben anormales. Quieren una transformación de sus hábitos, que les evite el bochorno, el desprecio, el castigo. Pero siendo homosexuales natos, no son aptos para el matrimonio, y cuando se han cobijado a esta institución siguiendo mal pensado con-

sejo, pronto tendrán que arrepentirse, pues, en el fondo de su subconsciente, aman a los hombres, y encuentran repugnante la unión con la mujer; les contraría sus instintos invertidos, concluyendo el matrimonio por vergüenza y escándalos.

No sabemos si la mujer homosexual sea más numerosa que el hombre homosexual; sin embargo, se la encuentra en mayor cantidad, debido a que muchísimas no son tales homoeróticas de verdad, sino son psicohomosexuales, por vicio, por maña. Nadie repara en las intimidades de las mujeres. La mujer acariciada con suaves maneras por otra mujer, gratamente afectada por delicados servicios rendidos, llena su alma de gratitud, estimación, de admiración. Su amiga le es indispensable, es una obsesión pensar y buscar el dulce apoyo de tan tierna amiga que le resuelve sus problemas, y algunos sentimientos. No puede vivir sin su amiga. Pero si algunas caricias recaen en porciones eróticas de su organismo, y se repiten, nace el agrado en su ser. Como aún la mujer no está enteramente diferenciada, a pesar de que su apetito sexual esté ya muy despierto, se siente atraída por las voluptuosidades que la amiga le procura, y sólo hacia ella, hacia lo femenino se inclina, sin ser homosexual, y quizás, sin que su amiga se haya apercibido de su inclinación.

Este es el falso homosexualismo, tan frecuente en ambos sexos, desarrollado principalmente en los internados, en las asociaciones y pensiones exclusivas de niñas; en los cuarteles y expediciones lejos de las ciudades. El médico, la madre, el maestro y el cura, son quienes pueden, si entienden la Ciencia de la Vida, modificar esta anomalía. Pero nada cura mejor y más intensamente que el amor. No olvidemos que nacemos bisexuales, pero aunque el sexo en la mujer sea normalmente femenino, queda hasta cerca de los veinte años psíquicamente con su sexo indeterminado, teniendo sí en su cuerpo, el sentido, firme en la líbido, o del apetito sexual. Quiere sentir voluptuosidad, venga de donde viniere, sea de ella misma, sea de otra persona del mismo sexo, o del hombre.

Pero no están aptas para tener hijos antes de veinticuatro años, pues el exceso de juventud y con hijos, perturba el desarrollo de la mujer, la debilita, la raquitiza o la hace caer en profundas neurosis, largas de curarlas.

Las mujeres homosexuales de verdad aparecen ante la sociedad con una presentación seria, discreta; pudorosas, no dejan que las normales, (llamadas heterosexuales), sepan cuál

es su mentalidad sexual. Reeducadas, aunque conservan su inclinación, saben refrenarse como la soltera normal refrena sus apetitos; pero abandonadas a su sentido sexual invertido, toman uno de los dos caminos: el vicio secreto, o la inclinación a otra mujer; sea ésta afición platónica, sea retenida en la mente, o sea en forma de pasión decidida y obsesionante. Retengamos que una instrucción basada en la Ciencia de la Vida, con la ayuda de un director comprensivo y conocedor, consigue la adaptación, la corrección y, digamos con el lenguaje empleado en la moral sexual, se consigue la castidad de los homosexuales. Obtiene la sociedad calma del erótico, adormecimiento de sus inclinaciones invertidas y conocimiento de sus defectos. Más aun, se llega a transformarlo en un ser útil, dedicado a obras piadosas, a obras beneficas, o trabajos de responsabilidad, interesándolos por servir a los demás.

Mientras el sexo queda incierto, indeciso, por no haberse fijado al otro sexo, debemos montar guardia al lado de nuestros hijos, de nuestros educandos de ambos sexos; tenemos que instruir a los padres y maestros a fin de que inicien en cada sexo respectivamente el amor por lo femenino en la niña y por el varón en el niño. Esta función creada por el ambiente, ayuda a crear el órgano del sexo correspondiente. La madres pusilánimes y temerosas de que el velo que a la mujer se descorre, sea en perjuicio de su pudor y de su moral, que vigilan el sueño de sus hijas, que las amedrentan con amenazas de castigos y pecados, cosechan de parte de esas hijas la hipocresía, la desconfianza, la excitación de sus instintos. Suelen terminar como devotas de Onán o de Lesbia. Estas mismas comienzan a virar hacia un mundo nuevo y bello, cuando liberadas de gazmoñerías, de falsa pureza, han recibido enseñanza de Ciencia Sexual. La buena brújula, la buena dirección, triunfa en la niña, haciéndola abominar de la falta de respeto a sí misma, de la amistad homosexual. Se regenera rápidamente al formar su hogar, y recordando su fondo moral, olvida deliberadamente los malos caminos que en su juventud tomó. El olvido, obtenido por una decisión resuelta, de sus mañas antiguas, no debe dejarle ningún remordimiento que apaga la sana energía del psiquismo. No fué responsable de susgestiones irresistibles, porque la edad y la pasión la llevaron a dar aquellos malos pasos; luego no cabe reproche y depresión neurótica por el pasado. Cabe regoci-

jarse de haber vencido impulsos fortísimos. Ella era normal, y una embriaguez sensual pudo más naturalmente que su poca resistencia. Ahora se penetra de que sólo el amor por el hombre es natural. Es la Naturaleza la sola que señala vías de comunicación, y cuando de ella queremos huir, recibimos choques tremendos, sobre todo la mujer, que es la que más sufre. La Ciencia Sexual es fiel intérprete de la Naturaleza.

El sexo es tan fino en su sensibilidad que huye de lo repugnante, se enfría con lo vulgar, se atrofia con las perversidades, se apaga con lo brutal; acepta solamente lo natural, que es lo moral. El sexo, pues, es él mismo el mejor ayudante del médico, del padre, del maestro, del moralista práctico, del buen amigo, para realizar la conquista de los pervertidos al camino de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno que encierra la vida sexual normal. Tenemos que recordar que aunque somos de distintos sexos, hemos nacido bisexuales, con atributos del padre y de la madre y que al avecinarse la edad prepuberal se diseña la diferencia de los sexos, en las tendencias, aunque la clara diferencia anatómica esté establecida ya.

En la pubertad, niños y niñas son, en el fondo misterioso del instinto sexual, *Lo* y no *El* ni *Ella*: son neutros, no tienen sexo definido. Tienen órganos creadores de vida distintos. Es más tarde cuando la evolución fija la función femenina, atraída por el hombre; y éste se interesa por la función de la mujer.

Los padres y educadores deben dirigir al niño hacia la masculinidad, tratándolo como hombrecito, con sus respectivos juegos adecuados, haciéndolo que considere mucho a la niña, para guiarlo sanamente hacia el interés sagrado que sobrevendrá en el futuro, de amar a la mujer; y a la niña hay que educarla con juguetes propios, preparándola para ser mujercita, y considerándola en familia, en el colegio, en la sociedad, con el respeto que merecen los niños, sin extrañarse de las maneras bruscas, distintas a las de ella, que los mozalbetes usan, por su natural inclinación. Comienza a interesarse por los niños, observando la diferencia psíquica, tomando maneras delicadas ante ellos e interesándose por lo que más cuesta, que es el hombre, que no es tan fácil comprenderlo y lo que es difícil atrae más. No olvidemos que a pesar de esta educación y aun ya desarrollada la pubertad, el sexo sólo tiene de fijo el deseo de satisfacerse, el erotismo exalta de malas fuentes, de amiguitos irrespetuosos, o de malignas ami-

guitas; pero es el placer lo que se busca sin el pensamiento hacia el otro sexo. Venga la satisfacción de donde viniere, esa es la desgraciada consigna de esta edad. Parece que el bombardeo del sexo, a causa de la excitación del centro erótico, sirviera — antes de tiempo—, para mantener vivo el deseo futuro de unirse a la pareja, y como si fuera necesario, no olvidar estos deseos del instinto. El hecho es que a esta edad no se es aún diferenciada: no se ensueña, ni se sueña, por el otro sexo: es por obtener la perniciosa satisfacción, sin mirar que el estímulo sea sano o pernicioso. La función mantiene el órgano, y si esa función desaparece, el órgano se atrofia, por eso es que la naturaleza mantiene el erotismo; pero hace bien en mantener adormecida la función, que ello no es desaparición. Suele ser esta indiferenciación en quienes tienen en sus costrucciones tejidos sexuales correspondientes a los dos sexos, el punto de partida de la verdadera homosexualidad, es decir, el amor de un sexo hacia otra persona del mismo sexo, cosa que ocurre en un poco más del cinco por ciento de los vivientes. En tejidos que han probado ser *ovario-testes*, el ovario derrama foliculina femenina, y el *teste*, orquitina masculina; y esta mezcla determina en la mujer con esta substancia de hombre una masculinización, y como a lo masculino se inclina la mujer, al tener la mujer substancia determinante del hombre ama a otra mujer.

Abandonemos la pusilanimidad; entremos de lleno a la verdad que tranquiliza. Enseñemos a nuestros hijos y nietos la ciencia profunda y fecunda de las funciones de la vida, sin gazmoñerías ni tapujos, para evitarles males sin cuento; para suprimirle los vicios secretos, o el uso indebido o prematuro del amor sexual. Llevémosle la reflexión y la calma fundadas en los conocimientos. La vida está llena de bellezas, con tal de que sepamos respetar las leyes que rigen el amor y la vida sexual. Con razones convenceremos a la juventud de que así como es hermoso mirar joyas y oro depositado en cofres, sin embargo, sólo debemos contemplarlas—ya que no nos pertenecen— pero que nos estimula el valor del oro a trabajar y merecer, por el trabajo, la posible adquisición de esas joyas y de ese dinero; así, también, poseedores de facultades de crear nuevas vidas, tenemos que esperar hasta tener derecho a disponer de esas facultades: nunca antes; y esa espera nos recompensa con una excelente salud, con una potencia para el porvenir, que nos enorgullecerá. No es solamente

por practicar la heroica virtud de la castidad, que recomendamos esa continencia, sino por propio beneficio nuestro: salud, disciplina del carácter, potencia, e hijos sanos que poder ofrecer al país; y por sobre todo, una energía superior, que nos permite mirar al mundo con placer ya que nos hemos liberado del vicio secreto, de la prostitución, del amor libre y del homoerotismo, para alcanzar el paraíso terrenal, que únicamente se encuentra en el matrimonio.

La Ciencia de la Vida combate a las malas fuentes, que corrompen a los que aun están ignorantes de sus funciones y también el prejuicio de los catones de la pureza. Al descorrer el velo misterioso, se ha dado mucha luz, y ésta hiere a quienes desean vivir en tinieblas u ocultando la cabeza en la arena, a trueque de que su cuerpo sea destruído por la ola incontenible de la corrupción.

Estamos muy fogueados en las guerrillas—como diria mi excelso profesor Forel — para que influyan en nosotros las alabanzas o las críticas Nos orientamos al saber que los grandes países están vivamente preocupados de dar a la juventud este pan espiritual de conocer sus funciones sexuales, para ennoblecerlas como joyas, siendo el cuerpo humano el cofre que las guarda.

Las joyas no se usan en el ajetreo diario. Tampoco nos pertenecen a nosotros mismos; son la propiedad de los destinados a crear nuevas vidas; pertenecen a la persona con quien vamos a unirnos y a la sociedad que tiene que cuidar, educar, vigilar al nuevo ser. Hasta cuando no llegue esa fecha, debemos ser muy hombres los hombres, y muy mujeres las mujeres, para no disponer del sexo, aun cuando éste sea muy exigente. Todo esto producirá risa a los que creen que han sido echados al mundo solamente para considerar a la mujer como un objeto de placer, y creerán que proponemos cosas irrealizables. Pero los que se someten a la disciplina de la continencia, a corto plazo son los que están siempre con su cabeza en su lugar: son los hombres del porvenir en deporte, en estudio, en dirección de masas. Tienen la solución humana y honrada en el matrimonio.

Otros se han puesto rojos, al leernos o al escucharnos, como, en bien de la liberación de la mujer, hemos [illegible]zado algunos aspectos de la mujer rusa actual. R[illegible] [illegible]sa hoy por un confuso y pernicioso ensayo [illegible] humana, y contra los proced[illegible]zación ha

conquistado; ha sido cruel, injusta e intolerante con los credos políticos y religiosos; no ha sido varonil, porque una minoría armada se ha impuesto con rifle en mano y con amenazas, a la colosal mayoría que no acepta la ideología de esa minoría tiránica. No tiene respeto por la cultura de otras naciones, a pesar de que ella es celosa del respeto de la suya y su extraña y mal estudiada ideología. Pero por eso, por ser de Rusia, ¿no comeríamos el caviar que produce, ni usaríamos el petróleo de Baku, ni leeríamos a Gorki? Tendríamos además que condenar a la Liga de las Naciones por tener un representante del Soviet en su seno. Condenar a Francia que ha hecho alianza, a Inglaterra que tiende a entenderse, a Estados Unidos que hace comercio con Rusia. Si buscamos para la mujer, que siempre hemos enaltecido, cuanto buen ejemplo y cuanta útil experiencia podamos recoger, venga de donde viniere, tenemos que tomar, también de Rusia, todo lo que sirva para la liberación de prejuicios e igualdad con el hombre.

En dicho país ya no existe la prostitución, esa plaga terrible de donde emanan las enfermedades de trascendencia social y que por desgracia existe en nuestro país permitida y tolerada por el Estado, como decir que el Estado permite, tolera y reglamenta la sífilis, que ha invadido más del cuarenta por ciento de la población, siendo que en alguna sección de clases populares está extendida hasta el setenta y cinco por ciento.

Tampoco existe esta plaga en naciones de cultura superior. Es considerada como un delito y perseguida y extinguida. Aquí la suprimió el Código de Long (del nombre del ilustre americano Jefe del Servicio Sanitario), y quizás por este Código se dió por terminada su misión. ¿No sería mejor imitar a los países entre ellos Rusia, que han suprimido un mal perniciosísimo?

En Rusia, la mujer no tiene derecho de conquistar en las calles, ni se presenta en forma indecorosa en sus trabajos a donde acuden hombres que no se dedican a la pesca de mujeres. La mujer no se pinta, ni se acomoda en forma llamativa.

Ella es igual al hombre, y ni permite que sea considerada como pasto de vicios, ni los hombres se atreverían a abusar de ellas. ¿Es condenable esta actitud?

La mujer allí, tiene así como el hombre, facilidades para unirse, sin las enormes trabas que la moda, la costumbre y la vanidad ponen a los que desean contraer matrimonio. ¿De-

bemos atacar este procedimiento por que el ejemplo y el respeto por la mujer nos viene de Rusia?

Ni la pornografía sucia, libresca y repugnante es permitida en Rusia; ni la de la pureza, que es procaz e impulsa al instinto sexual precoz y a la exaltación de los sentidos. Tampoco se tolera la homosexualidad, que es perseguida por la ley.

Cierto es que el divorcio era facilísimo. No aceptamos esta facilidad. Tampoco pensamos que debiera dictarse donde no hay cultura.

Cuando los procesos de divorcios están sometidos a triquiñuelas, a comparendos borrascosos, donde el honor y la dignidad son ultrajados — a pesar de los sanos propósitos de los jueces—, donde cada escrito suele ser un libelo ultrajante, la mayoría de las veces contra la parte débil; cuando los testigos sostienen no lo que saben sino lo que interesa al ahijado, con alusiones sexuales de las más baja pornografía; donde se gastan fortunas para conseguir el divorcio; cuando se suele falsificar hasta domicilios en los documentos, engañando a los jueces, entonces podemos decir que en los pueblos donde eso existe, no puede ni debe establecerse la separación de aquellos que formaron hogar y crearon nuevos seres, porque la sociedad va a tener, en una o en otra forma, que atenderlos y vigilarlos.

Sería necesario un ambiente culto, tranquilo, adicto al respeto por la mujer, y a la protección de la madre, para pensar si el divorcio es necesario o no en nuestros pueblos.

Aumenta el divorcio en el mundo en el último tiempo en un setenta y cinco por ciento, demostrando que algo malo existe en la forma que hoy día rige en el matrimonio, algo que tenemos que cambiar rápidamente. Pero en el ochenta por ciento de los casos, los jueces han dado la razón a la mujer, probando que es en la educación sexual del hombre donde reside un ochenta por ciento de las fallas del matrimonio. Ya hemos establecido que el matrimonio es la única solución práctica discurrida por la civilización para estabilizar la sociedad. Rusia misma, en su última voltereta, comienza a comprenderlo: propaga con tenacidad y con energía — como si deseara alcanzar lo perdido con tanto ensayo inútil — el amor a la familia, la obediencia a padres y a maestros (dando al maestro la significación de un segundo padre) como medio de amar intensamente a la Patria. También se ponen diques al divorcio que era facilísimo realizarlo. Directamente el Es-

tado tiende a santificar el matrimonio, haciendo difícil el divorcio; indirectamente a los hombres no les quedarán deseos de divorciarse cuando tengan que correr con la alimentación de la mujer abandonada, si queda desvalida, y siempre estarán ligados a la alimentación de los hijos. ¿Debemos desechar los nuevos métodos de bien social indiscutibles sólo porque la enseñanza nos viene de Rusia? No nos pertenece profundizar otros puntos relativos al gobierno, fuertemente dictatorial, que rige los destinos de aquella inmensa nación, ni si esta monarquía de hecho es inferior en su centralización a la de los Zares, ni aceptar el método de gobierno entregado solamente a una minoría respaldeada por el militarismo más vigoroso del orbe, ni mucho menos estudiar la candidez de adeptos que tragan la sugestión de que *los pobrecitos proletarios* son los amos de Rusia, que la tierra es para todos, que no se acumula capital, que los ingenieros como los gañanes reciben iguales emolumentos, que no hay patria ni familia y otras puerilidades.

Verdad inamovible: sólo el matrimonio da la felicidad personal y el bienestar social.

Los quince millones de mujeres cesantes de matrimonio por desparición de solteros muertos o mutilados en la Guerra Mundial, no quieren ni ir a los Conventos ni ofrecerse como carne vendible. Su preocupación es casarse, aun cuando sea conquistando al jefe de su oficina; no por perseguir una sensación sexual, sino por contraer matrimonio. Las vampiresas mismas, que pierden todo sentido sexual hacia el hombre, a causa de usar procedimientos antinaturales, se regeneran — a veces, con abnegación y absoluta lealtad —, en el matrimonio, si encuentran a un hombre que no se preocupe de las relaciones que antes tuvo su consorte. El matrimonio es una cuestión social desde que, con él se forman los hogares y con éstos los pueblos, y por él aumenta la población.

El libro de Forel es un archivo de sabiduría. La muchachada de ambos sexos tendrá un texto de consulta para resolver sus problemas íntimos y sentimentales en forma verda-

dera, sin fraseología incomprensible, sin términos técnicos, que hacen pensar en la pedantería, sin citas de autores que hacen creer a los lectores que los libros de ciencia son más bien demostraciones de erudición. Tendrán, por fin, un texto escrito con altura de miras, con vistas a la moralidad y al bienestar sociales. Descorre un velo tupido que cubría a quienes tarde que temprano iban a descorrerlo de improviso. Ha sido constantemente la guía y será siempre la de todo aquel que esté obligado a enseñar. Da Forel una serena aclaración de las funciones y de las leyes del amor y de la vida sexual, y contempla sin erotismo, con tranquilidad superior, los misteriosos problemas de la vida, con color de belleza, con sensación de grandeza y sabor de alegría. Enseña a la mujer que el hombre bajo el mandato de su subconsciente es sensual y es egoísta; pero el amor es el egoísmo entre dos, y sirve este defecto para que se ocupe del hogar y de las responsabilidades que él exige.

Enseña al hombre que la mujer vive en el terreno del subconsciente, que tiene su alma en la intuición, con la que no está resuelto si es mejor obrar con la lógica del razonamiento, que domina en el hombre, o con los aciertos de la intuición, que domina en la mujer; le enseña que la mujer es altruista, práctica, sin abstracciones, que no necesita tener facultades creadoras o de imaginación, porque posee la más maravillosa de crear hijos; que posee la energía, la constancia la abnegación; que su reina es el espíritu, lo anímico. Y prevé que él necesita de la educación refleja femenina que le conduce a la espiritualidad, a la responsabilidad y a la monogamia. Ningún hombre tiene en el subconsciente sentimientos exclusivos por su mujer, aunque ésta fuera el ángel que lo enamora; sus tendencias son polígamas de hecho o de pensamiento. La mujer, aunque estuviese educada en el ambiente del harem y su dueño y señor la sostuviera en países musulmanes, ha de trabajar intensamente por destronar a todas las demás para quedar reinando sola y convertir a las colegas en sirvientas. La mujer es monógama, cuando es normal. Pero la base primordial de la mujer que intenta y debe silenciosamente educar al hombre, es la del amor.

Tanto esta dirección de la mujer, la de contribuir a que el hombre sea moral, como la del hombre de disciplinarse

en sentido monogámico, se consiguen únicamente con una educación sexual.

La educación sexual, parte de la Ciencia de la Vida, no es un estudio para iniciarse en prácticas sexuales prematuras, ni para despertar el erotismo. Es una disciplina para encauzar torrentes de pasiones, que aunque normales, pueden dirigirse, y si son anormales corregirse. Educar es enseñar las nobles funciones de la creación, con la serenidad que da su conocimiento. Evita faltarse el respeto a sí mismo, no con amenazas y castigos, sino con convicción científica. La precocidad misma se suprime, si precozmente se enseña al adolescente usando el lenguaje que él requiere. Tampoco la educación sexual es evitar las enfermedades sociales únicamente; eso es un capítulo de la Patología sexual.

La educación sexual se comienza en el hogar, por medio de la madre para con la hija, y el padre con el hijo; se continúa en la escuela, en forma de charlas, sobre el impulso creador en las plantas, en los animales y en las aves domésticas. Mientras tanto la Pedagogía sexual enseña que debemos tratar individualmente con el niño, aquello que en él sea una preocupación. Todo esto, está magistralmente tratado por Forel, y no es menester volver sobre ello. Y si hubiere que dar extensión sobre esta enseñanza, deberíamos hacerlo colectivamente a las adultas, egresadas de sus estudios, maestras a niñas, y profesores a muchachos, con lenguaje adecuado, sin escudriñar muy lejos, elevando la personalidad, y poniendo de relieve el peor de los males que aqueja a la humanidad decaída por esta misma causa: faltarse el respeto a sí mismo.

Todo punto, sea individual, o en relación con la sociedad, que corresponda al sexo, pertenece a la Educación sexual. *La Cuestión Sexual* estudia a fondo esta sección, lo que nos impide profundizarla más. Hemos expresado que, según la edad, hay que dar en los liceos, a cada sexo, nociones de Ciencia de la Vida, a fin de dirigir la pubertad y los fenómenos adscritos a dicha época insinuando en la Zoología y en la Botánica, en sus secciones de Fisiología, lo concerniente al sexo, dando mucha énfasis a la claridad, sencillez de lo que se enseñe, pero no pasando sobre ascuas en aquello que siendo moral

sexual, se debe prevenir e instruir. Es el tiempo de la higiene sexual personal. La higiene sexual así como la Psicología sexual, Psicopatología sexual, enfermedades sexuales, y todo lo que concierne al sexo: divorcio, prostitución, legislación sexual, homosexualidad, eugenesia, puericultura y maternidad, etc., para un curso superior universitario dirigido solamente por médicos adecuados y especializados.

La Ciencia de la Vida, tan bien explicada en la *Cuestión Sexual* de Forel, enseña a refrenar las pasiones, instruye en los deberes de los esposos, de la madre, de la novia, de las maestras; les recomienda no esconderse tras el biombo de la ignorancia, so pretexto de parecer inocentes, ni seguir los consejos de la pornografía de la pureza, la que siempre despierta lo indebido, y excita la imaginación sobre puntos que los Catones tratan de suprimir. La ignorancia en sexología es la más frecuente de las causas de desaveniencias y fracasos en el matrimonio, pues el desconocimiento de las leyes que gobiernan al sexo suele tronchar la vida sexual. Lo íntimo en las relaciones sexuales es insospechado para los demás, es, a veces, causa de desapego, que da lugar a adulterios. Los métodos antiestéticos para evitar los hijos— que aparte de producir neurastenia sexual, en especial, en el hombre—, debilitan el interés sexual, hacen que la mujer sea indiferente, en marcha al odio, a la práctica secreta, al adulterio, o a la enfermedad nerviosa.

Pero donde la Educación sexual sirve más, es cuando los ojos de la muchacha están alertas, empeñados en observar al hombre para evitar las caídas. La seducción recae en las ignorantes (no hay inocentes) y de poca edad, que han sido atraídas, sugestionadas por la figura agradable del seductor por su posición social o su dinero. El hombre sabe explotar los sentidos, comenzando por exaltar la silueta, el vestido, la hermosura, la vanidad de la niña y despertando arteramente su instinto con caricias, al principio delicadas; después sabe tocar las numerosas zonas electrizadas que hay en el cuerpo de la mujer.

La miseria, la fatuidad, la excitación sexual son estimuladas. La situación angustiosa de la soltera obsesionada por el amor que ha sabido inspirar y que poco a poco, subiendo la escala, va de la simpatía, a la estimación, a la admiración, que culmina con el arrobamiento. Lo consciente está situado en el terreno de la razón (que en el cerebro femenino es

escasa), y eso se borra, llevado por el peso del subconsciente, en cuyo reino está el sexo; y las glándulas endocrinas sexuales impulsan a la anestesiada mujer hacia la entrega. La embriaguez amorosa apaga la reflexión y exalta la pasión, que reside — como dijimos —, en el territorio de lo primitivo, lo inconsciente. La entrega es terminación natural y lógica. Desaparecidas las ideas motrices de resistencia, ideal de la moral y de la belleza, pudor, que fortifican la cultura y el razonamiento, queda sólo el instinto sexual, poderoso, que vive en ese inconsciente o espontáneo, y si la resistencia es firme y el instinto también, la enérgica lucha entre esos dos antagonismos; se doblega hacia la histeria. Si triunfan el amor y el apetito sexual en todo el organismo, el inestable equilibrio psíquico de la mujer enamorada, sugestionada, hipnotizada, le quita la libertad de actuar fuera de lo que el hambre sexual le exige y la entrega es la consecuencia. Si la justicia actuara para juzgar a una mujer que entrega su alma a un seductor, por medio de un jurado de médicos psicológicos y maestros probos e ilustrados, no podría condenarla porque su responsabilidad está esfumada por el fortísimo mandato del subconsciente. Los tenorios atacan con premeditación y alevosía. Quienes profundizan el estudio de la ciencia sexual, reflexionan profundamente, comprenden la energía de instintos tan difícil de dominar; pero saben evitar los peligros, conociendo que las ocasiones, las reuniones a solas, dan lugar a que se despierte intensamente lo que estaba durmiendo o era débil; porque el varón es cambiable y sensual, se enfría después de obtener el objeto que asedia y espera; porque en la mujer, es el amor ideal el que domina. Ese amor ideal hace nacer el hambre sexual, que conduce a la caída. Si el apetito es atacado con la reflexión que despierta el conocimiento de nuestras funciones, en ella, ese impulso es fugaz y puede regresar al campo de la realidad, que recuerda las responsabilidades que la mujer tiene ante sí, ante su familia, ante el credo moral de su religión y ante la sociedad. La sociedad no desea recibir ni a una decepcionada que tome la calle del medio, ni a una madre soltera que va a ser desgraciada toda su vida, con las sanciones de los fariseos, ni a un hijo ilegítimo, negado por el no caballero, y educado tarde, mal o nunca en el camino del trabajo y del honor o del crimen. Dicho al revés, la que sabe no cae, y aconseja el camino recto a sus relaciones, creando un ambiente moral, sano, sereno, elevado; no hace

gimnástica con el brusco despertar de su sexo; no se expone a que el sexo sea violado, con una voluntad deprimida por la sugestión del amor, ni que sea violada por la fuerza física.

La mujer caída se cree en una situación inferior, desde que la sociedad la condena, la vilipendia, la deshonra. Esa misma sociedad tolera y a veces celebra al malvado que a sangre fría y con premeditación produjo la desgracia y no se afana en levantarla, consolarla, reeducarla y volverla a la normalidad. Muchos malvados, a igual que éste, sancionan la aventura. ¡Y pensar que todos ellos tienen madre, hermanas, hijas, o novias, ante cuya caída habrían puesto el grito en el cielo y aun aguijoneados por el acicate del honor, habrían expuesto su vida, exigiendo una reparación, o habrían cometido un crimen contra el seductor! Ella, sintiéndose madre, que así entra en un estado mental especial, inesperado, como es poder formar un nuevo ser, tiene energías inauditas, que contrastan con la lucha que va a sostener contra fuerzas sociales y contra el hombre que niega la paternidad y la abandona. El caballero se reconoce en asuntos relacionados con la mujer, y caballeros hay uno por un millón. Si se resigna a revelar sus cuitas a su propia familia, ¿va a ser protegida? Rara vez. Se le aconseja el crimen, el mayor pecado contra la naturaleza: el aborto. Aún la familia religiosa — a veces — ha conducido a la víctima a ese camino. Algunas amigas, sin experiencia, pero formando con ella esa hermosa hermandad que crean las mujeres, la ayudan. La víctima decide acogerse a alguna casa de recogimiento destinada a las madres solteras. Ahí se esconde; ha desaparecido para su familia y amistades. Nace el hijo y con él renace en ella el contento, el vigor, en muchas ocasiones. Resuelve luchar sola. Tiene ese apoyo moral que proporciona el hijo que desde el fondo misterioso del universo alienta su impulso creador. Pudo entregarse a manos de enfermeras o matronas mal preparadas. Mucho más peligroso a infecciones si el aborto hubiese sido el camino elegido. Pero creamos que todo ha ido bien, y feliz de cumplir con la etapa más grande, la de ser madre, se apronta para luchar. ¿Qué importa la lucha cuando se es feliz con el fruto de su vientre y — por qué no decirlo —, con el fruto de sus amores? ¡Y qué noble es esta madre, cuando ha huído del sendero que quisieron señalarle en su propia casa, el del aborto, que le procuraría un especialista! Porque también se suele encontrar quienes

no saben interpretar la misión sagrada de la medicina. Pero tiene que buscar el sustento para sí y para su hijo habiéndose cerrado todas las puertas excepto, a veces, la de alguna mujer buena soltera comprensiva. Pero la madre no puede vivir de su amiga; mucho menos de un amigo; porque cuando el secreto se da, la libertad se pierde. La miseria expone la salud de su hijo, y la obliga a residir en un medio social inferior. Es común que las mujeres de posición inferior sean muchísimo más humanas con la suerte de la desdichada y la ayudan hasta que pueda encontrar un puesto remunerativo que le permita comer y cuidar a su hijo. Queda el problema de educar a éste ocultándolo de las miradas indagadoras del egoísta y de sus relaciones indiferentes, crueles y farisaicas. Pero si esta bella suerte, la de tener medios para vivir no la encuentra, le quedan dos caminos: uno es que ya ha recibido visitas anónimas de mujeres de apariencias muy agradables, de mujeres compasivas que le ofrecen socorros, aun se los suministran. Poco a poco esa mujer compasiva la convence de que es la sociedad la creadora de su triste situación, desde que esa sociedad ni sanciona al culpable ni presta ayuda a la mujer desvalida y la convence de que si su familia deseara evitar la nueva vida a que es arrastrada, se apresuraría a servirla, o si sus antiguas relaciones quisieran redimirla, ya que muchas están expuestas, habrían tomado una decisión. Pero, la sociedad, familia, relaciones se han complotado para despreciarla y abandonarla. Ella se sumerge en el fango. No ha encontrado piedad, conmiseración y ayuda sino en la proxeneta, que la lleva a ser pasto de la liviandad humana. Ahí encuentra alimento, dinero para continuar atendiendo a su hijo a trueque de su honra. Murió para el mundo.

El otro camino es el del suicidio. Nunca hemos conocido envenenamientos por oxicianuro que no se hubiesen producido sino en mujeres jóvenes y en desgracia amorosa. Tanta lucha, tantos dramas, no son sino excepcionales, y arrastran a la desvalida al aborto.

Cuando una mujer atraída por las redes del amor, por el imperioso despertar sexual, en obediencia a mandatos de la naturaleza, que la bombardea noche y día, se entrega a un hombre; cuando esta situación la embriaga, la anestesia, la hace irresponsable, ¿acaso esa mujer es culpable de su caída?

El conocimiento de la vida sexual y de sus leyes, del amor

y de las suyas, es más necesario que el conocimiento de la Fisiología, de la Psicología y de la Sociología.

Casos hay en que el hombre es un caballero y se enlaza con la mujer a quien hizo madre; se compenetra de la situación que ha formado, y libera a la mujer de lo que la sociedad cruel, tiránica, farisaica le depararía. Al consagrarla su esposa ha respetado a esa mujer, a sí mismo, a la naturaleza y, también, a los códigos sociales que, a veces, son códigos morales.

Los truhanes se burlarán de su conducta. Si la civilización señalara el término de su carrera, en una meta designada con el número cien, en cuestiones sexuales estaríamos todavía en el diez. Pero en otros países la reacción comienza decidida, enseñando a la juventud sus deberes sexuales, basados en un profundo conocimiento de las funciones que los prepara para darse cuenta del significado de las relaciones con la mujer. En Estados Unidos, ante la disipación de la juventud y la extensión de las afecciones sociales, antes de emprender una campaña de instrucción y educación sexual, se hizo una encuesta en las escuelas y colegios, preguntando a los niños de nueve a dieciseis años, la impresión que les había hecho su sexo. Como no habían recibido instrucción, sino de malas fuentes, de gente de baja estofa, de empleados, de amiguitos, etc., respondieron la mayor parte que sentían distancia, asco, a sus funciones; muchos contestaron que les dejaba preocupados su mala conformación, pocos eran indiferentes; pero la impresión general no fué buena.

Algún tiempo después de recibir conocimientos adecuados de sus maestros, de sus padres, o de otras buenas fuentes, esos niños respondieron con sencillez, con serenidad, que estaban contentos de la suave aclaración recibida por la enseñanza, orgullosos de saber el papel que como hombres o mujeres, tarde o temprano, iban a desempeñar: destino importante, sano, natural; y que estaban preparados para burlarse de los que se permitieran darles conocimientos inadecuados, y a su vez, estaban dispuestos a guiar bien al que nada sabía.

El amor y la vida sexual, con sus respectivas leyes que los ordenan, están en estricta relación con las leyes que gobiernan nuestro equilibrio individual, psíquico y físico, así como las leyes que dominan el equilibrio social son las que rigen la evolución histórica de los pueblos.

La mujer desempeña un papel capital en la estabilidad

social y en el progreso de las civilizaciones. Los enemigos de la mujer (misóginos) o son anormales sexualmente, o son eco de juicios misogínicos.

La vida sexual es el cimiento de la creación, de la propiedad, de la familia; despierta las cualidades altruístas, la abnegación, la ternura, la paciencia, la dulzura, el sentimiento del deber, el amor al prójimo, a la patria y las elevadas concepciones de la Estética.

Conocer las funciones sexuales es conocer la moral porque la cuestión sexual es una cuestión moral; es conocer la facultad que posee la voluntad humana de disponer de las funciones creadoras de vida; es prevenir, aliviar, tranquilizar de sufrimientos y de infortunios íntimos. Pero esto se obtiene no siendo cándido, ni ignorando lo que concierne al sexo. La ignorancia de la vida sexual es causa de molestias ingentes, de desorientación moral, de desapego de la vida, de caídas.

La naturaleza, a pesar de que estimamos que tiene algunas imperfecciones, está llena de bellezas y de objeto de goces, con tal que la sepamos comprender, a fin de favorecer la felicidad individual. Pero no podemos apartarnos de sus mandatos y del camino que nos traza. Y este camino no es otro que amar, aceptar el hambre sexual y realizar la unión de ambos sexos, en el debido tiempo, en la forma y con la delicadeza que ella ordena. Toda manera de darse satisfaciones en forma perversa, tiene serias sanciones, que recaen en los cónyuges mismos; neurastenia sexual, impotencia física y psíquica. Con las costumbres depravadas se encadenan otras más viles, que transforman al envilecido en un ser sin voluntad, ni vigor, ni iniciativa, sin ideas creatrices; candidato para recibir en su organismo, como en terreno preparado, las enfermedades, entre las que la tuberculosis vive en constante acecho; pornográficos de palabra y de hecho, que huyen de la mujer sana para cobijarse en lo fácil, en la mujer que se vende, con la que una unión sexual equivale al mismo vicio secreto y con nuevas depravaciones. Algunos, entre los habituados a la prostitución, objetan que la mujer comerciante, siendo al fin una mujer, es preferible que usar otros métodos perversos.

Olvidan que estas mujeres fingen el amor, y convencen al hombre, jactancioso de los méritos que la ramera le descubre, de sentimientos que ya huyeron de ellas; fingen sensaciones voluptuosas que no existen, y simulan emociones

como nacidas del alma. El inexperto ignora que tiene a su lado un cadáver innoble, pasto de todos los hombres de cualquier condición social, poco antes que lo recibiera en sus brazos, y en espera de muchos que vendrán después: cuestión de paga. Pero los recipientes se gastan, y dejan al descubierto sus oxidaciones. La prostituta, al fin, deja la casa para irse al hospital, después de haber contagiado con alguna enfermedad de trascendencia social a su ocasional amante, que vuelve al mundo enfermo con una desgracia, muchas veces irreparable; con el corazón partido, destrozado en sus ideales, muerto el impulso espiritual que debe presidir a toda unión con la mujer. Pierde ese entusiasmo bello y generoso que domina al amor, el que derrite al hielo de la soledad, por el calor del sentimiento; que se crea entre los miembros de la pareja humana.

No existe en los países cultos la institución comercializada donde se vende la mujer y donde se compra a precios muy al alcance de todos, la sífilis, mal que será transmitido hasta los hijos de los hijos, y la blenorragia que mutilará, en la mujer, sus órganos más nobles, los creadores de vida. Rusia, donde aquella plaga roja estaba más extendida que en ningún otro país, debido a que en ninguna otra nación existían tantas mujeres comercializadas, fué azotada en un 80% de su población.

Puede decirse que Lenin abrió el comercio a las demás naciones, empezando con Alemania, para recibir Neosalvarsan, a fin de curar a tanto enfermo de males sociales. Sabemos que la sífilis invade todo el organismo, y desde el primer instante, las meninges, aunque el enfermo no se dé cuenta, excitan al cerebro, embotando el consciente, el razonador, y sacando a flote el subconsciente, desde profundidades hasta ahora misteriosas. Excita lo primitivo, lo irracional que hay en el hombre, y lo transforma en irritable, atrabiliario, que no calza con la mentalidad general; violento, belicoso, criminal. Esto explica esa crueldad, sin objeto, que fué la condición de existencia del comunismo ruso en sus primeros tiempos.

Si el hombre se viera privado del amor, de la necesidad sexual y de las consecuencias que de esto se derivan desde el punto de vista mental, desaparecerían la poesía y el carácter normal no teniendo objeto la vida.

La desgracia es causada por tres factores: la enfermedad,

la miseria y la inestabilidad sexual. Con buena salud, con medios suficientes para vivir y con una vida sexual estable, contamos con la felicidad. Hacia estos tres factores encaminamos la vida en todo linaje de actividades, sean por adquirir dinero, gloria, hogar. *La Cuestión Sexual*, de Forel, nos tranquiliza con su enseñanza: nada en ella es simbólico, ni abstracto, ni prometedor. Al contrario, contempla todas las soluciones, a fin de encauzar a ese compañero inseparable: nuestro sexo. En forma levantada, muy humana, colocando al matrimonio en la esfera espiritual (no romántica) y expresándose de él en cada caso y en cada ocasión, con expresiones hermosas, y convencimiento sereno, alejado de toda exageración, sin superarse en ponderaciones divinas que ridiculizan, Forel se inspira en la concepción clara de la igualdad entre el hombre y la mujer con respecto a sus derechos; pero conociendo la enorme diferencia de los deberes sexuales de cada uno de los cónyuges, especialmente la distinta responsabilidad de la mujer, frente a sus dotes de cuna de la creación, de madre y primera pedagoga de sus hijos.

Nos enseña que la discusión es el camino por donde no desea el amor hacer su recorrido, y como las palabras sacan palabras y son dichas para que sea uno el que supedite al otro, resulta que dimes y diretes conducen al temor, al enfriamiento, a la indiferencia: tres desechos de caminos que llevan hacia el odio. Sólo la absoluta ignorancia del hombre sobre la mentalidad de la mujer, y de ésta sobre la del hombre, pueden producir desaveniencias, que sumadas llevan a la ruptura, si no del cuerpo, del alma. No se comprenden. ¿Podrían comprenderse jamás dos personas que hablaran distintos idiomas? El intérprete y el puente de unión, el amigo de ambos es el libro de Forel. La ignorancia sobre las funciones creadoras de vida, funciones que son el chofer del automóvil, en la marcha de la vida, de la pareja humana, hace indelicado al hombre y gazmoña a la mujer, desde el primer momento de unión, convirtiéndola, en una acción indiferente y aun desagradable. De lo indiferente en el trato continuo, en el hogar, sobrevienen el desconcierto, el enfriamiento, el rencor, el odio. Una de las razones de dicho enfriamiento radica en el manejo de procedimientos anticoncepcionales. La mujer no puede tolerar ni lo antiestético ni lo repugnante. Instintivamente la mujer repugna todo aquello que se desvíe de lo natural. Las alteraciones funcionales y psíquicas terminan con desapego a la vida,

horror a la relación sexual, e impotencia que durará precisamente para con el que tanto contribuyó a su relajación. La naturaleza la premia con las satisfacciones más sublimes, con el amor más intenso, con estabilidad física, moral y psíquica, cuando no se aparta de los medios normales. El uso de medios contraconcepcionales usados por recomendación de charlatanes y de fabricantes, relaja el sentido afectivo: avergüenza, deprime y al contrariar las funciones normales, la salud decae. El prejuicio, los escrúpulos, causan males largos, difíciles de curar, tanto más cuanto que el pudor de la mujer y la ignorancia sobre la consecuencia de sus males no le permiten atribuir su fracaso a la intimidad sexual anormal. Por excepción el médico acierta a conocer la causa de las perturbaciones. Esperamos que se extienda más y más, cada día, el conocimiento de las épocas de esterilidad de la mujer, y sus ocasiones de fecundabilidad para que veamos claro el porvenir de la pareja humana. Ya no existirían razones para que las desgraciadas mutilen e infecten sus construcciones femeninas con el aborto, ni arrebaten la belleza a su intimidad con los usos malthusianos. Es un nuevo mundo el que se promete. Converge a ver realizada esta predicción, el hecho de que la mujer concibe hoy día al matrimonio no como el asunto primordial a que estaba obligada en otros tiempos, cuando era sólo objeto de placer y de dominio, en el que era relegada a segundo término. Independizada en sus medios de vida, ahora que ella se dedica al trabajo que la independiza, tiende sólo a unirse cuando el amor, el respeto, la igualdad de derechos, le conceden el puesto digno de compañera; y como ella educa al hombre, con su actitud, con su moral profunda, con su clarividencia que le suministran sus facultades femeninas, que aman lo definitivo, lo concreto, lo eficaz, llegará a desterrar las prácticas anti - naturales. Será su actitud la que contribuya a perfeccionar el matrimonio, que hoy está en vías de transición; perfeccionamiento que no admite dilación. Antes la mujer callaba, y era peor su situación. Estamos en plena revolución contra el pasado, y en busca de un porvenir que debe evolucionar rápidamente hacia el ideal. La rebeldía femenina está en un período destructivo, a causa de las experiencias y aventuras sexuales. Tenemos que convertir a la mujer en un elemento constructivo, aprovechando

su profundo sentimiento espiritual y su pronta docilidad, cuando el amor lo exige.

La moral se encuentra en transición permanente. Lo que se acepta como moral o como cosa permisible, a lo menos, fué antes considerado inmoral y repudiable. La vida sexual no es ni moral ni inmoral: es vida normal, natural. Sabiendo que la relación sexual es la raíz del árbol de la vida, que todo árbol vive de sus raíces, que las buenas raíces crean buen follaje y excelentes flores y frutos, nos convencemos de que lo exterior, lo visible del árbol es el amor. Y ese amor hace nacer hermosas flores: los hijos. El amor crea la atracción sexual, el apetito sexual y la unión espiritualizada, tal que, cuando estamos arrobados por las melodías que la música nos suministra, residimos en un mundo espiritual que nos llena de emociones, a pesar de que esos sonidos divinos que nos transportan provengan de un piano o violín construído de materiales toscos. No hay duda de que para estabilizar el matrimonio tenemos que contar, antes que todo, con la cooperación decidida de la mujer, que es conservadora, celosa del hogar, normalmente orientada a la monogamia, tímida, abnegada, sensible, pero resuelta a echar sobre sus hombros la educación de los hijos, especialmente de las niñas.

Pero toda medalla tiene su reverso: la mujer actual, llevada por la corriente del snobismo moderno, aspira a obtener una libertad cada día mayor, libertad peligrosa, que ha conquistado y no dejará, libertad que ni la madre podría ya disputarle. A veces la madre se ha resignado y ya no engrana con su hija. Las actuales, en nuestro país, apenas tienen la influencia de una hermana mayor. Los padres se dedican a su trabajo, al club, a la política, a sus numerosas relaciones sociales, al paseo. El cuidado de los hijos estima que es mejor dejarlo a la esposa. En las clases necesitadas, la madre trabaja, la hija también, cada cual por su lado; van siendo, poco a poco, extraña la una para la otra. El control, la brújula de la mujer reside en su sexo, el consejero es el corazón. Clases muy desvalidas no pueden tener otra guía que la miseria, ni otra moral que la aparente. En las clases adineradas, la libertad suele ser mayor: autos, tranvías, cafés, teatros, cines, miles de lugares de citas, en verdad, donde la conversación,

el flirteo y la intimidad recaen sobre cosas del sexo. Hay una evolución destructiva, pero, sin duda, transitoria, en la vida sexual de la mujer. Creemos que si el hombre recupera su tono varonil de antaño, y abomina de la frivolidad, de la cursilería, dirigiendo, educando con el ejemplo, haciéndose respetar como hombre de verdad, la mujer volverá a conseguir que se reconozcan sus derechos.

La Ciencia de la Vida es también una ciencia del alma, porque ayuda, con su análisis introspectivo y psicoanálisis, en los trances sexuales. Se creía que el hombre podía siempre dominar sus instintos sexuales, peligrosos para una tercera persona, y se enseñaba una disciplina especial, gracias a la que, por medio de la razón y de la voluntad, se podía adaptar a los códigos morales existentes. Aparentaban los hombres de fama irreprochable muy a menudo, fama que sostenían en forma espectacular, que ellos ni seducían a las crédulas, ni frecuentaban lupanares, y que triunfaban de sus pasiones. No eran eunucos psíquicamente, y toda esa fraseología y esa actitud ficticia, era puro fariseísmo; a escondidas, conquistaban mujeres, en hoteles y pensiones, y convalecientes en clínicas, o en viajes a otras ciudades; algunos, simulando seriedad, atacaban a niños de su popio sexo; o, por fin, eran discípulos de Onán. La hipocresía, que hace mentir a todos en cuestiones sexuales, venía en su ayuda para desvirtuar el análisis del psicoanalista.

El homoerotismo u homosexualismo debe ser explicado a la luz nueva de la Ciencia de la Vida, para guiar la conducta de padres y maestros. Aunque huyamos del pedantismo de palabras técnicas que obscurecen la enseñanza que deseamos dar a todo adulto cultivado, conviene retener estas: *soma* es el cuerpo sin el sexo. *Sexo* expresa los órganos creadores de vida, muy distintos, anatómicamente, los de la mujer que los de los hombres.

Hasta la cuarta semana después del día de la fecundación, el embrión en el útero no manifiesta la diferencia de sexo,

El territorio somático neutro recibe brotes masculinos y brotes femeninos; posiblemente los jugos de carácter químico que entran a la sangre del embrión determinan que uno de estos brotes prospere y que el otro se atrofie. Se fijaría el

tipo mujer, si el riego, del brote femenino hubiese aniquilado al brote hombre, y habría una determinación masculina si predominan las hormonas masculinas, las que solamente pueden ser segregadas por glándulas masculinas; todo esto se verifica en el territorio somático que recibe el impulso endocrino. Pero no olvidemos que este maravilloso proceso se realiza en un ambiente femenino, en la cuna de la madre, para comprender mejor la homosexualidad del hombre, a quien atrae la mujer aun al través del hombre que cree amar, porque impregnado de lo femenino todo su ser — a pesar de tener cuerpo de hombre y funciones de hombre — ama a otro hombre, que es la característica de la mujer. A veces el homosexual, por excepción, aparenta amar a la mujer, no por su sexo, sino que cree, en su extraviada imaginación, que ella es hombre. Repetimos que el homosexual, que ha recibido mucha química femenina (hormonas), está impregnado de feminismo, y por eso ama a los hombres. Adelantémonos a decir que esto no es amor, pues esta virtud suprema de amar idealmente, fuera de lo terrenal, esta embriaguez, no es el sentimiento del invertido. Llamémosle *afición* por los hombres y no amor a los hombres.

En su evolución somática, el embrión de hombre, en algunos casos, puede recibir trozos de ovario dentro de los testículos, que dicho de otro modo, el brote femenino, de esta condición humana bisexual, no se atrofió, no desapareció. Persistió en cantidades diversas. Si es mucha la cantidad, o mejor dicho, si es considerable la porción de ovario que se incluye en el testículo, éste forma hormonas femeninas, que derraman su jugo endocrino femenino, y forma parte del ser masculino con caracteres femeninos, voz atiplada, mayor ruedo de las caderas, carencia de pelo en la cara, (barbilampiño), psiquismo femenino e inclinación hacia los hombres, cosa natural en quien es casi mujer. Pero esto es tan exacto que si se castra, se suprime el testículo con tejido de ovario, y al mismo tiempo se le injerta un testículo, aunque sea de chimpancé, ese hombre cambia su estructura feminoide por la de hombre y sus acciones son de varón con inclinación hacia la mujer misma. Si la cantidad femenina es menor o quedan enquistados los ovarios, no pudiendo introducir en la sangre las hormonas femeninas, el homoerotismo se demuestra apenas, y así en seguida van declinando las aficiones hacia el otro sexo, a medida que el hombre tiene menos masa femenina dentro de

su soma. Llega a quedar reducido el homosexualismo a una manifestación psíquica, o un indiferentismo o frialdad sexual. Esto entra en la categoría de perturbaciones sobre las que la psicoterapia sexual puede alcanzar mucho éxito. Por lo demás, estos problemas están dentro de la acción y de la observación de los padres, correspondiendo sobre todo a ellos que sepan conducir al indeciso sexual al buen camino. De ahí que nunca sea tarde, para un padre que tiene interés por el futuro del hijo, el estudio de estos fenómenos en la ciencia sexual, ciencia que, al revés de las demás, abre sus puertas a todas las edades, condiciones, sexos y estados.

También los muy definidos homosexuales pueden conocer nuestra ciencia, y recibir adecuada dirección, y corrección de sus ambiciones.

Podríamos establecer que el problema es igual en la mujer que ha recibido por excepción, en el ovario, tejidos testiculares. Quiere decir que ella, impregnada en su ovario de hormonas masculinas como a los hombres, le agradan las mujeres; ella masculinizada tiene que tener afición por la mujer. Si en una ocasión se pudiere operar, extrayendo ovario testis, la parte masculina desaparecería, y al inocular de foliculina, o extracto de ovario, o injertándole tejidos de ovario de otra mujer o de una mona chimpancé, tomaría el tipo femenino desapareciendo su hirsutismo (pelos), su voz de tenor marchando a bajo, sus caderas recobrarían su anchor de mujer, sus mamas se enriquecerían, y tendría inclinaciones por el hombre, finalidad única en la vida, para cumplir con el destino inmortal de continuar su vida al través de su hijo. Suele la porción de otro sexo que recibe una persona quedar adormecida (es decir, que no había vertido secreciones esa porción del otro sexo hasta una época inesperada) y súbitamente aparece la homosexualidad.

Estamos en una época de transición hacia lo normal, en el desarrollo de nuestro sexo, y vamos en marcha a lo normal es decir, que el hombre sea muy hombre y la mujer sea muy mujer. ¿Corresponderá este estado imperfecto de evolución biológica, al estado de transición y de imperfecta evolución de las masas, y del mundo todo, en asuntos políticos, económicos y sociales? Si tenemos que reeducar a los del tercer sexo, desde su grado máximo hasta los grados de puro psiquismo homosexual y convertirlos en sexos muy bien determinados, ¿no podríamos hacer otro tanto con los que no calzan con

la mentalidad general, y que son de sexualidad dudosa o pervertida, los que perturban la marcha regular del mundo. La mujer incubada en la entraña de la madre, en un soma femenino, cuando es homosexual siempre tiene inclinación por el hombre, dentro de su preferencia por la mujer, más que el hombre invertido.

Las leyes del alma radican en el mundo de lo real. Tenemos que escudriñar aquel mundo estudiando las enfermedades que afectan al psiquismo. Y el punto de partida del territorio sexual es necesario buscarlo en la niñez. El alma revolotea en el reino subconsciente donde reside el instinto creador y se enferma cuando el instinto es indominable. Si el instinto busca una satisfacción sexual, y no es satisfecho, o se satisface contrariando los métodos naturales, nace la desorientación, la confusión del espíritu, la histeria.

Es tiempo de completar lo que Forel enseñaba sobre las funciones sexuales.

La mujer es lo que son sus ovarios, o más exacto, la mujer es lo que le permiten ser sus secreciones endocrinas, que derraman sus productos en la sangre. Esas substancias denominadas hormonas, hoy reconocidas por la química, son fabricadas especialmente en los ovarios, en la mujer y en el testículo en el hombre, por tejidos que constituyen las glándulas sexuales. En la mujer esas glándulas sexuales son el folículo de Graaf y los cuerpos amarillos. En el hombre son las células que forman los espermatozoides y quizás el tejido intersticial.

Las funciones masculinas, las leyes especiales que las rigen y las derivaciones que la psicología ha deducido de la fisiología de los órganos creadores de vida en el hombre, son estudios muy bien tratados en *La Cuestión Sexual*, y no las mencionaremos en esta especie de preámbulo, que sirve para preparar al lector que desee ilustrarse. Tampoco abarcaremos los demás temas tan magistralmente estudiados en el libro de Forel. Sin embargo, con respecto a la mujer los estudios son novísimos, son de estos instantes, y al ponernos en prensa siguen las investigaciones con entusiasmo, con intensidad creciente, radicando, por ahora, los estudios en Estados Unidos, Japón, Austria y Alemania. Nuestro deber es completar los conocimientos.

El ovario, situado en el piso superior de la pelvis, a cada

lado de la cadera, hacia adelante, en número de uno a cada lado, está al abrigo de todo accidente; quizás es el órgano mejor protegido, y en una atmósfera de 38°; suspendidos, flexibles, con movilidad, pudiendo escurrirse en todo sentido suavemente durante los cambios de lugar y de posiciones por los movimientos de la mujer.

En tanto que en el hombre el órgano correspondiente, el que da la semilla masculina, el testículo, cuelga fuera del cuerpo, expuesto a accidentes y peligros, entre los muslos, donde debería mantener la temperatura de 36,5°; pero que, en verdad, las envolturas que lo contienen parece que desearan conservarle una temperatura inferior, a causa de la gran ventilación y sensación de frío que mantienen. En todo caso contrasta la temperatura de frigorífico del testículo con los 38° del ovario. El ovario de la niña a su nacimiento está formado de trescientos mil ovisacos o folículos de Graaf, con un óvulo cada folículo. Pero, poco a poco, después conserva treinta y seis mil folículos en cada ovario, de porte pequeño, folículos primitivos; al acercarse la niña a la época de la pubertad, comienzan los pequeños folículos a crecer, y uno de ellos, catorce días más o menos antes de la primera indisposición mensual, madura, crece enormemente, se hincha, llega a la superficie del ovario y estalla abandonando en esta explosión el óvulo que lo contenía. El óvulo es abrazado por el cáliz de la trompa, donde le reciben las células epiteliales, que armadas con pestañas vibrátiles le conducen hacia el útero. Antes de llegar al útero o matriz es fecundado por un solo espermatozoide del hombre, de entre un ejército de más de doscientos millones que han afluído al través de la vagina y del útero deslizándose sobre el suave y húmedo tapiz de estas porciones y movidos intensamente por la cola vibrátil que los empuja hacia adelante. Vive el espermatozoide cuarenta y ocho horas, a pesar de tener movimientos hasta ocho o más días. Pero el óvulo vive solamente veinticuatro horas.

Los folículos de Graaf en todo tiempo fabrican una hormona, la foliculina, y en máxima cantidad durante la maduración u ovulación, es decir, cuando ha sobrevenido la ruptura del folículo de Graaf y la expulsión del óvulo. La ovulación o ruptura del folículo aparece a los catorce días, después que comenzó la indisposición mensual, en los casos en que el ciclo de la mujer sea de veintiocho días, y sirve para enviar fuera del ovario al óvulo, emisario que se deja conducir en busca de

su salvador, el espermatozoide preferido. Este proceso de la ovulación, de la maduración del folículo, es determinado por la hormona de la parte superior de la hipófisis, glándula situada en la silla turca, en la base del cerebro, detrás de la nariz, la que se derrama en la sangre. Esta hormona denominada extracto del lóbulo anterior de la hipófisis, hormona antehipofisiaria o Prolán, al entrar a la sangre, como no nos cansaremos de repetir, hace madurar un folículo que estalla a los catorce días. (En el calendario femenino los días comienzan desde el primero, en que apareció la indisposición mensual, y terminan el veintiocho, último día antes de la otra indisposición). Y la hormona antehipofisiaria solamente puede hacer madurar un folículo, y no más porque cuando la foliculina aumenta, en el tiempo de la madurez, entra también a la sangre y va a frenar a la hipófisis, para que ésta detenga su acción; que de otra manera tendríamos permanentemente maduración y hemorragias. Es la ovulación, por intermedio de la foliculina, la que causará la hemorragia mensual, catorce días después de la ruptura del folículo. No olvidemos que, a su vez, esta ruptura se hizo otros catorce días después de la indisposición, lo que suman veintiocho días. Pero el folículo evacuado de su contenido queda en el ovario en forma de un cráter, lo que se denomina el cuerpo lúteo, por tomar el arrugamiento o regresión el color amarillo. El cuerpo lúteo fabrica también una hormona: la luteína o progvnón. Entra también a la sangre, y alimenta por su intervención química al óvulo, pasivo e inerte, durante su trayecto en las trompas. Hace más la luteína: hace secretar a la mucosa del útero, fija a la membrana, y forma en una parte de esta mucosa un repliegue para anidar al óvulo fecundado. La acción del cuerpo lúteo no ha terminado aún, porque durante los cinco primeros meses del embarazo preside la alimentación del óvulo, que, ya fecundado prende, se injerta en los tejidos; y también alimenta a la placenta en el comienzo; placenta que será el manojo de canales sanguíneos que llevarán al feto la sangre de la madre y la respiración; y por otros canales venosos, arrojarán los desperdicios de la nutrición intracelular. Durante estos cinco meses el cuerpo lúteo queda erecto por fabricación de luteína. Si ese cuerpo lúteo, grávido, se destruye por cauterización, sobreviene el aborto. Después de los cinco meses, continúa la gestación, pues la placenta se ocupa de la alimentación del feto, aunque el cuerpo lúteo regrese o muera.

Si el óvulo no ha sido fecundado, muere a las veinticuatro horas disuelto, y son arrojados sus destrozos. Entonces el cuerpo lúteo, por medio de la luteína, ya no sostiene firme a la mucosa que tapiza el interior del útero y la suelta, dejando abiertos los capilares sanguíneos, y verificándose la hemorragia mensual que arrastra tejidos, óvulos y sangre fuera del útero. Esta salida de la mucosa uterina sucede para arrojar lo inútil y para reparar el interior, a fin de que se pueda recibir dignamente al nuevo óvulo, que indefectiblemente deberá venir cada veintiocho días. Y así la mujer por treinta a cuarenta años, trabajará mes a mes de veintiocho días, por lanzar un nuevo óvulo, persiguiendo que ese óvulo llegue alguna vez a transformarse en hijo.

Tenemos que apresurarnos a declarar que el primer impulso de la indisposición mensual, la proliferación de la mucosa uterina, lo ha determinado la foliculina, ordenando, con su entrada a la sangre, que la mucosa del útero crezca, aumente las glándulas mucosas y dilate los capilares. Fecundado el óvulo, esa mucosa engrosada, influenciada por la luteína, puede por lo tanto afirmar y nutrir el óvulo con secreciones. Pero si el óvulo es de soltera o de mujer sin relación sexual, la foliculina cesa en su acción, y la luteína — como ya dijimos — suelta a la mucosa para que sea arrojada en un torrente de cincuenta gramos de sangre. En el acto el útero desempapelado, estuca su interior, lo empapela de nuevo y está listo para recibir otro óvulo. Sigue este ritmo hasta completar la mujer de cuatrocientos cincuenta a quinientos óvulos en su vida, con cuatrocientas cincuenta a quinientas indisposiciones mensuales. La naturaleza, no queriendo perder su derecho a crear nuevos seres, impulsa inexorablemente cada veintiocho días al ovario a que lance otro óvulo.

Dentro de un folículo, rodeado de numerosas células se encuentra el óvulo, la célula madre, quieta, sin dividirse, al revés de todas las otras células del organismo, y alimentado por esas células y por el líquido folicular. Al ser expedido el óvulo lleva la edad en que ha caído esa ovulación, y si es fecundado en una mujer de treinta años, por ejemplo, quiere decir que su hijo nuevo lleva ya, por parte de la madre, los treinta años que el óvulo se conservaba dentro del folículo, remedando la paciencia de la mujer que espera siempre. Repetimos que si la indisposición mensual nace a causa de que salió un óvulo catorce días antes, quiere decir que antes de esa ruptu-

ra del folículo no hay fecundación. Como viven los espermatozoides tres días maximun, significa que éstos pudieron estar vivos desde el día undécimo y fecundar el décimo cuarto al óvulo lanzado. Dijimos del óvulo que vivía sólo veinticuatro horas; por consiguiente, el día décimo sexto ya no existe. Sólo desde el undécimo al décimo sexto hay seguridad de fecundación. Todo otro tiempo es de esterilidad absoluta en mujeres de ciclos de veintiocho días.

La foliculina crea los caracteres propios de la mujer, aumenta su producción durante la maduración del folículo, y por intermedio de la sangre continúa durante catorce días la preparación de la próxima indisposición mensual; pero después de esta indisposición la foliculina aumenta en la orina, en una enorme eliminación, porque en este tiempo la foliculina ya no se requiere, pues está actuando la hormona antehipofisiaria, para determinar la ovulación. A su vez, la hormona antehipofisiaria, que no sirve después de haber formado la ovulación, es decir, del día décimo quinto hasta la nueva regla, se encuentra en la orina en mayor cantidad que en la sangre.

La foliculina puede extraerse de la orina. Se la analiza químicamente. Es cristalizada. Su fórmula es C18 H22 O2. Se la dosifica. Sensible en el erotismo de la rata a la dosis de uno por cinco millones de solución. Reacción ácida. Resiste a 300° de calor y a las bases y ácidos enérgicos.

La hormona antehipofisiaria congestiona el útero y la pelvis durante la indisposición.

La foliculina tiene, además, las siguientes propiedades: determina el crecimiento de los órganos creadores de vida, ovario, trompas, útero, vagina y secciones externas. Este crecimiento, así como el de todo organismo en conjunto, es debido a la hipófisis completa. Si la foliculina es escasa, los órganos genitales de la mujer no se desarrollan y permanecen infantiles. Si no ha crecido el ovario, las reglas son insignificantes, el útero se ha mantenido infantil, la joven casada aborta sus hijos, porque la matriz pequeña no permite que crezca en ella un nuevo ser. Lo arroja, y sigue en el camino de los abortos, hasta que, a causa de la nueva vida sexual que excita la nutrición del ovario, se forma foliculina suficiente y crece el útero. O bien se debe administrar hormona antehipofisiaria desde el cuarto al décimo cuarto, que es cuando debería haber suficiente cantidad de ella; pero hay también

que dar extracto completo de ovario entre el día décimo quinto y el vigésimo octavo, cuando se estima que esta substancia esté en escasa cantidad en las deficientes. Sin foliculina la mujer se apaga, se idiotiza, con foliculina la mujer tiene líneas femeninas, gracia natural, esqueleto y músculos débiles, menfalidad femenina, cutis brillante y sin pelos en la cara y mucho, en la cabeza, altruísmo nato, sentido de intuición, grasa distribuída para darle formas redondeadas, constancia, alegría conciencia fuerte, espíritu maternal, amor a los hijos, instinto sexual finamente desarrollado. La foliculina crea el apetito sexual o líbido; de ahí es que también se la denomina estrina (o progynon o Unden). Cada veintiocho días, cuando el óvulo no ha sido fecundado, la foliculina congestiona y hace proliferar la mucosa del útero. Su acción excitante en las épocas de la alta marea de la mujer (doce, trece, catorce, quince y diecisieis días a contar desde el primero de la indisposición mensual, y en la proximidad de las reglas) se debe a ella, y para que esta acción o hambre sexual no sobrevenga durante la indisposición mensual, la foliculina es frenada en su función excitadora por la luteína. La formación de las mamas se debe a la foliculina Si se administrara esta hormona a quienes menstruan normalmente se correría el riesgo de producir reglas hemorrágicas o apagar la acción antehipofisiaria.

En las psicohomosexuales la foliculina restablece la normalidad. Detiene las perturbaciones de las castradas aun que ya hubieren comenzado los síntomas de desaparición de los caracteres sexuales secundarios. Cura las leucorreas o flores blancas de las niñitas impúberes y contribuve a la curación de las que ya han pasado su pubertad.

Siendo la foliculina un eslabón de la cadena endocrina, su deficiencia debilita a las demás glándulas: hipófisis, tiroides, suprarrenal, paratiroídea, e indirectamente a la circulación misma de la sangre. Revive, pues, el cuerpo (organismo somático), el organismo mental (cerebro) y el organismo psíquico (el subconsciente). Cuando existe en escasa cantidad hay *Amenorrea* (falta de reglas). Si se administra foliculina o el extracto total (foliculina y luteína) de ovario en quienes no han tenido nunca reglas, suele regularizarse la función y se ayuda con la hormona antehipofisiaria. Si la amenorrea es ocasional, en quienes alternan con indisposiciones mensuales, debe administrarse antehipófisis desde el cuarto al décimo

cuarto días y extracto de ovario desde el décimo quinto al vigésimo octavo día. Actúan más enérgicamente la foliculina y la antehipófisis, en inyecciones. En ese sentido innato del hambre sexual, la foliculina obra sobre el centro erótico del cerebro, y éste sobre el urogenital de la médula. Este último excita el clítoris, la vulva, el útero en el sentido erótico y las glándulas secretorias de Bartolino. De ahí la razón de por qué existe en la mujer la líbido despierta antes y mucho después de sus reglas. Sirve para tonificar el organismo de la mujer en decadencia sexual y aun, si se la administra por inyecciones, para despertar la líbido en el ocaso de la vida, En la menopausia detiene los síntomas alarmantes y corrige las molestias de bochornos, depresiones nerviosas, dolores articulares y otras.

Es frecuente observar mujeres atacadas de acné, eritemas urticarias, eczemas, que curan con foliculina, y aun aquellas con psoriasis disminuir la actividad.

En el embarazo se forma la foliculina en el corión y en la placenta, lo que utiliza el organismo para acrecentar las mamas.

Debe haber tantas clases de foliculinas como usos y propiedades hemos fijado, porque la formada en la placenta no detiene la acción de crecimiento de la hipófisis, ni la producida por el folículo, y si es cierto que frena a aquella glándula después de la ovulación, para detener su influencia, también lo es que no frena la propiedad de la hipófisis sobre el crecimiento, ni sobre el antagonismo que ésta ejerce sobre la tiroide.

El freno de la luteína sobre la acción de la foliculina en la líbido, explica la frialdad de la mujer cuando la regla se produce, porque sólo hay luteína cuando aparece la regla y pocos días durante ella.

Hemos dicho que, roto el folículo de Graaf, en el lugar que él tenía queda el hueco arrugado, con tendencia a la cicatriz: eso es el cuerpo lúteo, que fabrica la luteína, formada por acción del extracto del lóbulo anterior de la hipófisis. Comienza a formarse apenas se ha roto el folículo. Su propiedad saliente es transformar la túnica interna del útero (el endometrio), delgadita, en mucosa firme segregante, robusta. Afirma lo que comenzó a crear la foliculina: aumentar, crecer dicha mucosa con aumento de capilares sanguíneos. Todo este trabajo de la luteína es para anidar al huevo cuando ha sido fecundado, y alimentarlo si sigue el proceso de cambiarse en embrión (feto). Ya establecimos que si no hay fecunda-

ción, degenera, muere la glándula, cuerpo lúteo, no hay luteína y se sueltan las capas de la mucosa del útero. Pero si el cuerpo lúteo no regresa, queda erecto en calidad de glándula, y sobreviene hemorragia persistente. Dando extracto del cuerpo lúteo se paraliza la hemorragia, debiendo suministrarse esta hormona pocos días antes, durante y poco después de la indisposición mensual.

Es la hipofisina, hormona de la parte posterior de la hipófisis, la que contrae y congestiona el útero para la expulsión de su contenido, en la indisposición mensual. También expulsa al feto durante el parto. Pero si a causa de debilidad del cuerpo lúteo las membranas de la mucosa uterina no pueden ser arrojadas, quedan adheridas a los tejidos, y como el útero no tolera dentro de él sino al feto, empieza a contraerse con energía, impulsado por la hipofisina, y sobrevienen los dolores violentos o dismenorrea. Hay que reforzar la potencia del cuerpo lúteo administrando hormona antehipofisiaria, que es la que hace madurar el folículo, es decir, produce la ovulación y, en consecuencia, forma la glándula, cuerpo lúteo que nos suministra la luteína. Así viene la faz exudativa o escamativa de la mucosa y el arrojamiento de las membranas hacia afuera del útero. Faltando el estímulo del cuerpo amarillo subsiste la hemorragia. El cuerpo lúteo o la luteína es de acción antagónica o frenadora de la acción congestiva, del extracto antehipofisiario, reforzada por la acción de la foliculina, cuya propiedad es la de excitar a la mucosa uterina para que aumente o prolifere con capilares sanguíneos dilatados que van a verter sangre. La buena hormona anterior de la hipofisis produce o crea una firme ovulación, con gran producción de foliculina y con un robusto cuerpo amarillo. A causa de deficiencia hipofisiaria anterior, el folículo es débil, queda abierto, incapaz de arrojar el óvulo y con un cuerpo amarillo pobrísimo o de acción nula. No hay indisposición mensual, lo que constituye la Amenorrea. Puede curar la enferma usando extracto de lóbulo anterior (o Prolán) y extracto de ovario. Si el folículo es un grado más sano, pero deficiente, sobreviene la Oligomenorrea, es decir, reglas escasas y muy tardías. Se corrige este defecto usando extracto del lóbulo anterior durante los quince días que siguen a la manifestación menstrual y usando extracto de ovario durante la última porción del mes. Los productos

hormónicos sexuales actúan con energía y seguridad cuando son empleados en inyecciones.

Los días óptimos para procrear son desde el día doce al quince (a contar del primer día de la regla) en las mujeres de ciclo de veintiocho días. Concebido con voluntad es hijo del amor, y no es hijo ajeno a su deseo, no es un intruso. La mujer observadora y atenta a estudiar su ritmo sexual, puede apreciar la ruptura del Folículo de Graaf, y el lanzamiento del óvulo el día trece, catorce o quince. Sin óvulo no existe fecundación. Este fenómeno lo aprecia porque siente en la región de los ovarios ligeros dolores, retorcijones discretos que sentidos una vez, después ya no se olvidan; otras veces son más fuertes, que hacen pensar en una apendicitis si se localizan en el lado derecho; suelen irradiarse a la pierna, hacia el hígado, al estómago. En ocasiones hay además malestar, un poco de fiebre, y aun una ligera hemorragia del útero, escasa, de pocas horas, que engaña como un adelanto de indisposición mensual.

Una mujer que se observe algunos meses, ayuda mucho al médico, porque sabrá interpretar las funciones femeninas con conocimiento de causa, si aquél es consultado para irregularidades en las reglas, así como si se trata de fijar fecha para las operaciones quirúrgicas, y por fin para establecer el ritmo de la mujer de novia o casada. Las novias anhelan llegar a su día nupcial sin exponerse en sus noches de boda a que aparezca su función mensual: nada que las humille, nada antiestético ante el dueño de su alma y de su corazón. Quisieran durante los primeros meses de su luna de miel, y aun en el primer año, no concertar con su marido la creación de un hijo. Lo desean vivamente, pero para cuando hayan hecho un conocimiento más largo de su esposo y de su hogar Quieren preparar su nido con calma. Conociendo pues su ciclo mensual resolverán su ritmo sexual La casada que desea limitar el número de sus hijos de acuerdo con su marido sabe que dispone de dieciocho días de esterilidad. Contando hacia atrás, si prevé el día de su indisposición mensual, restan once días que son absolutamente estériles. Ocho días restan de nuevo y son los días óptimos para procrear. Los días anteriores a estos ocho son también estériles.

¡Qué nuevos horizontes se presentan al mundo! Aceptado el ritmo sexual, se concluye con las operaciones muti-

lantes, como la ligadura de las trompas, con las operaciones criminales y vergonzosas como los abortos, y con las manipulaciones humillantes de los métodos anticoncepcionales, con las abstenciones entre los cónyuges, que abrían ancho campo para que el marido frecuentara casas de tolerancia o para caer ambos en idólatras de Onán.

Todo lo que hemos dicho sobre la foliculina en la mujer podremos aplicarlo al hombre; cuyas glándulas sexuales producen la hormona, la orquitina, que obra en él al igual como actúa la foliculina en la mujer.

Tanto en el hombre como en la mujer, se encuentra la glándula hipófisis o pituitaria, que fabrica la hormona anterior de la hipófisis: es común a ambos sexos. Esta hormona impulsa la formación de la orquitina en el hombre. Se puede indiferentemente usar en el hombre extracto del lóbulo anterior de la hipófisis de origen femenino extraído de una ternera hembra de mamífero y vice versa dar a la mujer hormona masculina.

La antehipófisis sirve al crecimiento del individuo y actúa sobre las funciones genitales de ambos sexos; la posthipófisis sirve para congestionar la pelvis durante la indisposición mensual de la mujer, para expulsar los productos de dicha indisposición, para expulsar el feto para producir la energía de los movimientos intestinales. Si la hipófisis entera se inflama o hay un tumor en su trama interior el afectado, hombre o mujer, tiene un desarrollo exagerado de los huesos de la cara y de las extremidades. Si hay deficiencia hipofisiaria, el crecimiento se detiene y puede desaparecer por inyecciones de extracto completo de hipófisis o con injertos aplicados cada día de trozos de hipófisis. Estos injertos de animales, sobre todo de mono, se reabsorben cada día y habría que repetirlos. De igual manera, los deficientes sexuales, eunucos o mujeres castradas se reponen y vuelven a sus características de varón o de mujer, si se inyecta en el hombre orquitina, o se le implantan cortes finos de testículo de hombre o de chimpancé con frecuencia, tal vez mes a mes, y en la mujer, si se le implanta tejido de ovario de otra mujer, lo que se debería injertar a menudo a causa de la reabsorción; pero son preferibles inyecciones de extracto de ovario.

Las inyecciones excesivas, o la administración en gran-

des cantidades de la hormona hipofisiaria total, provocan el gigantismo. Hemos dicho que la hormona antehipofisiaria produce la maduración de los folículos de Graaf en la mujer y la espermatogenesia en el hombre. Además, empleada en impúberes femeninas apresura la formación de sus reglas y el crecimiento, también precoz, de los órganos genitales. En el hombre aumenta el crecimiento de los testículos y la precoz formación de orquitina y el crecimiento de los demás órganos genitales. Se la encuentra en abundancia en la mujer encinta en la placenta y en la orina. Su presencia en la orina sirve para diagnosticar el estado de embarazo. Las inyecciones de orina de mujer embarazada, que contiene extracto del lóbulo anterior de la hipófisis, pueden transformar un folículo maduro en cuerpo lúteo en el ovario de algunos animales mamíferos, con la consiguiente inhibición de la ovulación y anidación del óvulo y previa la desaparición del celo o apetito sexual. La citada hormona provoca la secreción de leche en las mamas de las embarazadas, sin intervención del ovario, porque esto acontece aún en las hembras castradas.

El extracto del lóbulo posterior de la hipófisis determina la contracción del útero, cuando existe inercia en el parto; eleva la presión arterial; aumenta la secreción láctea.

Glándula tiroidea.— Regula por su hormona la nutrición de una manera constante, especialmente la que corresponde a los huesos y al cerebro. El funcionamiento de dicha glándula está ligado a la cantidad de yodo que se encuentra en ella. Indirectamente la tiroides juega un importante papel en el desarrollo de los órganos creadores de vida y en sus funciones toda vez que es la nutrición, el metabolismo quien cede los materiales para desarrollo normal de esos órganos y de esas funciones. La tiroides fija en el organismo el ázoe ingerido, o también el ázoe ganado por la respiración, preside la alimentación de la piel, huesos, cerebro, ovarios, testículos y demás órganos genitales.

La glándula paratiroídea regula la fijación de la cal, y con la tiroides la del fósforo. Falta de cal momentánea, estimula las contracciones tetánicas ordenadas por la paratiroídea. Los hipersexuales, o los que se entregan a frecuentes relaciones sexuales, o a desórdenes prohibidos en el terreno

sexual, están propensos a sentir sensaciones de intenso frío y calofríos, por la pérdida de fósforo y de cal.

Las glándulas *suprarrenales* están colocadas como un gorro frigio sobre el polo superior de los riñones, y se componen de una parte medular y otra cortical. La medular contiene la adrenalina.

Sus propiedades son importantes. Tiene la misma acción que los nervios simpáticos. Acelera la fuerza y los latidos del corazón, tal como los nervios simpáticos cardíacos. Provoca la contracción de los vasos, evitando la hemorragia de capilares. Aumenta la presión arterial. Detiene los movimientos del intestino. Relaja los músculos bronquiales. El bazo reduce su volumen por la adrenalina expulsando sus glóbulos rojos. Provoca la secreción de las glándulas lacrimales y submaxilares. Transforma el glicógeno en glucosa. La secreción de la adrenalina de las cápsulas suprarrenales es dirigida por los nervios. En la vida diaria hay siempre secreción de adrenalina. Existe relación entre la glándula suprarrenal y las genitales. En muchachas con tumor de la corteza suprarrenal se ha reconocido precoz desarrollo de las reglas; exuberancia del sistema piloso, hirsutismo.

La epífisis o glándula pineal, cuando sufre atrofia por cualquier causa, desarrolla en los órganos genitales una ponderación colosal. Parece, pues, que su existencia normal está destinada a frenar el crecimiento de dichos órganos. Sin dicha glándula pineal los caracteres secundarios del sexo se desarrollarían enormemente, con enorme abundancia de pelos pubianos. Ella no quiere el crecimiento de los órganos genitales de ambos sexos. Disminuye pasajeramente la presión arterial así como la diuresis, y tiene ligera influencia en el aumento de la leche.

El timo vive en el cuello del feto y se atrofia al nacer el niño. Preside la nutrición de los órganos genitales en el comienzo de la vida. Atrofiado el timo se atrofian los genitales. Fija la repartición de los materiales que forman los

núcleos de las células y contribuye a la formación de otros nuevos. Inyectando, baja la presión arterial, y acelera los latidos del corazón.

Puede hacerse esta objeción: si la vida sexual normal está llamada a concluir con las carcomas sexuales ya indicadas anteriormente, existe el temor de que estemos estimulando las uniones sexuales en la juventud antes de su madurez.

Ni por un solo momento huímos del valor inmenso de esa sugestión. La mujer moderna, con la misma libertad que dió al hombre esa distinta moral sexual, la de mantener relaciones sexuales con mujeres antes de su matrimonio, sigue hoy aquel camino señalado por él durante toda la evolución histórica de los pueblos. Es sin duda un camino subversivo el que toma la mujer. El elevado destino de ser la cuna de la humanidad, la de jefe efectivo del hogar, la primera pedagoga de sus hijos, le da deberes y responsabilidades absolutamente distintos de los que están adscritos al hombre. Gracias al sentido moral de la mujer, adornado por la natural delicadeza y finura hacia lo bello, lo estético y lo bueno, le repugnan lo innoble y lo antinatural. No podría tomar varios amantes, pues ello significaría dar satisfacción a su instinto sexual, y no aunarlo con el sentimiento del amor. Dos hombres para un solo corazón femenino por darle satisfacción al sexo, y ambos amantes ilegales que satisfagan el instinto, es lo mismo que complacerse con el vicio secreto, o con la amistad homosexual. Y esto no lo acepta una mujer diferenciada, normal y sana. No podría ser idólatra ni de Lesbia ni de Onán ni de otros indignos métodos. Tarde o temprano será adicta a las hermosas leyes de la Naturaleza, que rigen en la unión de ella con uno solo para realizar su destino. Pero bajo el disfraz de la hermosura de la vida normal sexual, que la aleja de toda perversión, ¿puede antes del matrimonio cumplir con las leyes de la Naturaleza? Son los padres quienes tienen que responder, son ellos los que necesitan concentrar sus esfuerzos para guiar y dirigir a sus hijos antes de sus quince años; son las madres las responsables de la vida erótica de sus hijas antes de la pubertad, antes de los trece o catorce años. Lo que los padres hagan en la infancia por el bien de

sus hijos lo cosecharán en la adolescencia. La lealtad, la franqueza que se debe gastar en el desarrollo sexual, sin mojigaterías ni erotismo, dirigiendo, enseñando amigable, naturalmente, evitando amenazas y solemnes castigos, inspirando confianza a los hijos, redunda en el porvenir de la familia, y evita desorientaciones sin cuento y desgracias a veces irreparables. Vale la pena arrebatar algunas horas por día a las numerosísimas visitas que hace y que recibe la madre, a las numerosas citas a cocktails, a tées, a cines, al bridge. También las hijas son un encanto de su propia creación, la continuación de su vida, el refugio y el consuelo de horas negras, las sostenedoras del futuro. Vale la pena que el padre, celoso del honor de la familia, reste algún tiempo a sus grandes ocupaciones entregadas al Club, al excitante anhelo de ganar más dinero que el necesario, a las carreras de cuadrúpedos, a las arrancadas a casas «non sanctas», a la politiquería, a las excursiones de todo linaje, para dedicarlo a los hombrecitos de mañana, que le condenarán por no haberles evitado aprender el vicio secreto, las juntas con camaradas que los instruyen en la pornografía, etc. Toca, pues, a los padres recoger una adolescencia sana, robusta, dueña de sí, orgullosa de llenar el papel a que fueron destinados, dentro de cada sexo. Toca a los padres iniciar la enseñanza de la Ciencia de la Vida, que va a contribuir, más que cualquier otra cosa, a ayudar a sus hijos.

Durante la adolescencia la muchacha se prepara para ser mujer, y es esta época la de los flirteos, aquella en la que se prepara para ser esposa. Madura está sexualmente, y aun antes de su pubertad ya se había dado cuenta de las incitaciones de su propio sexo; pero no está madura para tomar la alta responsabilidad de formar un hogar, de crear un nuevo ser. Está solicitada por sus instintos que, viniere de donde viniere el impulso erótico, a fin de satisfacerse, lo suele aceptar si está convencida de que no sobrevienen consecuencias. Cree que el matrimonio va a satisfacer sus impulsos eróticos; aun, cree que está enamorada, y quizás ha cedido entrar a la amarra conyugal por adquirir una posición. Otras veces, por estar algún tiempo de novia, es empujada por sus parientes a que realice ya lo que ha de realizar más tarde. La edad mínima para ligarse a un hombre es a nuestro juicio la de veintidós años. Entre los quince y los veintidós años es la edad fuertemente solicitada por la líbido, este sentido inherente a la especie, este afán de sentir, como ya dijimos, que está incor-

porado a nuestro cuerpo, como la sangre, que no podría faltar. Existe este instinto, el hambre de excitaciones, no podemos prescindir de él. Pero podemos guiarlo, nunca suprimirlo; es él la base de la unión sexual, del matrimonio, de la creación. Entre los quince y los veintidós años, si la joven permanece soltera, hay que encarar el problema, preparándola con claros y serenos conocimientos de la Ciencia, dándole a saber como hecho natural que ella, su madre, Eva, y las santas, todas han tenido disputas con su propio sexo. Dominarlo con serenidad en espera de su unión con su elegido. Sabiendo que esperar es la característica de la mujer, desde su etapa de óvulo hasta los trances de la gestación, que le pide nueve meses antes del alumbramiento. Esperar es ser femenina, y reconforta la salud, la disciplina. Padres, maestros, sociedad deben unirse para enseñar a la novicia en la vida sexual, dándole a conocer, según su edad, con franqueza y dignidad, lo que pierde si la falta de respeto a sí misma o si la amistad dudosa con alguna dama fuesen recurso para satisfacer el instinto; y que la dedicación a obras que beneficien a los demás calma esos impulsos naturales. El novio para una niña normal, educada como señalamos, debe ser su Angel de Guarda, que sumado a la brújula que su sexo le crea, dé por sí a la niña, amigos vigilantes del honor. Esta es la educación sexual, capítulo el más útil de los de la Ciencia de la Vida. Nos queda por resolver lo que hemos preguntado con respecto al futuro de la mujer. En lo que al hombre toca, que tiene dos morales sexuales, la una para consigo mismo, abusiva de sus potencias sexuales y la otra que exige continencia para su hermana, para su hija, seriedad para su madre, su esposa, su novia, nos cabe preguntar si los hombres con la libertad que se han tomado, estiman que deben seducir, conquistar, adquirir una mujer, y después cambiarla por otras mujeres. ¿Qué impresión les causaría si su madre, o su hermana, o su novia, fuera la preferida por esos libertinos? Desde los quince años hasta la madurez del hombre, para que sea digno de formar un hogar, que estimamos a los treinta, caben quince años de lucha intensa contra el ambiente, que sonríe con la lectura de nuestros consejos, contra los padres que por comodidad aceptan hacer la vista gorda, ya que «esos años son para la juventud». Pero no estarán satisfechos si más tarde comienzan en sus hijos a divisarse la sífilis, la homosexualidad, la dilapidación, la decadencia psíquica, mental y física, o son enamorados del vicio secreto; o

si esos hijos al formar nueva familia infectan esposa, hijos, o desquician al hogar por procedimientos repugnantes adquiridos en las casas de tolerancia. Los padres, los maestros, los amigos morales y conocedores de la Ciencia de la Vida, los curas, el periodismo, deben inspirarse en la seria campaña social de formar hombres, y no piltrafas, como pedestales de la nación. Si no se cree que por virtud tratamos de establecer una Etica Moral, créase que recomendamos una actitud seria y noble, por negocio. Gana el que no es subyugado por el llamado de cualquier meretriz que oculta un mundo de males: gana el que, evitando los llamados del sexo, economiza potencia para su porvenir. No pretendemos suprimir los impulsos sexuales, porque sería como pretender detener la marcha de los astros dentro de las maravillosas leyes planetarias. Queremos descorrer el denso y tupido velo de la ignorancia, para revelar nuestra admirable organización. Poseyendo el conocimiento completo de las leyes de la vida sexual, se pueden entender los consejos que suministramos a la juventud sobre la vida erótica y las leyes que la presiden. No creemos que sea la de hoy mejor o peor que la vida sexual de antaño. Pero hoy hay más sinceridad: las cosas están más a la vista: no se observan atropellos salvajes: se sabe lo que se ocultaba: hay mayor conciencia de la personalidad humana y por sobre todo se observa longevidad mayor debida a la estabilidad sexual y a la higiene, tanto sexual como social.

Cierto es que por tomar la mujer actual una libertad que antes no tenía, por poder entregarse a ocupaciones que desconocía, por tener facilidades de salir sin compañía a sus correrías, disponiendo de autos y trenes, se encuentra llena de entusiasmo por su nueva vida y sin restricciones se aparta de su feminidad. Está apresurándose a recibir las ventajas que no tuvo, con ligereza para recompensar el camino perdido. Está en período de transición, con entusiasmo de triunfar y ya en vías de vencer. Era la «sometida a servidumbre», «la esclava de sus deberes de hembra». Actúa ahora con hostilidad, en tono de desafío. El hombre, como espantado, y cediendo para evitar que le tilden de retrógrado, y más que todo, cediendo por inercia, por ser «cómodo», contempla atónito el desarrollo de los actuales acontecimientos. Suele comentarlos y encuentra algunas objeciones: «no hay que ser

retrógrado, provinciano, el mundo marcha, hay que seguir sus aguas». No pensamos que en la actualidad nos encontramos en la época histórica parecida a la del fin del Imperio Romano, y que comenzamos otros mil años de Edad Media. Ni tampoco en el período de la caída de Constantinopla.

No se vuelve atrás, cuando se toma el camino hacia el norte de la evolución. El deber nuestro es congraciarnos con la juventud y no tomar la actitud de pontífice o de Catón, de quienes se huye con violencia. Hay que tomarla del brazo como camarada y marchar junto lado a lado, pero mirando con los ojos de esa juventud, alumbrándola con la linterna del pasado, para que vea claro en el presente y señalarle el porvenir. Así serviremos en estos tiempos de velocidad y de torbellinos sociales y económicos y de ignorancia. Los jóvenes nada saben sino del presente, ignoran el pasado y nada desean saber del futuro. El presente es su existencia. Pero seríamos injustos si no observáramos que la juventud comienza en todas partes a conminar los vicios secretos y perversos, como la homosexualidad y la prostitución. Démosle apoyo en la ciencia y en la conveniencia, en una moral práctica, y podremos serle útil en estos años de quince a treinta, en los que la vida es más intensa; pero cuando el valer del hombre es mayor, y conseguiremos la espera mientras llega el matrimonio. Trabajo, dignificación, amor verdadero, convicción de que debemos servir a los demás en obras hermosas y útiles, nos permitirán distanciar — a lo menos por algún tiempo — las visitas a los altares de Venus. Ya es algo, al lado de lo que ahora ocurre, que la juventud toma al amor sexual como una ocupación. Obteniendo desde el principio que se considere al amor sexual como una preocupación, se alcanza a someterse a la continencia que a nadie hiere. Podríamos aspirar a conseguir de la juventud mayor respeto por la mujer, mayor contacto con las familias, espiritu caballeroso, comprensión de la ciencia sexual, que señala los abrojos de los caminos trillados de mujeres comercializadas y que les augura un futuro lleno de bellezas. Nos asombran las libertades que toman los jóvenes de ambos sexos en sus experiencias sexuales; pero nos asusta extremadamente el abandono en que se encuentran. Si parece que padre, madre, hermanos, fueran desconocidos entre sí.

Nunca será demasiado repetir que el apetito sexual, o líbido, existe siempre desde que nos damos cuenta de que estamos provistos de sexo: el hambre sexual nace aunque todavía no sepamos nada de orgasmo o de voluptuosidad sexual, sensación que se persigue como finalidad en el amor platónico y en el amor sexual. El apetito sexual es el preludio de la entrega de la mujer, es el factor indispensable de esta entrega. Vive en el cuerpo humano como el instinto más poderoso, tal como el hambre y la sed comunes se despiertan aún cuando no vayamos a comer. Estos apetitos, inherentes al cuerpo humano, cuando nacen, aumentan en exigencia, *L'apetit vient en mangeant.* El apetito sexual se puede despertar por múltiples causas: la exploración de los propios órganos genitales, abundancia de alimentación, excitaciones alcohólicas, conversaciones y lecturas eróticas, caricias del mismo sexo o del sexo contrario, bailes, vista de caricias libertinas, por contemplación de amorcillos entre animales. Las mujeres, tan propicias a acariciarse entre sí en sus obsesionantes amistades, sienten el hambre de excitaciones, y siguen una de estas calles o apagan sus deseos, o se satisfacen a sí mismas con una tercera persona, otra amiga, o su candidato a novio. Este último puede corromperla con caricias indebidas, sea en lugares públicos, en bailes, en la casa, y por fin, llevarla hasta la caída.

Sensible pero muy respetable es esa especial situación de la mujer que ama de verdad, y que es correspondida de verdad, y que se ha ligado a un hombre con lazos sólidos y bien probados.

Pero la educación sexual ayuda considerablemente a las jóvenes: aunque su sexo esté definido, están todavía indiferenciados en el impulso que ha de movilizar su instinto. La mujer asciende a un tipo de mujer, hasta aproximarse a los cuarenta y cinco o cincuenta años, en que toma cierta semejanza con el tipo hombre y aun ciertos gustos. Pero bordeando los quince años aun es neutral, y su apetito sexual, que no es enérgico, puede ser excitado por la nodriza, por un muchacho, por sí sola. Si tenía brotes masculinos, aún no se pueden reconocer. Pero siguiendo el tiempo, si no ha recibido educación sexual y no ha sido estimulada por las amistades masculinas, puede quedar indiferente al sexo, pero nunca será indiferente a la sensualidad, al hambre sexual, y está expuesta a recibir caricias de otra mujer, acostumbrarse a dichas cari-

cias, desearlas y caer en pseudohomosexualismo. Si ha contraído matrimonio, lleva al hogar tres impulsos sexuales: vicio secreto con su amiga, el vicio secreto consigo misma y el que la naturaleza le prodiga por su marido. Suele suceder que haya borrado como se borra con paño, en la pizarra, lo escrito con tiza, su pasado, si el marido sabe tratarla, si es delicado, si la ama, si se preocupa de despertar sus sentidos. Pero si, como es común, el hombre es sensual y egoísta, y anhela sólo la posesión, «en la esclava de los deberes conyugales» asusta no sólo al cuerpo, sino que le deja un traumatismo psíquico, que dura a veces para toda la vida. La mujer tiene siempre hostilidad para con el hombre que se afana poco por ella, y esta hostilidad se acrecienta cuando el hombre ha sido brusco, indelicado, brutal, sensual ante todo. Muere en ella o se adormece su instinto, apetito sexual, se cree frígida por vida. Pero aborreciendo al hombre aparece el hambre de excitaciones, y se las procura observándose, y tratando de satisfacerse. En todo caso, recuerda con vivo placer el cariño femenino. Odia al cariño masculino. Muchas veces, la enferma misma busca consejos médicos por otras causas y por incidencias cae sobre males propios del sexo, y se descubre falta de feminidad, desgracia matrimonial, desapego a la vida sexual, inconformidad, neurastenia. Muy difícil es que la enferma declare un estado que la avergüenza, sobre todo si está en presencia de un médico que no la entiende ni comprende la evolución intersexual. El médico interpreta su psiquismo atando cabos. Es corriente que bajo el peso de su esposo áspero, grosero, incomprensivo, egoísta, odie a todos los hombres, y disminuye apenas su hostilidad hacia su padre, su médico, el cura: pero no busca en ellos consejos sino apremiada por la necesidad de recursos, de tratamiento, de consuelo religioso. Casos ha habido en personas de verdadero talento que han vuelto a contraer nuevas nupcias, e ilustradas y resueltas con buena dirección, han pasado el paño en la pizarra, olvidándolo todo y han rehecho su nuevo hogar, con nueva vida.

En el hombre hasta los quince años el desarrollo cumple la misma ley que la escrita para la niña. Es indiferenciado, es parecido a la niña. Es ávido de placeres, aun sin pensar en mujer. Hacia los veinte años y durante el recorrido desde quince está más cerca de la mujer que la niña del hombre con orientaciones ambiguas, a veces.

Pero el ambiente, la educación sexual apresura en los jóvenes su decisión y no tardan en admirar y soñar en la mujer. El dominio sobre su instinto se reeduca. Los sacerdotes, los novios normales y morales, se resuelven a la continencia, sin que la salud se resienta. Cuando se dice que la continencia trae consigo la neurastenia señalemos a los sacerdotes, a las monjas, para combatir el error. Al contrario, la continencia da más vigor y despreocupa al alma de lo sexual. La tendencia del instinto se puede engañar con trabajo intenso, con preocupaciones intelectuales. La excitación no es permanente, suele ser tan fugaz que se la ahuyenta con distracciones cuando se toma la resuelta voluntad de disciplinarse, se evapora el hambre sexual cuando hay una constante disciplina.

No se afecta el sistema nervioso con la continencia sexual. Aumentan la neurosis, la histeria, la neurastenia, con la inestabilidad sexual: vicio secreto, homosexualidad que actúa en igual forma, retiradas o *coitus interruptus*, exceso de relaciones sexuales normales y el ejercicio sexual anormal.

El amor es el excitante natural del apetito sexual. Todo otro impulso que también llegue a la voluptuosidad, es perverso, dañino, sobre todo para la mujer.

El amor nace solamente entre el hombre y la mujer normales. Entre homosexuales no existe el amor: la atracción es una *afición*, que no es duradera. Aun el apetito sexual de los invertidos es diferente. La inversión del sexo va acompañada de inversión de sentimientos y de la conciencia. La mujer invertida es indiferente por sus hijos, por sus padres; no cambia de costumbres; cambia de pasiones de un lado al otro. Pero ilustrada en la Ciencia de la Vida, avergonzada y bien guiada, se acoge a la consigna de mantenerse reservada procura interesarse por trabajos sociales, recibir el trato de los hombres, aunque sea como agrado social. Hay que interesarla en obras serias, cuidado de niños, servicios sociales, hospitales de hombres, etc. Suelen casarse, y su indiferencia sexual no ha sido nunca puesta al descubierto en los casos que conocemos. Existe en toda invertida cierto respeto, estimación hacia el hombre comprensivo y delicado; la invertida posee como toda mujer, fondo de gratitud y le renace la simpatía hacia ese hombre, aunque no amor, y la disciplina puede llevarla a la continencia.

La finalidad del apetito sexual, despertado de cualquier manera que sea, es la voluptuosidad sexual.. Pero en las relaciones heterosexuales normales entre hombre y mujer, no es ésta la última etapa del apetito sexual. Es la entrega de la mujer. El apetito sexual, consideramos es la segunda etapa de la vida erótica. Porque llamamos la primera al amor platónico.

La entrega de la mujer debe llegar al orgasmo, es decir, a la cuarta etapa. Pero entregada la mujer, puede sobrevenir un apagamiento por muchas razones: impotencia del marido, impotencia psíquica, que consiste en una vergüenza del sexo con respecto a la mujer.

La impotencia sexual o la psíquica es visible para la cónyuge. Pero la impotencia de la mujer no es advertida por el hombre, mucho menos por el impotente. Por lo general, los hombres poco ilustrados, sin preocuparse de saber lo que les concierne dentro del matrimonio, «toman posesión» de la mujer sin la espiritual preparación de caricias, y al apoderarse reciben ellos impresiones sexuales, no tomando en cuenta si lo mismo ocurre en su esposa. La mujer de por sí, siendo normal, y teniendo despierto su anhelo sexual, es más tardía en obtener los beneficios de la unión conyugal. Pero como sus sentimientos son más fuertes, es más sensible a toda clase de caricias, vive satisfecha de las atenciones, ternuras, caricias de su esposo. Este, si conociera la mentalidad de su mujer, se concentraría a esta vida anímica, y cuando comprendiera que el apetito sexual de la compañera está al unísono con el suyo, podría realizar su unión sexual. Este pequeño detalle, bien cumplido, hace más permanente el amor. Al contrario, cuando se deja excitada a la mujer e insatisfecha, y esto se repite, sobreviene la neurosis de angustia, neurastenia, y la contrariedad manifiesta; se crea la hostilidad secreta de la mujer que, con el tiempo, es indiferencia, repugnancia, odio. Muchos matrimonios enfriados responden a estas ocultas causas.

El apetito sexual del hombre es un hambre que se satisface solamente con el orgasmo. Lo normal es que la comida que sacia este apetito normal sea únicamente la mujer. El hipersexual, parecido al glotón que altera su metabolismo sufre de sus excesos, pues las frecuentes pérdidas de la semilla masculina agotan los depósitos de fósforo, de cal y de vitaminas y hormonas. La mujer en iguales condiciones no deprime su vitalidad, pero, en cambio, crea neurosis por exceso.

La estabilidad sexual, que solamente se adquiere por una vida sexual moderada, estabiliza lo físico y lo psíquico de ambos sexos. Los excesos, las perturbaciones o la falta de la relación sexual en los matrimonios son causas de ingentes padecimientos.

El hombre en su marcha ascendente en edad, tiene ritmos especiales En la infancia el niño, cuando su apetito sexual se despierta, recibe excitaciones anónimas de sí mismo, o de malos amiguitos: es indiferenciado, no dirige su hambre hacia la mujer. Más tarde su sexualidad puede ser homo o heterosexual si no ha habido ambiente y educación sexual. Poco a poco su orientación es hacia la mujer, y en el normal los veinte años su anhelo es *la* mujer. Durante su vida erótica, después acondiciona su líbido de preferencia a una clase social, agradándole o seleccionando «su tipo» entre ese grupo. Dentro de la clase que prefiere, escoge algunas familias y, por fin, de entre muchas familias, su elección recae en una con quien más simpatiza.

La mujer, hasta ahora y creo que siempre, no elige directamente; nació para amar, pero también para ser amada, esperar para ser elegida. Sin embargo, balancea su aceptación entre los admiradores, teniendo presentes la clase, el grupo, la familia,

Creemos de importancia copiar aquí uno de los fragmentos de *El hombre, un desconocido*, de Alexis Carrel (1):

«Las glándulas sexuales no crecen sólo con el móvil primitivo de perpetuar la especie sino para intensificar nuestras actividades fisiológicas, mentales y espirituales. Entre los eunucos, jamás ha habido grandes filósofos, grandes sabios, o siquiera grandes criminales. Los testículos y los ovarios ejercen una función extensa. Primeramente dan nacimiento a las células macho o hembra, cuya unión produce el nuevo ser humano. Al mismo tiempo secretan substancias que se derraman en la sangre e imprimen a los tejidos, a los órganos, a la conciencia, los caracteres masculinos o femeninos. Determina también a todas nuestras funciones su intensidad característica. El testículo engendra la audacia, la violencia, la brutalidad, los caracteres que distinguen al toro de combate del buey que arrastra la carreta a lo largo del camino. El ovario ejerce una acción análoga en el organismo de la mujer.

(1) Edición Zig-Zag, Santiago de Chile, 1936.

Pero éste no obra sino durante una parte breve de la existencia. Al llegar la menopausia, se atrofia. La duración menor de la vida del ovario da a la mujer que envejece una inferioridad manifiesta respecto al hombre. Por el contrario, el testículo permanece activo hasta la extrema vejez. Las diferencias que existen entre el hombre y la mujer no se deben exclusivamente a la forma particular de los órganos genitales, a la presencia del útero, a la gestación o a la educación. Provienen de una causa muy profunda, la impregnación del organismo entero por substancias químicas, producto de las glándulas sexuales. La ignorancia de estos hechos fundamentales ha conducido a los promotores del feminismo a la idea de que los dos sexos pueden tener la misma educación, las mismas ocupaciones, los mismos poderes, e idénticas responsabilidades. En realidad, la mujer difiere profundamente del hombre. Cada una de las células de su cuerpo porta consigo la marca de su sexo. Otro tanto ocurre con sus sistemas orgánicos, y, sobre todo, con su sistema nervioso. Las leyes fisiológicas son tan inexorables como las leyes del mundo sideral. Es imposible substituir los deseos humanos. Estamos obligados a aceptarlos tales como son. Las mujeres deben desarrollar sus aptitudes en la dirección de su propia naturaleza, sin procurar imitar a los hombres. Su papel en el progreso de la civilización es más elevado que el de aquéllos. Hace falta, pues, que no le abandonen.

La importancia de los dos sexos en la propagación de la raza es desigual. Las células del testículo producen sin cesar, durante todo el curso de la vida, animalículos dotados de movimientos muy activos, los espermatozoides. Estos espermatozoides se deslizan en el mucus que cubre la vagina y el útero y encuentran en la superficie de la mucosa uterina el óvulo. El óvulo es el producto de una lenta madurez de las células germinales del ovario. Este, en la mujer joven, contiene más o menos trescientos mil óvulos. Pero sólo cuatrocientos alcanzan la madurez. En los momentos de la menstruación, el óvulo es proyectado, tras el estallido del quiste que lo contiene, en la membrana erizada de pestañas vibrátiles que lo transportan al útero. Ya su núcleo ha sufrido una modificación importante. Ha expulsado la mitad de su substancia, es decir, la mitad de cada cromosoma. Un espermatozoide penetra entonces en el óvulo, y sus cromosomas, que han perdido también la mitad de su substancia, se unen a los del óvu-

lo. El nuevo ser ha nacido. Se compone de una célula injertada en la mucosa uterina. Esta células se dividen en dos partes y el desarrollo del embrión comienza.

El padre y la madre contribuyen igualmente a la formación del núcleo de la célula que engendra todas las células del organismo nuevo. Pero la madre da también al óvulo, además de la mitad de la substancia nuclear, todo el protoplasma que rodea al núcleo mismo. Representa, pues, un papel más importante que el padre en la formación del embrión. Por cierto, los caracteres de los padres se transmiten por medio del núcleo. Pero las leyes actualmente conocidas de la herencia, y las teorías actuales de la genética, no nos aportan aún una luz bastante completa. Es preciso acordarse, cuando se piensa en la parte tomada por el padre y la madre en la reproducción, de las experiencias de Bataillon y de Loeb. De un huevo no fecundado, se puede, por medio de una técnica apropiada, y sin la intervención del elemento macho, obtener una rana. Un agente físico o químico es susceptible de reemplazar el espermatozoide. Sólo el elemento hembra es esencial.

La obra del hombre en la fecundación es breve. La de la mujer dura nueve meses. Durante este tiempo, el feto se mantiene por medio de las substancias que llegan a él de la sangre materna después de haberse filtrado a través de las membranas de la placenta. En tanto que el niño toma de su madre los elementos químicos que constituyen sus tejidos, ésta recibe ciertas substancias segregadas por los tejidos de su hijo. Estas substancias pueden ser bienhechoras o peligrosas. En efecto, el feto está formado a la vez por las substancias nucleares del padre y de la madre. Es un ser de origen, en parte, extranjero, que se ha instalado en el cuerpo de la mujer. Durante todo el embarazo, esta última está sometida a su influencia. A veces ella se siente como envenenada por el feto. Siempre su estado psicológico y fisiológico se modifica por él. Se diría que las hembras, a lo menos entre los mamíferos, no alcanzan su pleno desarrollo sino tras uno o varios embarazos. Las mujeres que no tienen hijos son menos equilibradas, más nerviosas que las otras. En suma, la presencia del feto, cuyos tejidos difieren de los suyos por su juventud y, sobre todo, porque son parte de los de su marido, obra profundamente sobre la mujer. Se desconoce, en general, la importancia que tiene para ella la función de la generación. Esta función es indispensable para su óptimo desarrollo. Así,

pues, es absurdo alejar a las mujeres de la maternidad. No es preciso dar a las muchachas la misma formación intelectual, el mismo género de vida, el mismo ideal que a los muchachos. Los educadores deben tomar en consideración las diferencias orgánicas y mentales del macho y de la hembra en su papel natural. Entre los dos sexos hay diferencias irrevocables. Es imperativo el tenerlas en cuenta en la construcción del mundo civilizado.»

Se ha descubierto la fecundación artificial de los mamíferos, dejando abierto el camino para tener una raza humana que sólo se exija a la mujer para la formación de un nuevo ser. El doctor Pincus de la Universidad de Harvard, extrajo de una coneja el óvulo y luego lo fecundó por medios químicos. En seguida lo transplantó al útero de otra coneja. Después de esta transplantación el huevo siguió su proceso en forma normal, hasta que la coneja fué sacrificada para hacer un estudio especial. Se reprodujo un mamífero sin la esperma del macho. En experiencias anteriores el doctor Gregory Pincus, había extirpado el huevo y lo había fecundado con espermatozoides y después fué transplantado al útero de otra coneja y el parto se realizó hasta el nacimiento del animal. Más tarde encontró la manera de eliminar el esperma masculino.

En lo que se refiere a seres humanos sería posible la maternidad en mujeres que tengan un defecto fisiológico y que no puedan soportar los nueve meses que dura la gestación. También será de gran beneficio para aquellas mujeres que desen tener hijos, pero que no quieren sufrir por espacio de nueve meses. Este descubrimiento abre las puertas para que se pueda transplantar el huevo de la madre natural al cuerpo de otra mujer que se preste a soportar el resto del período de gestación.

Un huevo humano transplantado tendría todas las características hereditarias de sus padres y no sufriría alteración alguna por causa de la mujer que hubiere recibido el injerto, porque esta procuraría solamente el alimento necesario para su desarrollo normal.

¿Hay mucha indiferencia por la moralidad, siendo que moral es cuestión sexual, en los tiempos que corren, refiriéndonos a la destructiva evolución hacia los placeres sexuales que se atribuye a la mujer? Creemos resueltamente que no. Y, a riesgo de repetirnos, condensemos nuestro pensar.

La mujer hoy día vive con muchísima más libertad que antaño. Las ocupaciones para ganar el pan o para ahorrar

para su porvenir; la vertiginosa carrera tras sus relaciones sociales; la curiosidad y la costumbre de concurrir a espectáculos tan baratos e ilustrativos como el cine; los viajes de turismo; las vacaciones que la necesidad, el descanso del trabajo o la moda les exigen; la independencia de su hogar, ya que tiene que abandonar su ciudad natal, sus padres, para trasladarse a las ciudades donde tiene que educarse, independencia que la libera del ejemplo y del consejo de la madre; las novísimas amistades íntimas con compañeras; las inevitables compañías con jóvenes en bailes, paseos o viajes de turismo, o con camaradas de oficinas; la ilustración de la mujer que pregunta, se interesa por saber lo que al sexo concierne, *sobre toda otra cosa* — y que lee, pregunta; todo esto da la apariencia de que ella sea más sexual que la mujer antigua. En el fondo, mayor libertad ha creado mayor preocupación, del Estado, de la Religión, de la familia, de la interesada misma por saber, y ya hay el consenso tácito de que la mujer no permanece ignorante. Ya es un paso a la moralidad natural de la inflexible Naturaleza, con la cual nadie puede estar en desacuerdo, la Religión, siempre, ha dictado sus códigos de moral observando lo que la Naturaleza quiere, lo que traducido por nosotros significa que el conocimiento de la Fisiología debe ser la base en que se funda la moral sexual. Ya hay cimiento para la educación sexual privada, aquella que inicie la madre. Los retardatarios son aventados por el viento del instinto, de la estabilidad física, mental y psíquica que obliga a la muchacha, tarde o temprano, a saber. Sólo sabiendo evita ser doblegada por el hambre sexual, que la conduciría a faltarse el el respeto a sí misma; sólo la Ciencia la custodia contra los libertinos que la asedian, y le educa el carácter, y le enseña el papel importantísimo de escultora del nuevo ser. La Ciencia de la Vida le refuerza los consejos de su madre y de su religión, y le hace llevadera la vida matrimonial.

Antes, abandonada la mujer a sus instintos naturales, al ambiente de pecado, de esclavitud, de resignación, sin ver otro horizonte que el matrimonio, horizonte siempre obscuro y cargado de nubarrones, ¿era sexualmente más moral o menos moral que actualmente? No se puede resolver. Pero sabemos que la vida de la mujer era de una fragilidad tremenda, y que desaparecían del escenario de los vivos a muy temprana edad, y que el histerismo y otras perturbaciones nerviosas llegaban a tomar caracteres colectivos (epidémicos, como se

decía). Otro motivo de tranquilidad para el futuro es la abolición del aborto y de los denigrantes métodos anticoncepcionales, desde que contamos con la seguridad que da la Ciencia de la Vida, al descubrirle a la mujer los íntimos secretos de la fecundidad y de la esterilidad. ¿Anhela tener hijo o hijos, como acontece a toda mujer normal? Ya sabe que cuando ella lo desee de acuerdo con su marido, la creación sobrevendrá. ¿Desea la mujer descansar su organismo, o no puede ser madre, o quiere postergar la creación de nuevos seres a un tiempo más propicio? Entonces aprovecha la regalía que le ha concedido la Naturaleza. Y a la naturaleza la observa la Religión. Esta institución, que desinteresadamente quiere la formación moral de las almas, desde siglos, ha condenado todo lo inmoral, que es lo antinatural: vicios secretos o públicos, abortos, procedimientos malthusianos, relaciones ilícitas, libertinaje, falso homoerotismo, prostitución y toda causa de perturbaciones en el matrimonio. La Ciencia de la Vida enseña lo mismo. La Religión estimula la maternidad, y de ahí es que celebre los descubrimientos o, mejor dicho, la comprobación exacta del ritmo de la mujer, que dispone de cinco días seguros (a veces ocho) para crear el hijo, y dieciocho días seguros para no producir nuevas vidas. La Religión siempre consintió las relaciones íntimas con mujer estéril nata, con la mujer estéril cuando llega a la menopausia; permite la unión aun cuando sea estéril por amenorrea reconocida; por fin no se opone a que se establezcan relaciones cuando la mujer está en gestación. Nunca ha cambiado en sus opiniones porque el matrimonio no es solamente una hermosa fábrica de hijos, sino que és también la sociedad más abnegada, unida, agradable, y de colaboración, de cuantas existen. No podría, pues, oponerse a que los cónyuges elijan las épocas de esterilidad, si así les conviene, porque no cierran, ni maltratan, ni enferman, y por consiguiente no ciegan las fuentes de la creación. El canónigo Coucke y el Dr. Walsh publicaron *El período de esterilidad en la Vida Familiar*, con el «Imprimatur» del cardenal Arzobispo de Nueva York, Reverendo Hayes, y ahí leemos: «Por lo que respecta al objeto del matrimonio, debemos tener siempre en cuenta que el fin de la institución no es el de que cada familia deba o pueda tener hijos, sino tan sólo asegurar la conservación de la especie. Mientras esta preservación no peligre, no se podrá demostrar que éste o aquél matrimonio deba buscar los momentos más propicios para obtener el emba-

razo, ni que los anime el deseo positivo de la generación. Basta que se muestren fieles a las reglas de la Naturaleza. La unión conyugal está permitida en el período de la *agenesia* (es decir, en el período de la esterilidad, lo mismo que durante el embarazo o con mujer notoriamente estéril.

«Los casados pueden deliberadamente escoger las épocas en que la fecundación es improbable o imposible, pues gozan de completa libertad de hacer uso del matrimonio en cualquier momento que elijan. ¿Por qué, entonces, las personas que no quieren tener hijos habrían de tener prohibido aguardar el momento de esterilidad, en el caso de que éste ocurra contra lo que esperaban? Esa conducta puede ciertamente considerarse lícita mientras no peligre la conservación de la especie. En el plan general de la Naturaleza, entra que exista un período de esterilidad.»

El Papa Pío XI en su encíclica del 31 de Diciembre de 1930 declaró:

«*Ni tampoco* debe considerarse que obran contra la Naturaleza quienes en su vida conyugal hacen uso de su derecho en la forma debida, aunque debido a razones naturales de tiempo, o ciertos defectos, no pueden producir nuevas vidas.»

«A la Naturaleza se la sirve obedeciéndola.» (Francis Bacon).

La Ciencia de la Vida ha obtenido su triunfo más satisfactorio. Los teólogos se ilustran en ella y la estudian con intensa preocupación, bajando a su profundo laboratorio. Ya los seguirán los padres de familia. Los maestros se han adelantado a los jefes de hogar. Pero la juventud exige que ésta enseñanza sea generalizada, desde que ella, pasando por ríos, valles, montes, ha quitado las vallas del camino que tienen que recorrer, quisiera o no.

A. Koch, Preuss en su *Manual de Teología Moral,* dice: «El más elevado y principal objeto del matrimonio es la comunidad indivisa de la vida que llevan el esposo y la esposa. Hablando en términos generales, los esposos no tienen el derecho de traer al mundo hijos a quienes no pueden sustentar, porque con ellos inferirían un grave daño a la sociedad.»

La frase *creced y multiplicaos* es un símbolo usado antiguamente para estimular la creación, cuando la población era escasa. No podría ser un mandato, porque no existiría el celibato de la mujer soltera, del sacerdote y de la monja.

No hemos pretendido ser críticos al leer el libro *La Cuestión Sexual* del profesor Forel. Lo hemos leído y releído por que ha sido nuestro constante guía. Es nuestro mejor amigo y por eso hemos propiciado y estimulado su introducción en Chile. Ya existen, entre nuestros médicos, críticos de obras de Ciencias, entre aquellos que leen lo que critican. Esto ya es un gran progreso. Hace augurar que vendrán espíritus serenos, que sin cobijarse en círculos políticos ni en credos religiosos ni en prejuicios sociales hagan un verdadero bien a la juventud: «la Ciencia sexual lo ha tomado» indicándose que es una obsesión dar esta clase de conocimientos. La verdad es que somos nosotros los que hemos tomado a la Ciencia de la Vida, para evitar que sean las cocineras las fuentes de educación íntima de las hijas, y los corrompidos, los profesores de los niños. Obsesión de formar los hombres del futuro, Son profesores y padres de familia los alumnos que nos siguen. quienes extenderán la enseñanza sexual a donde no alcanza el médico.

«Lo cierto es, dice Marañón, que el padre, el pedagogo, el médico y el cura, no pueden resolver los conflictos que plantea el sexo, sin un conocimiento de la Historia Natural.....»

«La Etica y la Pedagogía sexuales sólo pueden ser verdaderamente elevadas y nobles, (dice en otra parte) cuando se han nutrido del conocimiento directo del instinto. Ha llegado el momento de no blanquear más con la retórica de siempre los mismos sepulcros malolientes: sino de abrir éstos a las luz que todo lo dignifica y lo bendice.»

Ha recibido su recompensa la sana intención del ilustre Profesor de Psiquiatría de la Universidad de Zürich, Doctor Augusto Forel, cuando perseguía el pensamiento de preparar al hombre un porvenir mejor y más noble, al contemplar que su obra genial, *La Cuestión Sexual*, ha dado la vuelta al mundo.

Entremos a analizar capítulo por capítulo la *Cuestión Sexual*. El prólogo escrito en 1905, para la primera edición, explica el móvil que le guió para escribir su obra. El de la tercera edición es digno de ser meditado, y expone esa carta magnífica de la muchacha, que libre de prejuicios, da su opinión sobre la *Cuestión Sexual*. La Introducción nos sirve de clave al estudio de esta materia.

El Capítulo I, «La reproducción de los seres vivientes»,

es la parte científica, y conviene leerla con mucho detenimiento. Aquellos que estén poco familiarizados con los estudios biológicos, deberán pedir ayuda a quienes estén al corriente con ellos. La teoría de Semón que parece filosofía profunda, es de sencillez grande, y con alguna reflexión se llega a concebir como se gravan las ideas en el cerebro y como se despiertan. Los profesores de Ciencia de la Vida tienen que compenetrarse de esta teoría de la herencia. El resto del Capítulo I se domina, se lee con agrado, con interés y entusiasmo. Pero queremos reiterar, si el lector no se ha penetrado bien de la División Celular, base de todo saber médico, que tiene que asociarse con cualesquier estudiante de Biología, hasta entender este conocimiento. La fecundación es el fondo de los estudios sobre el sexo. Las láminas relacionadas con la división celular y con la fecundación son claras e inimitables. El estudio sobre la ovulación, indisposiciones mensuales, etc., están claramente expuestas y se completan con lo que hemos dicho sobre estas materias en este Prólogo. La gestación, que nos enseña el desarrollo del embrión y del feto, está descrita en forma concisa. Debe el profesor extenderse más si estima que su alumnado desea ensanchar estos conocimientos, poniendo de su parte, lo que conduzcan a ello y que son del resorte de la Embriología, Obstetricia, Puericultura y Eugenesia.

El Capítulo II sobre la Evolución completa nuestros estudios y nos permite entrar al Capítulo III de más intimidad.

El Capítulo III debe tener un título más conciso que signifique lo mismo. Es mejor llamarlo *Condiciones naturales y mecanismo del embarazo. Caracteres sexuales correlativos*, en lugar del nombre que tiene en el texto.

El capítulo IV: «El apetito sexual» ha sido en las páginas anteriores de este Prólogo tratado en extenso. Pero hay una opinión muy juiciosa de Forel cuando dice: «el flirt (pololeo) es el lenguaje mudo del *«Apetito sexual»* como queriendo llamar la atención de padres de familia y en especial de las madres, que se afanan tanto en que sus hijas comiencen temprano a buscar novio, ignorando que este proceder adelanta el ejercicio de su instinto sexual y que lo mantiene en completa excitación. El flirteo es, pues, el primer llamado a la muchachada para despertar lo que, quizás estaba aun adormecido; es la puerta que se abre al hambre sexual. Impulsar a sus hijas al flirteo, prematuramente, es mantener sus órganos

creadores de vida en inquietud, vivos, antes de tiempo. De ahí es que observamos un cambio en la fisonomía, en el desarrollo, en la salud, en el carácter, y en la conciencia de la niña lanzada al flirteo, que antes no le habíamos visto. Sin estas excitaciones artificiales provocadas por el mozalbete—aun cuando éste sea el dechado de virtudes más acrisoladas—la niña habría tenido un apercibimiento de su sexo, en forma gradual, paulatina, sin objetivos masculinos: no habría sido una fruta madura antes de tiempo. Si la madre no lo ha comprendido, es que ella ha nacido ciega sexualmente o asexual, o frígida y escasa de talento. Niña apenas entrada a la pubertad, ignorante de lo que al sexo concierne, pero no inocente, será víctima de las asechanzas de libertinos que pronto abordarán el tema de solicitar lo prohibido. Esos mozalbetes no llegarán nunca al matrimonio, y tampoco la niña perdurará en este amor. Es edad en que no ancla un sentimiento firme; y desgraciadamente es la edad en que aparece el apetito sexual, que la puede conducir al camino donde ella obtenga satisfacción: o en manos de servidumbre corrompida, o de amiguitas o de su propia falta de respeto a sí misma, o por fin caerá en manos de un seductor. Sin tomar en cuenta otros factores; no olvidemos que la niña se apercibirá de su sexo por su propio desarrollo, aun cuando no fuere intencionalmente excitada, en la misma forma que, ella quiera o no quiera crecerá, tendrá apetitos de comer y de beber, evacuará su vejiga cuando ésta esté repleta. Son aquel instinto y estas funciones normales y de carácter imperativo. Su instinto despertará, antes o después, según sea su alimentación, su ambiente de emociones, sus visitas al cine, sus lecturas, sus charlas con amiguitas sabihondas. En edad temprana el apetito sexual exige satisfacción, pensando sólo en el placer, y ni siquiera en lo masculino, lo que es malsano y vicioso. Edad que se satisface con otra mujer o faltándose el respeto a sí mismo. La educación cosexual, pese a los Catones de la pureza, al contrario hace que la niña repugne de lo anormal. Se compenetre de su elevada responsabilidad y que su atracción hacia el otro sexo, esté basada en el pudor. Si el varón despierta su hambre sexual, cuando está en su vecindad, ésta es normal; es fugaz, es disciplinada, y aprende instintivamente de que es vigilada, y que toda libertad concedida, aleja, al final, al objeto de sus amores. Si ella ha recibido enseñanza de Ciencia de

la Vida, todo esos apareceres los juzga naturales, controlables y le sirven para dominar y aun para reeducar al futuro padre de sus hijos.

Conviene reflexionar sobre las emociones que despierta el amor, y las que despierta el líbido (apetito sexual), que tanto influyen en la salud física y en la mentalidad de la pareja humana, siendo el corazón y el cerebro los órganos más afectados, sin olvidar las alteraciones en los órganos creadores de vida y en las funciones que de ellos se derivan, que son los que van a reflejarse sobre el corazón y el cerebro. También la sociedad recibe repercusión de las emociones. Las emociones femeninas, se estima que se localizan en la substancia gris del cerebro, lado a lado de toda pasión o excitación, mientras que las del hombre están en la base del cerebro. De ahí es que el hombre sea más impulsivo, más violento en sus pasiones. La mujer está más vecina del amor propio, angustias; es menos brutal en su pasión sexual. Se deja buscar. Puede balancear mejor su conveniencia. Pero dominada sólo descansa al lado de su amor, si es correspondida. Si es contrariada, la pasión amorosa por un lado y las dificultades por la otra, levantadas por la moral, el que dirán, la oposición, perturban su cerebro, perturban su instinto y cae en neurosis obsesionantes, o en la histeria. En grado menor sufre, llora, tiene insomnios, inapetencia, anemia, enflaquecimiento. Se exalta la conciencia, debilita su energía, y está expuesta a caer en sugestiones de libertinos o de mujeres homosexuales o en consolarse a sí misma. Si la mujer ha heredado un nerviosismo nato, las neurosis prenden fácilmente, y la vida actual hace que la niña, de toda esfera, tenga «sus nervios en punta» y expone a toda mujer a adquirir una histeria, cuando la aventura amorosa ha sido dramática y sin la guía de la educación sexual o la guía de la propia madre. Y este nerviosismo puede estallar sólo por el amor, aun cuando el apetito sexual se haya apercibido apenas. Pero las frecuentes relaciones amistosas, emocionales, despiertan fuertemente el hambre sexual, que afecta sus órganos creadores de vida, que funcionan exageradamente, y desarrollando la angustia, la psiquiastenia, la histeria, por no recibir la satisfacción sexual o recibirla en forma antinatural. Palpitaciones al corazón, conciencia

deprimida, alternando con irritabilidad, aislamiento, insomnios, inapetencia a la vida, egoísmo, preocupación de su yo, inquietud. Como fruta verde, de anhelos y satisfacciones sexuales prematuras, sobrevienen neurosis difíciles de ser interpretadas, y caídas peligrosas. En mujeres maduras, el amor, las toma sin que «miren atrás» cuando son asediadas por galanes. Desean recuperar el tiempo esperado y ensoñado, que solamente ahora llega.

Todo este prematuro despertar de la niña actual es el resultado del flirt, tan estimulado por las propias madres. El control de cada muchacha es distinto, porque su temperamento sexual es también muy distinto. Y expuestas, asediadas, excitadas, seducidas algunas responden con incontenible inclinación al solícito pedir del varón, como el río torrentoso corre ladera abajo. Otras románticas, frígidas, sin apercibirse de su sexo, también caen «porque la compasión las obliga a no denegar aquello que con otro consideraría prohibido.» «Las neuróticas, sin enseñanza sexual son las más expuestas. Las homosexuales, las corruptoras de menores, los tenorios están alertas. Reinará el vicio vergonzoso. Los pornográficos y habituados al vicio secreto denominan a estas prácticas abominables como «satisfacciones compensadoras» queriendo excusar, casi aconsejar, un erotismo malsano, prematuro. Otras veces caen las pobres neuróticas sexuales en manos de empleadas o lesbianas. En otros países «la compensación» van a buscarla en casas especiales de *demivierges*.

En centros pequeños «provinciales» la vida erótica es aun mucho más grave. Sin mediar flirteo, están rodeadas, a veces, de un ambiente erótico, de charlas sexuales, donde, *todo* se habla, «guardando las apariencias» donde la hija conoce el pasado sensual de sus antepasados, de la familia misma, de vecinos, donde se conversa con la juventud masculina como si fueran estudiando la fisiología de los órganos genitales. Donde la moral sexual, la disciplina sexual, el control de los deberes sobre el sexo son desconocidos, donde el pudor consiste en manifestarse sólo como un estudiado lenguaje de reserva ante el otro sexo, una aparente delicadeza; pero con el mismo sexo hay libertad de lenguaje, de crítica, muchas veces, hasta de calumniar. Los jóvenes toman peores libertades y hay que tomárselas en lenguaje, en juicios y en acciones amorosas, so pena de ser considerados «poco hombres» o afeminados». Piénsese las charlas íntimas con la servidumbre, las

encerronas con las mismas y se comprenderá cómo el sexo se prostituye; y no es difícil darse cuenta de niñas de una robustez exuberante y con una magnífica alimentación, con ninguna educación sexual lo que, en sus noches, en sus lechos, a solas se desarrolla. Aunque sean excepciones y en pueblos excepcionales, esta fruta podrida, descompone a la buena y no se ha descubierto que una manzana, buena manzana, cure a alguna enferma. Al exterior, aparecen con recato, modales sobresalientes, lenguaje moderado para atrapar jóvenes. manifiestan no entender el lenguaje de doble sentido. Todas y todos desean una reputación excelente. En la expansión íntima son locuaces, aventajadas: saben todo. Se envejecen antes de tiempo. Gastadas por los vicios, pero anhelosas al matrimonio, llegan a él con sentimientos hipersexuales, neuróticas, pero apegadas al marido hasta fatigarlo, a fin de mostrarse «enamoradas», y a fin de que aquel sea retenido. Suelen entrar a la normalidad sexual, pero otras veces conservan sus hábitos secretos y dan la frialdad y el desencanto en la vida nupcial. Si el matrimonio acaece en pareja muy joven la vulgaridad de la vida sexual, con educación perversa, hace que el joven ilustre a sus amigos de los detalles íntimos del matrimonio, olvidando que la protagonista es su propia esposa, la madre de su futura descendencia. El respeto que debe rodear a todo hogar se ha desvanecido y los resultados son de esperar: menosprecio a la esposa, y muchos candidatos a cortejarla. En ocasiones la niña creada en el ambiente descrito no lo hace peor: lo cuenta todo, nada reserva a sus amiguitas. Estas, que antes de tiempo, conocen las emociones sexuales, en una edad en que el deseo no es tanto hacia el varón, sino anhelo de sentir satisfacciones, vengan de donde vinieren, sin educación sexual, sin otro conocimiento de enseñanza de su madre que los que sus relaciones le han referido sobre la juventud de su madre, sin la fuerte y sana direción de un marido inteligente, serio, ilustrado; careciendo de esa nobilísima idea del amor en todas sus derivaciones, experimentará emociones duraderas de todo hombre que sea más caballeroso que el esposo, emociones que la desconcertarán y si las ocasiones se presentan, no se contendrá la que nunca escuchó disciplina, dignificación del sexo. Si llega a ser madre muy joven sufre su físico, desgastado por la disminución de cal y de fósforo y su salud decae; y a causa de una hipersexualidad dentro del matrimonio el psiquismo también decae. Porque se cree erró-

neamente que la continencia no debe entrar dentro del matrimonio, «casadas no hay restricción». Desgaste por prematuras emociones, desgaste por aporte exagerado de cal y fósforo al hijo, estas jovencitas casadas llegan a ser piltrafas, sin amor a sus hijos, siempre en el lecho conyugal, inútiles para dirigir el hogar. La naturaleza no permite ni emociones ni frutas prematuras, ni usos anormales o pervertidos en la vida erótica. Todo lo que se aparte del marco normal es contra la mujer sobre todo. Día llegará en que la hipersexual perderá sus funciones en el sentido de no satisfacerse. Sobrevendrá la neurastenia, las neurosis obsesionantes, la histeria. Someterse a la continencia será difícil de obtenerse, antes habrá hostilidad en contra de los médicos que la hayan prescrito. La enferma no se convencerá que lo normal en exceso, o lo anormal en cualesquiera forma es la causante de sus nerviosismos.

La mujer no está preparada para el vicio secreto y si así va al matrimonio no es de recomendárselo. Después de veinte años de edad puede resistir a la vida sexual intensa en comienzo pero para ser restringida después. Sólo aproximándose a los veinte y cinco años está madura para tener hijos. Hay que convencer a la pareja humana, que se debe enseñarse, y se debe prepararse para la vida conyugal como una necesidad superior a todo otro conocimiento, si se desea formar nuevos seres sanos y con herencia sana. No se ha estudiado lo suficiente sobre las consecuencias del derroche de fuerzas eróticas. Las pérdidas comienzan a temprana edad con la libertad personal sobre sus órganos creadores de vida, y se abusa hasta dentro del más serio y más recatado matrimonio. Los prematuros sexuales son avejentados, displicentes, sin energía, egoístas, inapetentes para la vida y para la alegría, raquíticos o con tendencias al raquitismo, y de estatura baja, porque atrofian a la hipófisis, suprarrenal, tiroídea y glándulas sexuales, disminuyen la producción de ácidos aminados. Alteran el desarrollo del individuo y disminuyen la asimilación de los centros nerviosos. Son los descontentos de toda situación, de todo hogar, gobierno. Son los yosistas, los intransigentes, los irascibles. Curan a la larga, si se convencen que deben poner de su parte mucho control sexual, lejos de sus esposos, de toda aventura amorosa, de toda emoción personal o de erotismos provocados, y si tienen confianza en médicos especializados, quienes con psicoterapia, con sugestio-

nes de convicciones alejan las neurosis, la histeria misma, con consejos de ocupaciones permanentes y altruistas. Huir del psicoanálisis, pues las eróticas lo ocultan todo, exceptuando el uso de la confesión — que fué el principio de la psicoanálisis — en aquellas que lo acepten. Tampoco se puede recomendar la reclusión en casas clínicas especiales, en países en donde estos establecimientos no están dedicados a la exclusiva tranquilidad, en parajes amenos y atractivos, y donde no hayan maníacos delirantes que con su presencia empeoran la neurosis, o dejan en las convalescientes otras fobias, como la de creerse locas, para siempre, por haberse recluído donde hubieren locas.

Aquellas a quienes todo se les hace pecado; el tener sexo, indisposiciones mensuales, apercibirse de su sexo, saber la verdad de sus funciones y la responsabilidad de ser madre algún día, sufren por su ignorancia, no por su inocencia, porque ésta no se conoce. El pecado supone algo prohibido, y lo prohibido supone cosa oculta, que en la obsesionada oculto y secreciones y repugnantes es sinónimo como si Dios al crear nuevas vidas, y por intermedio de los órganos sexuales, se hubiere avergonzado. La obsesionada está siempre pensando en lo oculto, lo prohibido, lo obsceno en el pecado, en su apercibimiento, en la continencia. Se observan, analizan sus sentires. Las castidad les sirve para observarla. Estas escrupulosas, desgraciadas, neuróticas no han nacido así, porque la Naturaleza no ha creado imbecilidades. Lo han asimilado de sus padres, de su ambiente malsano, porque esta exageración de la pureza es malsana, porque llama más la atención de lo íntimo, que quedarse sin aparentar pureza, o cuando son ilustradas en lo concerniente a su sexo. Aun la monja moderna está más instruída que las mojigatas. Este fanatismo se ve menos en los sacerdotes de toda confesión: pero si existe, suele ser tanto en protestantes como en católicos, en enfermos que no dejan tranquilos a sus familias o son simuladores. Las mojigatas no deben casarse sino después de una larga preparación como habitantes del planeta. Que hayan salido a conocer relaciones normales, a los teatros serios, que se hayan dedicado a obras de beneficencia, a servir a los pobres y solamente cuando conozcan que así ha sido hecho el mundo, cuando hayan cambiado muchas charlas con jóvenes y se hayan convencido de la necedad de no vivir enclaustrada (sin ser monja) pensando en pecados inexistentes, entonces pueden

formar hogares. Para que los padres se convenzan de lo pernicioso de llamar la atención permanente de sus hijas a su propio sexo, cuando se las somete al territorio de la Pureza, sepan que esta excitación permanente (que ellos creyeron evitar) hace de sus hijas hipersexuales, *contre Coeur*, sensibles a las palabras, a las lecturas, a las conversaciones y cuando pierden la cabeza, por alguna manía caen a las Casas de Orates, allí sólo piensan en hombres, en lo sexual y atacan a los varones, cosa que no acontece con los hombres locos. Pueden pasearse entre locos, monjas, estudiantes mujeres y nada acontece, al revés que las locas que asedian a todo hombre.

Las mojigatas tienen que recibir una inteligente educación de personas buenas, versadas en Ciencia de la Vida, para que entiendan que estaban erradas en la enseñanza anterior, contra su propio bien, aunque las que así las habían educado tuvieren la mejor intención del mundo. La ignorancia de las leyes que rigen la vida, las que rigen al amor — creado por el Creador — para dar nuevas vidas se pagan muy caro. Pero aquella bien guiada posteriormente, enseñada en la Ciencia de la Vida evitando erotismo y pedantería, virará hacia la verdad y comparará su nueva educación con la pasada, mirando sus nobles funciones con serenidad, con naturalidad tal como se da cuenta de las funciones de su corazón, de sus órganos digestivos. Será una pedagoga para sus hijas, una maestra para sus hermanas y una seria propangandista para toda otra mujer con la que la buena mujer hace una hermandad.

El desarrollo de las emociones derivadas del amor platónico, del líbido de la relación sexual con satisfacción sexual, cuando son constantes, a causa de que hombres y mujeres hacen una ocupación de la vida erótica, produce desgastes, neurosis de todo linaje. En las parejas maduras, educadas, que consideran a la unión sexual, al amor, como una legítima preocupación, alcanzan una estabilidad física y psíquica que la Naturaleza les depara para su propio bien y para estimular la creación. La desgracia sobreviene de la inestabilidad sexual, de la mala salud y de la miseria. En los hombres, con neurosis, es raro que ella sea de base sexual porque radica el centro erótico en la base del cerebro y además porque no se olvide

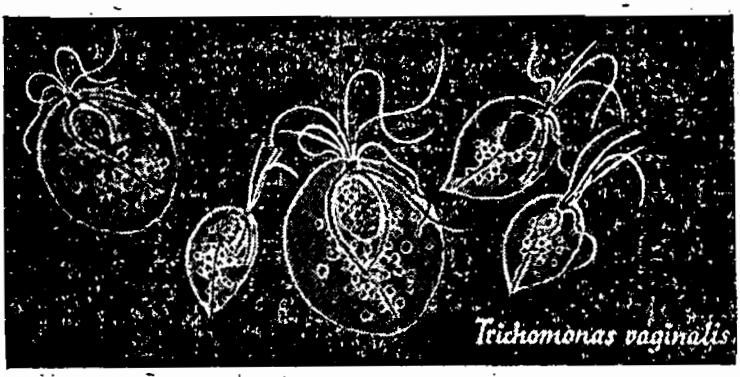
que todo hombre, malo o bueno, tiene su unión sexual asegurada, desgraciadamente a veces entre prostitutas o entre cercanas en mentalidad y las más de las veces en relaciones ilícitas formalizadas. Tienen estabilidad sexual. La mujer que radica su centro erótico en la corteza cerebral con una sensibilidad sexual exagerada, mezclada a las pasiones allí también radicadas, al ser contrariadas, por falta, por exceso o por anormalidades sexuales, es expuesta a neurosis, obsesiones, histerias o locuras amorosas que convierten su vida en un infierno. En el mejor de los casos ensueñan esperanzas irrealizables, con excitaciones eróticas, que hacen sufrir, que obligan a consultas médicas veladas, que el médico muchas veces no ha entendido, a confesiones frecuentes, si son creyentes. Pero nada ayudará más que la educación sexual y la psicoterapia inteligentemente llevada.

Los Capítulos V, VI, VII de Forel son lecciones sobre las que nada tenemos que observar. En el Capítulo VIII sobre «Enfermedades sociales», debemos agregar una, que así la consideramos, y que es propia a la mujer, y que nosotros denominamos Tricomonorrea, siguiendo el nombre de Leucorrea, de la que difiere en absoluto, y de Gonorrea, la molestia venérea causado por el Gonococcus de Neisser.

Es esta Tricomonorrea producida por la proliferación del Trichomona vaginalis, tricomna vaginal. La consideramos venérea, también, porque es contagiable, aun que sea de una mujer a otra, y a pesar de que no haya mediado contacto sexual por haberse comprobado que se transmite por la ropa, por los utensilios de toilette, por los baños, bidets, en las piscinas, y es autocontagiable de la propia víctima viniendo las tricomonas del recto. No sabemos si al hombre pasa el contagio, pero lo sospechamos, al conocer hoy día tanta variedad de uretritis vanales y virus venéreos de la linfogranulomatosis que trataremos en seguida. Esta Tricomonorrea, dijimos, es causada por protozoos cuya figura acompañamos.

Son células provistas de un flagelo en ramas, que da el movimiento en avance, movimiento que se aumenta porque la tricomona se hincha y se deshincha dando saltos. Prenden en la mucosa vaginal, absorben el glicógeno normal de dicha mucosa. Sin glicógeno no se desarrollan los bacillus lácticos

que dan la acidez normal y tónica de la mucosa, y entonces hay pululación de microbios y hongos dañinos, creando una flora patológica. Con esta flora y sin glicógeno no hay proliferación epitelial normal de la vagina. No hay vida, no hay robustez de esta túnica. Se desarrolla una secreción abundante, muy mal oliente, con pus verdoso y espumoso amarillento, pegajoso, que mancha la ropa. Nada tiene que hacer con las flores blancas o leucorrea, catarro debido a debilitamiento de la vagina por pobreza hormónica, por falta normal de una de las foliculinas, falta que detiene el desarrollo de todo el árbol genésico femenino: ovario, trompas, útero y que evita el crecimiento normal de las paredes y de toda la vagina y por lo tanto hay falta de glicógeno, falta de bacillus lácteos. La leucorrea cura devolviendo el vigor con inyecciones de folicu-



lina, robusteciendo a la muchacha sus funciones genitales, con la administración de extracto anterior de hipófisis. Además la cal, fierro, y fósforos y buen clima, ayudando con la adecuada limpieza, o toilette íntima, y colocando dentro de la vagina pastillas de Devegan, completan la curación, sobre todo de la leucorrea de las impúberes.

Pero la tricomonorrea es una seria enfermedad común, que irrita a la pared vaginal con puntilleos grisáceos, que irrita fuera hasta producir eritemas, zarpullidos con comezones, a veces intolerables que obliga a rasquidos con excitaciones del clítoris. La picazón es fuerte como una gonorrea con la que suele confundirse. Suelen juntarse ambos males. El origen de la tricomonorrea sin duda se confunde con una leucorrea; o en esta se incuba con facilidad.

Las células tricomónicas son muy contráctiles, se mueven por la vibración de sus ramilletes de flagelos, que están colocados en una extremidad. De redondo hacen ovalar a las células saltando en sus avances. A veces, como el *colli bacillus*, las tricomonas son inocentes, pero se exacerban con la menstruación y no sólo producen la secreción sino vaginitis, cistitis, pielitis, rectitis.

Para ver estas células basta extraer, con el dedo, poquísimo pus de la secreción sobre un vidrio porta objeto, agregarle unas gotas de suero fisiológico (agua 8, sal de cocina 0.08); y colocar la preparación al microscopio. Se vé a las tricomonas con su movimiento peculiar. El flujo de la leucorrea es blanquecino y no irritante. El de las tricomonas es espeso, del olor más desagradable, irritante, abundante, y que aun alcanza al cuello del útero; que ataca al cincuenta por ciento de las mujeres de las ciudades, y de éstas afecta al treinta por ciento de mujeres solteras y a un veinticuatro por ciento de embarazadas. No existe en las campesinas. Vive en niñas de escasa alimentación vitamínica, en aquellas que se privan de alimentarse bien, en las clases adineradas, y en la clase media ya regalona. Son las más expuestas a contagios de baños, bidets, piscinas, escasa buena alimentación a causa de tratar de enflaquecer, son las más excitables por su vida social, por exponerse, a veces, a condescencias vergonzosas, permitiendo tocaciones de regiones sagradas y limpias, o que perniciosas amistades sexuales con empleadas, amiguitas o tenorios. Esta enfermedad cunde en deficientes de glándulas sexuales, las con órganos genitales infantiles, mal desarrollados, por pobreza fisiológica, y comienzan con las apariencias de flores blancas o leucorreas. La falta de aseo, o aseo en tiestos sucios, con toallas sucias y con manos no desinfectadas, propaga la tricomonorrea.

El Profesor Forel no trata esta quinta enfermedad social. El tratamiento consiste en someterse a un riguroso proceso que la enferma misma puede ella ejecutar, sin intervención de médico ni de enfermeras, ya que para el diagnóstico basta con la exposición de la víctima. Pero si se desea ser más riguroso, o se teme que haya una gonorrea además, se pide a la enferma que previa desinfección de sus manos, tome una prueba, en un cubre objeto y lo extienda en el vidrio. Se agrega una solución de cresil brillante azul, saturada de 0.85 de cloruro de sodio. Al microscopio se ven teñidos de azul los

gonococcus, los epitelios, los glóbulos blancos. Los tricomonas se destacan (sin teñirse) por su fuerte refracción lumínica pero sus núcleos están teñidos de azul obscuro.

El tratamiento, ahora, solamente es eficaz. Antes era una enfermedad incurable. Se empieza con un aseo íntimo exterior, riguroso, varias veces al día, usando manos tan aseadas como se requerirían para operar en cirugía. El tiesto, bidet, etc., debe ser desinfectado, jabonándolo bien y limpiándolo con alcohol, o mejor con petróleo, o flambeando con alcohol prendido. El jabón debe ser personal, y guardado para sí solamente. Jabonar con detalles hasta muy lejos, varias veces al día, sobre todo al amanecer, en la tarde y al acostarse. El agua debe ser cocida. Sin estas precauciones vuelven las tricomonas y se desarrollan estrepto, estafilococcus, espiroquetes variados, el micrococcus gazogenes alcalescens que produce la espuma en la secreción, espuma gaseosa con pus amarillento. Este aseo persistente concluye con esporas de muchos microbios y atenúa a las tricomonas. Prepara al tratamiento eficaz que consiste en que la enferma introduzca con sus dedos muy desinfectados una pastilla de Devegan dentro de su vagina y lo más alto posible, después de su gran toilette íntima. Usar una pastilla en la mañana, otra a medio día, una tercera al acostarse en los casos graves y al comienzo siempre. Usar tres pastillas diarias durante cuatro semanas, hasta una semana después de comenzar la regla siguiente. Seguir en la quinta semana con dos pastillas, mañana y noche, por otro mes. Después solamente usar una sola pastilla al acostarse durante cuatro meses. Si las primeras pastillas producen mayor picazón se suprimen, se usan irrigaciones suaves, de manzanilla o de linaza, y en vez de Devegan se introduce dentro de la vagina píldoras de Yatren 105 en la noche para permitir que se deshaga. Pasado el ardor se emplea Devegan nuevamente. Conviene en el comienzo hacerse irrigaciones con solución de Protargol al 2%, tibias, para arrastrar a las tricomonas pegadas en las paredes de la vagina, solución indispensable si existe, además, gonorrea.

Hay que hacer inyecciones de foliculina, también, para regenerar a la mucosa y con el Devegan devolver el glicógeno y crear los bacillus lácticos de la acidez natural y regenerar el epitelio. Sanan del incontenible prurito que las lleva al rasquido y masturbación. Sanan de la depresión psíquica, al curar de una secreción tan desagradable. Muchas mujeres

ocultan su mal, y se creen con cáncer y afecciones incurables obsequiadas por sus amantes. No debemos olvidar el uso de tónicos, aire oxigenado, reposo sexual. Las curaciones anunciadas antiguamente se referían a las flores blancas, no haciendo la diferencia con la tricomonorrea la que se estimaba la misma enfermedad, pero más intensa. En la leucorrea de las impúberes, el uso del Devegan, puede evitarse pues basta con las inyecciones de foliculina.

El Devegan es una sal arsenical, próxima al Neosalvarsan, cuya fórmula es Acido 4 oxi 3 Acetil - aminofenilarsínico, con ácido bórico y con substancias hidrocarbonadas desintegradas, destinadas, estas últimas, a crear el glicógeno que da la acidez normal de la vagina regenerando los bacillus lácticos. También podría usarse, en uso externo, introducido en la vagina, el Storvasol o el Paroxil, que son arsenicales fijos. Por lo menos si existen colitis debe suministrarse por la boca el Paroxil que mata a las tricomonas intestinales evitando la propagación hacia el periné y la vagina. Las secreciones vaginales maceran el himen y hacen aparecer a las enfermas como no vírgenes. El Paroxil y el Storvasol se usa por la vía bucal, curando la colicistitis y matando tricomonas.

¿Por qué llamamos la quinta enfermedad social o de trascendencia social a la tricomonorrea? Porque es enfermedad contagiosa, de mujer a mujer, aún cuando no se haya comprobado el contagio por medio de urgueteos homosexuales; pero sospechamos por ser tan fácil adquirirla. Creemos, pues, que piscinas, baños, bidets, palanganas, baños de asiento, objetos de toilette, ropa, camas y manos ajenas contagian. Tememos que sea el tricomorra un portador de virus grave aún no descrito, que permite en el hombre la irritación vanal de la uretra, donde prenden estrepto y estafilococcus, colibacillus y quizás si también el virus del linfogranuloma venéreo, la cuarta enfermedad social de que vamos a ocuparnos en el párrafo siguiente. Se dice que no está probado que el tricomona sea el causante de la secreción mal oliente. Pero cuando él disminuye, o se agota, también dicha secreción concluye. Si él no fuera directamente el causante, a lo menos, el tricomona sería portador del virus de esta afección. La Naturaleza castiga todo lo que no sea normal en la vida sexual.

Si el Devegan no fuera suficiente para curar la Tricomonorrea, es debido a que la afección es muy crónica y se debe perseverar o cambiar con el uso del Yatren 105 tres veces al día por la vía vaginal, o alternar con dicho Devegan. Además usar lavados con Protargol antes de cada introducción de Devegan o de Yatren 105. Hay que matar estos gérmenes, porque se evita la flacidez y ensanchamiento de la membrana de la virginidad y ninguna mujer virgen desea que la crean amante sin haberlo sido, excepto si es histérica de verdad.

La vagina dejada naturalmente, sin ser urgueteada por la paciente, o por tercera persona, en personas normales, de funciones genésicas normales es un órgano robusto, sano, limpio, como el interior del corazón mismo. Toda perturbación proviene de falta de respeto a sí misma, de permisiones de tocaciones irreverentes por manos o por lengua de hombres o de otras mujeres, o de perros, o, por fin de contagio de utensilios ropas, baños o irrigaciones medicamentosas. Limpia, sana, la vagina durante el matrimonio, y durante la creación de hijos no perturba la salud, ni la vida conyugal ni el psiquismo de la mujer.

Transmitido por el hombre ella incuba en su vagina un virus contagioso, donde la siembra aumenta y es punto de partida para infectar a otro hombre, o devolver más activo el virus al que se los transmitió primeramente. En esta forma se propaga también una tuberculosis genital y el Linfogranuloma venéreo, la cuarta enfermedad social de la que nos vamos a ocupar en el siguiente párrafo. Conviene adelantarse, para tener presente en la Higiene sexual, que los órganos creadores de vida de las desgraciadas sometidas al uso antinatural y perverso son la fuente de la mayoría de las infecciones venéreas, por tres razones: Primero, porque siendo los órganos genitales femeninos de muchos vericuetos, mucha superficie mucosa, hay campo grande para que ahí se conserven más los contagios; segundo que en las prostituídas hay permanente depósito de cuanta inmundicia de gérmenes venéreos conocemos o sospechamos, de muchos clientes perversos corrompidos que ellas reciben. Si es cierto que el hombre hubiere transmitido el contagio, también lo es, que quedan permanentemente en la mujer para retransmitirlo. Y no es solamente en sus órganos femeninos, sino, que, por una perversidad abyecta y repugnante quedan también esos gérme-

nes en la boca, segundo foco de contagio. Y tercero, porque cada día se avanza más en la idea que la mujer, que no siente el dolor del chancro sifilítico, lo transmite al hombre, aun sin darse cuenta de su estado, y lo que es peor, es que a veces ella ha sido contagiada sin que nunca haya sido por intermedio visible: sino por el feto, por la esperma o por pura absorción de los espiroquetes por las paredes vaginales. Ya se ha comprobado que hay más chancro blanco en el hombre que en la mujer, lo que dicho de otro modo, muchas mujeres son portadoras del estrepto - bacillus de Ducrey, causante del chancro blando, sin que nunca ellas hayan tenido el chancro. La blenorragia misma la suelen disimular muy bien, bajo forma de una leucorrea discreta. La tuberculosis genital que trasmiten suele haber pasado desapercibida. Pero la enfermedad que vamos a tratar ya, la linfogranulomatosis venérea, suele no en la mitad, sino en más de los casos, ser trasmitida al hombre sin que la mujer haya tenido siquiera alguna erosión insignificante, ni ningún microbio que hasta hoy haya sido encontrado como específico; diciendo con más propiedad que es un virus invisible el germen causante de la enfermedad. Hay mujeres que son «mala sombra» pues han muerto muchos maridos.

Entramos, pues a tratar sobre la *cuarta enfermedad venérea*, la Linfogranulomatosis o el Linfogranuloma venéreo. Forel murió antes que el estudio de este mal le fuera conocido en su completo desarrollo. Los clínicos y los bacteriólogos han hecho avanzar muchísimo a la Ciencia con respecto a esta adenitis epidémica y contagiosa por la vía sexual. Nosotros nos ceñiremos a los que nos ha enseñado el Dr. Waldemar Coutts, sabio de reputación internacional, formado en la clínica de Urología de la Facultad de Medicina y Jefe del Departamento de Higiene Social en la Sanidad del Estado. Coutts comprendió que esta enfermedad se presentaba bajo dos formas: la una tiene su primer período manifestado por chancro en el miembro o en la uretra; pero que comienza con un período de incubación que dura desde unos pocos días hasta tres semanas. A veces aparece un chancro tan pequeñísimo, chancro fugaz, o balanitis, edema alrededor del meato, vulvitis, rectitis. Muchos pacientes jamás han observado ninguna erosión o puerta de entrada hasta observar el segundo período, pero hay también el *bubón d'emblée*. Sólo en un 50% de los enfermos, según algunos autores, o en un 30%, según otros

se observa el chancro revelador. Algunas veces se presenta semanas después de haber aparecido los síntomas secundarios, por lo que es mejor llamarlo, no chancro, sino un síntoma erosivo secundario. Suelen ser la puerta de entrada de erosiones, ulceraciones herpetiformes, úlceras planas. Pongámonos sobre aviso sobre ciertas manifestaciones crónicas, que no obedecen al neo, que se observan en mujeres, en su mayoría prostitutas, en forma de eritemas, piodermitis, ectimas con supuraciones interminables, sin compromiso de los ganglios, a fin de aplicarles la reacción de Frey con antígeno fresco, en dos reacciones, la una de esta forma con chancro visible, y si fracasa, probar el antígeno de la forma septicémica. Entre la ulceración y la aparición de la adenopatía inguinal media un espacio de tiempo de tres, seis, siete días y hasta tres semanas.

El segundo período, que podríamos llamar *florido* se manifiesta por una linfangitis con una adenopatía establecida en forma lenta: tirantez en la región superior del muslo, luego se nota un nódulo duro, poco doloroso a la presión en una ingle. El nódulo es un ganglio que crece y se rodea de otros ganglios formando un plastrón duro adherente en la ingle. Hay pequeña fiebre, escalofríos, dolores de cabeza, dolores articulares, en una palabra, síntomas de infección general, que preceden a la aparición de los síntomas visibles, y en especial, se observan estos síntomas generales en los enfermos sin chancro visible. La aparición de la adenopatía inguinal, que forma la linfogranuloma típica, son los síntomas patognómónicos de la enfermedad y han dado el nombre a ella observadas en el hombre y muy pocas veces en la mujer. Junto con la inflamación ganglionar de la región ilíaca aparece en casi todos los casos la de los ganglios ilíacos. Los ganglios de ambos lados son atacados, solamente, de un 17% a un 27% de los casos.

El bazo y el hígado son afectados en las dos primeras semanas. Las manifestaciones poliartríticas o pseudo reumatismo no son raras. Los dolores y la limitación de los movimientos son menos manifiestos que en las artritis blenorrágicas u otras y la radiografía es negativa. Suele haber urticaria gruesa como un eritema nudoso, keratodermia a veces, demostrando que el virus de esta lesión tiende a la esclerosis, lo que conviene señalar si fuera útil ayudarse con fibrol sina en el tratamiento. La cefalalgia es común, así como la hipertensión del líquido céfalo raquídeo ha sido señalado; pero este

último no existe siempre, probando así que esta hipertensión no es síntoma de la linfogranulomatosis. Se estudia la posibilidad de encontrar que esta enfermedad tenga relación con la tabes dorsalis de reacción negativa al Wasserman.

Es frecuente la eosinofilia. Este mal penetra, como la sífilis, por los vasos linfáticos. Hay, como la sífilis, casos leves y casos graves. La fiebre no sobrepasa de 38° y medio, en los dos o tres días siguientes a la aparición ganglionar. Mialgias con las artialgias no son raras. Parece que se crea una inmunidad y que el suero de los convalescientes atenúa los síntomas de los recientemente atacados, cosa útil de tener presente para intentar una vacuna o suero del pus de los bubones, o de las erosiones. Hay inflamación de las cejas en sus papilas, y edema peripapilar retiniana con venas tortuosas y otras manifestaciones oculares.

Afecciones de la piel bien determinadas aparecen en esta enfermedad; eritemas del tipo multiforme, otras veces del tipo de eritema nudoso, exantemas tenaces, placas escamosas, en mujeres en las que a veces no existen otros síntomas que la reacción Frey positiva, pero como única manifestación lesiones peri - vulvares, a manera de piodermitis, y que también se extienden al abdomen alrededor de las mamas, a la región glútea, muslos, con tipo de ectima o de piodermitis, sin ninguna manifestación en los ganglios. Existen lesiones generalizadas de la piel y otras localizadas, que no son ni tuberculosas ni sifilíticas. Se nota marcada anemia.

En las mujeres el período secundario no demuestra síntomas inguinales sino por excepción, debido a la penetración profunda del virus. Y como la mujer tiene sus linfáticos del clítoris y de la vulva que se dirigen hacia los ganglios, resulta que no radicándose los síntomas ni en la vulva ni en el clítoris, no hay linfogranuloma, sino por excepción. Los linfáticos de la vagina van al ovario, trompas y útero. Posiblemente por esta razón anatómica la mayoría de los linfogranulomas de la mujer pasan desapercibidos y cuando existen otros síntomas de los anexos se atribuyen a anexitis u otras causas.

Suele también, presentarse como síntoma inicial un chancro en el ano, difícil de atribuir a esta lesión, entonces hay rectitis, y hasta en el colón se ha encontrado pus infectante de linfogranuloma.

La linfogranuloma extragenital, como la erosión de la len-

gua con infartos ganglionares cervicales, como síntomas secundarios, son frecuentes.

Cuando los ganglios infartados desaparecen, la curación sobreviene, y el paciente está curado. Pero en otros casos aparecen los síntomas terciarios, dentro de uno a cuatro años. Los síntomas son elefantiasis peno - escrotal, vulvar o perianal, estrechez del recto.

En Chile la mayoría de los casos se registran en Santiago cuya población es la cuarta del país. Pero fuera de ahí, es en los puertos donde encontramos el numeroso bagaje de enfermos. Es esta una afección de origen tropical extendida en todo el mundo.

El contagio es por la vía sexual normal, y los abyectos, corrompidos llevan a la vagina de la mujer este desconocido virus, por intermedio de su lengua, así como la prostituta por su boca. Incúbase, pues, este virus en la vagina y en la boca de la mujer y en el miembro y en la boca del hombre transmisores. Niños durmiendo en camas de enfermos de este mal han adquirido la enfermedad, probando que en las ropas y utensilios puede quedar el virus y contagiar.

La linfogranulomatosis se desarrolla en la edad de actividad sexual de los quince a los treinta y cinco años. En la mujer por excepción rarísima se encuentra forma ganglionar siendo en ella común la estiomena, la estrechez ano - rectal, la elefantiasis genital Estiomena es una ulceración crónica de la vulva, ulceración en la horquilla, vestíbulo o alrededor del ano. Los bordes son anfractuosos, fondo sanioso, color rojo vivo, indurada. Hay estafilococcus albus, Bacilos Gram positivos, Atreptotrix ácido, bacillus difteriformes, micrococcus melitensis, hongo del género Nocardia, protozoarios, trichonomas, espiro en lo órganos genitales de estas mujeres enfermas. Se ha separado un virus positivo en macacos.

La otra forma parece más a una septicemia, sin puerta de entrada visible, que principia con cefalea, dolores articulares, temperatura, sin chancros ni uretritis, que se localiza después en los ganglios inguinales, ilíacos profundos, mesentéricos, lumbo - aórticos. Pero va acentuándose la idea de que el lugar primitivo de incubación del virus linfogranulomatósico es en la lengua y en la boca, y que por prácticas perversas es transportado a la vagina de la mujer, donde vive largo tiempo. El hombre adquiere el virus en relaciones sexuales normales de la mujer, o por las mismas prácticas repugnantes,

abyectas, anormales se contagia en la boca. En la mujer no aparecen, sino rara vez, las manifestaciones ganglionares inguinales y frecuentes en la forma terciaria de estiomena, estrechez ano - rectal o elefantiasis y vulvar; cuando esta enfermedad empieza en la boca aparece un ligero chancro en la lengua, una glositis marginada, con proyecciones a los ganglios cervicales y del cuello que suelen tomar dimensiones de tumores. En la mujer vive, pues, sin aparecer, así como el chancro blando en muchos casos, y quizás si sus manifestaciones sean genitalitis profundas. El plastrón linfogranulomatoso en el hombre forma un enorme tumor arrugado, duro, con puntos de cuando en cuando reblandecidos que supuran, dejando escapar un pus filamentoso. No es tan doloroso como parecería ser debido al volumen que toma, el que a veces es del porte de un puño. Hay tirantez en la región. Dura tres semanas el tumor de consistencia de leño. El plastrón queda así por meses. El pus llega a ser derrame de linfa y los trayectos supurantes tardan largos meses para cicatrizar después en forma de cicatriz en ombligo. Al comenzar la hinchazón hay fiebre baja. Aparece esta enfermedad también en otras regiones: en la lengua, en las axilas, en forma de elefantiasis genital, etc., y como dijimos, también en una forma septicémica crónica, sin que se haya notado un chancro de entrada. El tratamiento hace poco era muy ingrato. La higiene rigurosa con desinfectantes suaves, ayuda a mantener menos repugnante esta lesión. Se usa la Fuadina, tres inyecciones intramusculares por semana, pudiendo aumentarlas. La Fuadina o neo antimosan, es antimonio III — pirocatequina disulfonato sódico. Es compuesto antimonial trivalente de escasa toxicidad. Se inyecta por vía intramuscular el primer día. 1,5 cc. Segundo día 3,5 cc., y del tercero al décimo día 5 cc. También se usa el Neo - estibosan, sal dietilamínica del ácido para - aminofenilestibiado, que se usa según la edad hasta la máxima de 0,45 endovenosa o intramuscular.

Los arsenicales, mercuriales y bismutales no han dado resultado alguno, tampoco la cirugía ni las cauterizaciones. El hecho de tender los tumores a la curación, y que el virus inoculado en animales se atenúe en traspasos sucesivos nos obliga a persistir en la fabricación de una vacuna o suero extraído de los ganglios triturados, y perdurar con constancia hasta conseguir la curación. No debe olvidarse establecer en estos enfermos una rigurosa antisepsia bucal con timol, y con

Paroxil o Storvasol chupado para que mate en la boca misma los gérmenes invisibles.

La pricopatología sexual está tratada magistralmente en Forel para que volvamos a ella. En este capítulo no se han olvidado las perversiones de todo linaje. Señalamos solamente el capítulo IX de la «Sugestión sexual», asi como el X es la «Cuestión sexual en relación con el dinero» y el XI «La influencia del medio en la vida sexual», para recomendar al lector estas nuevas fases de estudio siempre nuevas a pesar de haber sido revisadas por Forel antes del año 1930.

Llegamos al Capítulo XII «La religión y la vida sexual» que Forel trata, a nuestro juicio, en forma unilateral colocándose en el terreno adicto al clero protestante, y repudiando la forma en que se hace la confesión sacramental, Para no escribir en idioma vulgar las preguntas indicadas por la Teología Moral y que fueran chocantes para los lectores, se han escrito en latín y para condenar a la confesión recuerda la conversión del Padre Chiniqui del siglo pasado, canadiense, que se convirtió al campo protestante, conminando la confesión. No es la Ciencia de la Vida el terreno para analizar la inquisición, ni las excepcionales aventuras amorosas de unos que otros clérigo protestantes o católicos, ni para atacar la Teología Moral. Tiene mucho de que ocuparse. Pero no olvidemos que la psicoanálisis nació en la confesión y que a los creyentes obsesionados, los médicos suelen recomendarles, como ayuda al tratamiento la confesión, mientras ellos mismos usan la psicoterapia, curación del alma.

En perturbaciones mentales de origen sexual, las únicas que debemos tratar, el psicoanálisis suele ser muy poco eficaz, y antes por el contrario, empeora el estado de los pacientes. No curan porque indagar intimidades sexuales, que los enfermos ponen todo su interés en ocultar es establecer hostilidad entre el médico y el enfermo. En cambio la psicoterapia que aconseja sugestiones, consuela, señala el camino, convence, da explicaciones, no se ocupa de conminar, amenazar, sino de enseñar con convicciones o sugestiones despiertas, hace un bien enorme. En cerebros pletóricos de ideas raras, exageradas, deprimentes, la psicoterapia hace descansar el cerebro, llamando la atención del enfermo a un punto solo y pertinente

que hace olvidar todos los demás puntos o ideas motrices confusionistas.

Creemos que la religión cristiana, hoy día, va más a la psicoterapia que al psicoanálisis. Y el escritor civilizado, máxime si es un médico, y penetrado de la Ciencia de la Vida, es un convencido que hay que respetar y estimular a todo movimiento espiritualista, sea ese movimiento sostenido en medio de católicos, o en medio de protestantes, o budistas, mahometanos, israelitas, etc. Todos son sinceros y es una excepción, que sus sacerdotes se aparten de la moral que se han trazado. Los que se colocan fuera de la moral son enfermos.

El «Derecho en la vida sexual», tratado en el Capítulo XIII es un tema olvidado por los demás preceptistas en Ciencia de la Vida. Pero llamamos la atención de los lectores al Derecho Sexual, que Forel crea con tanto acierto, así como el Derecho a la satisfacción del apetito sexual, donde consagra con tanta humanidad, como delicadeza, asuntos de importancia grande.

Los hombres de ley encontrarán tratados los Derechos naturales, consuetudinarios, Penal, Civil, el divorcio, matrimonio civil, adulterios, Derecho de Menores, Prostitución, Invertidos, investigación de la paternidad (que hoy día ayudamos con el examen de la sangre de los progenitores, para asegurarnos quienes son los padres). Lo que a la libertad dedica es magistral. Sigue en el Capítulo mismo como Apéndice un caso médico legal muy ilustrativo.

En el Capítulo XIV «La Medicina y la vida sexual», trata materias que siempre los médicos tenemos que consultar. Pero aun no se conocían las épocas de fecundabilidad de la mujer, y entra a tratar lo que era corriente en el ambiente de Europa sobre procedimientos anticoncepcionales. Si viviera Forel estaría afiliado a nuestra manera de pensar: condenar esos procedimientos por antiestéticos y perniciosos para la salud y para el psiquismo de los cónyuges. Se excusa su actitud, si pensamos que el ambiente era universal, buscando limitar los hijos. Se colocaba en las filas de los que no teniendo medios de vivir, sino limitados, no podrían aceptar llenarse de hijos. Nuestra manera de pensar, invariable ha sido contraria siempre a Malthus. Ya no se pensará más en estas cosas, como lo hemos explicado antes, desde que la ciencia ha descubierto la época cortísima de fecundabilidad de la mujer

y su largo período de esterilidad. La moral sexual deja a la sola voluntad de los cónyuges su decisión de tener o no hijos, sin permitir la intromisión de nadie en asuntos tan íntimos que comprometen la estabilidad física y mental de ellos.

Sobre la higiene sexual, de que trata Forel, estamos en perfecto acuerdo; pero insistimos que a propósito de la higiene íntima es cuando la madre tiene la ocasión de tomar contacto con su hija. En el baño o en el bidet se puede comenzar con la higiene moral y enseñando en charlas cortas, decisivas, el significado del aseo, la necesidad de la higiene, el valor y la responsabilidad de poseer órganos creadores de vida: acentuar el pudor y la disciplina y acentuar sobre todo el huir de amiguitas o de empleadas «corruptoras de menores». Pero hablar poco, según la edad, y sólo lo pertinente al asunto. Las lateras no sirven de maestras, aun de sus hijas. Tratar un tema, con niñitas, no es profundizarlo ni agotarlo. Como para escribir, si se desea efecto: escribir lo preciso sin post data. Si la niñita pregunta, solamente se responde a la cuestión presentada en forma entendible, sin misterios, ni misticismos, ni amenazas, corto, sin introducir ningún concepto nuevo. El padre puede mejor hablar a su hijo, más claro; pero ciñéndose a las reglas de sencillez, precisión y sinceridad. Nunca mentir, ni engañar.

Otro punto importantísimo sobre la higiene sexual: La Ciencia ha encontrado que la extensión de las enfermedades venéreas, de la tricomonorrea (flores blancas abundantes, tenaces, mal olientes) de la linfogranulomatosis y aun de tuberculosis genital y aun general pueden haber nacido en contactos fuera de relaciones sexuales. La mujer puede contraer la sífilis sin necesidad de un chancro: sífilis insonso concepcional, marital; la blenorragia pensando que es una recrudescencia de leucorrea; el chancro blando sin tener chancro y guardar gérmenes en su vagina; tricomonorrea, en su intestino, en su vagina, en la boca, habiéndolo contraído de baños, bidets, ropas, de otras, manipuleos propios o prácticas onanísticas o tocaciones de otras personas. Aun sospechamos que en baños o en water close puedan haber adquirido, el chancro blando o la gonorrea. Seguramente podemos afirmar que con toallas o ropas de personas contagiadas se puede obtener la linfogranulomatosis, la blenorragia y el chancro blando como por besos, la sífilis. Hoy, pues, se es más exigente en el uso de sus utensilios personales y el rechazo de todo utensilio, ropa, baños

ajenos que no hayan sido sometidos a una rigurosa desinfección. Dormir con otra persona desconocida, o en lechos, se corre el riesgo de adquirir la sarna, la pediculosis pubiana, tifus exantemático, tricomonorrea, linfogranulomatosis, blenorragia, chancro blando, tuberculosis, sífilis estafilococosis etc. etc.

Forel se ocupa del rol de los médicos serios en asuntos sexuales en el Capítulo XIV, con grandes conocimientos derivados de su enorme clientela, tanto privada como en hospitales y manicomios. Pero respecto al Secreto Profesional, está impresionado por el criterio alemán (fué profesor en Münich y lo era hasta su muerte, de la Universidad de Zürich, universidades y ambiente alemanes).

Creemos que el médico nunca puede apartarse del juramento de Hipócrates, juramento que debe regir todos sus actos, y que sirve también para las Escuelas de Enfermeras (que le llaman juramento de Florencia Nightingale, aunque ésta lo tomó del de Hipócrates, y de Matronas y de todo personal sanitario de Cruz Roja. Somos absolutos al respecto, y aceptamos todo el significado del frontispicio de la Facultad de Medicina de París *Aegrorum arcana, visa, audita intellecta eliminet nemo*, es decir: «Nunca se diga nada sobre el secreto de los enfermos que veamos, oigamos o comprendamos». Esta debe ser nuestra norma, a pesar de exigirnos la Justicia misma, que declaremos sobre un enfermo de nuestra clientela. Se comprende, por el contrario, que siendo médico de Compañía de Seguros, de FF. CC, de Compañías particulares con obreros, sepamos que los clientes no son los enfermos sino que lo son las asociaciones a quienes servimos y es a ellas a quienes guardan el secreto profesional. Por ejemplo, un enfermo de una compañía de seguros, de FF. CC. del Ejército o Fuerzas Armadas, contagioso y venéreo no puede ampararse bajo el secreto profesional, sino que tenemos que defender a la asociación de la que somos médicos, y debemos declarar que está enfermo y de lo que padece; con tino, si es posible haciéndoselo saber al enfermo mismo para que retire su solicitud de admisión o de permiso. Si no se somete al consejo, declaramos la enfermedad escuetamente. Pero al cliente privado, aunque su enfermedad sea contagiable y desee contraer matrimonio, no podemos acusarlo. Tenemos, sí, que hacerle saber a él mismo la responsabilidad que le afecta, lo que da resultado en un 90% y si se resiste debemos abandonarlo como

cliente nuestro. Si se trata de aborto que hayamos comprobado en sigilo, guardamos el secreto. No nos prestamos jamás a provocarlo, y si la enferma reincide la abandonamos como nuestra cliente. Situaciones delicadas como el embarazo de un hijo ilegítimo, caen en el terreno del secreto médico, así como enfermos con infecciones venéreas o enfermedades cuya divulgación perjudicara el porvenir, el nombre de un enfermo. Pero la Medicina es una función social y el médico un delegado de esta función; por lo tanto el Secreto Médico tiene que sufrir modificación cuando perjudica a un tercero o a la sociedad.

El secreto, cuando protege el honor de la persona y de la familia, significa que el médico nada podría divulgar ni aun cuando la propia interesada deseara relevarlo del secreto. Este deberá contestar: «el secreto médico me pertenece a mí y no a Ud. Ud. quiere darme permiso para declarar, pero mi conciencia me enseña mis deberes.»

Sin embargo, cuando hay ataque a la sociedad, como el caso de un sadista que va a ser cruel, criminalmente cruel, con su esposa haciéndola sufrir con martirios, eso no es permisible, a nuestro juicio; y si el sadista no disiente de contraer matrimonio, me parece que el médico que sabe que, si contrae matrimonio va haber crímenes, debe evitarlo.

Tampoco puede silenciar el médico — siempre a nuestro juicio personal — si el homosexual, mal aconsejado por amigos o por médicos ignorantes, se compromete a tomar esposa, se le debe disuadir que cometa este acto repugnante *para el homosexual*, acto inmoral para él, con cuyo procedimiento no va a curar su inclinación, hija de una desgraciada pero peculiar construcción de la que él no es responsable. Tampoco propiciaríamos la insinuación de que el Estado permitiera la unión entre *homosexuales*..... Sería pintoresco que e Estado autorizara la unión y la legalizara entre dos hombres o entre dos mujeres, so pretexto que no deberían contraer matrimonios heterosexuales Creemos fácil que la autoridad deje sin efecto a todo matrimonio, aun cuando sorpresivamente haya sido contraído, entre homosexual y una persona normal. El estado, sí, no debería ser cruel con estos infelices y al contrario reeducarlos o aislarlos en el sentido de evitar escándalos, pues pueden someterse a la continencia, desde que la castidad lejos de perjudicar, hace inquietos, pero no enfermos. Declaramos que el secreto profesional es para normales, pero

no para invertidos o anormales o asexuados. Bien entendido que si una pobre alienada, ha sido violada, guardaos el secreto de su nueva desgracia; no así al criminal seductor, si no es nuestro cliente debemos denunciarlo.

Extendiéndonos en este asunto, debemos decir que no podría un médico guardar (que entonces sería cómplice) el secreto de un crimen que se trama, o que reconoce que un cliente suyo es el autor de un crimen. No pueden los médicos ser encubridores de crímenes y enemigos de la sociedad. Su misión es más elevada. En todo caso, puede el médico — si no quiere poner su discresión en duda — entregar a su cliente a un experto, o a una compañía de seguros, porque el médico perito y el médico de compañía sólo tienen que defender a su asociación. Si acaso un sifilítico o un blenorrágico agudo pretende casarse, y aun cuando él haga la promesa que va a abstenerse de toda relación sexual (cosa que jamás cumpliría), después de las serias consideraciones que su médico le haya hecho, debe aconsejarlo en transacción de buscar que le asegure una Compañía de Seguro seria, donde los médicos no tengan el incorrecto encargo único de asegurar a quien se presentare, y aun hablar al médico asegurador, y hacer llegar, por medios indirectos a la novia que su cónyuge ha sido rechazado por mala salud Tenemos que extender este criterio cuando estamos en presencia de tuberculosis testicular o general aguda, o de linfogranuloma venéreo, de chancros, de blenorragia. Si el secreto médico protege el honor de la familia, con mayor razón protege el honor de la víctima que va a ser expuesta, aunque ella no fuere su cliente, y protege a la sociedad.

No volveremos a los procedimientos anticoncepcionales que Forel suele admitir, porque ahora poseemos maneras sanas, fisiológicas, morales y estéticas para alcanzar esos fines, sin contrariar los dictados de la naturaleza y de su resolución íntima. Los cónyuges solamente, y nadie en el mundo, sino ellos, resolverán si desean tener hijos y cuántos hijos, aprovechándose de unirse, si anhelan crear nueva vida, durante el tiempo comprendido entre el día 11 y el 17, que es cuando la mujer tiene la capacidad de procrear y usando los días anteriores al 10 u 11 y después del día 17 para no tener hijos, toda vez que entonces es la época de esterilidad de la mujer.

Con referencia a la Prostitución, estamos en las filas de los que piensan que debe ser prohibida y declarada crimen. La prostitución es la fuente más rica de la propagación de la sífilis, gonorrea, tricomonorrea, linfogranulomatosis venérea, chancro blando y aun tuberculosis genital. No habiendo fuente, vertiente de contagio, no hay ríos de enfermedades sociales, como no habiendo exantemáticos, no existiría tifus exantemático, pues los piojos,— aunque picaran de uno a otro polo, no podrían transmitir lo que éllos no tuvieran.

Además, la prostitución despierta el apetito sexual a los prematuros, a los que no «desean quedarse atrás de los otros hombres», desarraiga del corazón de los hombres, el amor, llevándolos a confundir este sentimiento con la satisfacción sexual, venga de donde ella viniere.

Cúmplenos, ahora, tratar sobre el aborto artificial. En este asunto es clara la proposición: nunca debe asesinarse a un ser, sea el embrión, feto u hombre. Pero la medicina recomienda, en casos especiales, que si peligra inevitablemente la madre se debe intervenir y este precepto, colocado en la situación quirúrgica de una intervención, hay que acatarlo. Suelen los Catones que legislan sobre los demás habitantes, pero no sobre éllos o sobre su propia familia, pontificar espectacularmente en contra. Hay que mirarlos de soslayo. Un caso de intervención delicadísima es cuando se invoca el honor de la familia en favor de una niña que ha consentido entregarse a su amor, pero, en tal caso, no hay que olvidar que el honor cubre también al feto y al médico. Existen asociaciones, como la Cruz Blanca, donde puede ella ir a depositar el hijo de sus entrañas.

Sabemos demasiado que, en muchas ocasiones, la afectada no irá a la Cruz Blanca a honrar y a satisfacer su vida dando a luz a su hijo, sino que ella o su familia, con sentimiento lo declaramos, encontrará pronto médicos de la categoría de los Catones de la Pureza que la liberarán de su fardo y centenares de matronas y de clandestinas que la someterán a la ignominia de procedimientos abortivos, con exposición de su vida, la que muchas dejan, sin que la muerte haya ocultado su crimen. Hay quienes dictaminan con ronca voz, con aparente seriedad, que debe preferirse el aborto al procedimiento inocente aunque sucio y antiestético de los anticoncepcionales, es decir ellos actuarían operando un aborto, haciendo un infanticidio, y no evitando crear. Pero ambos procedimientos no se necesitan

hoy día. La Ciencia los ha eliminado y pronto quedarán en la Historia de los crímenes del pasado o de la falta de respeto a la mujer.

Analicemos el caso más grave de los que en torno al aborto se suscitan, el de la mujer violada. Una mujer soltera ha sido hecha madre por la obra de algún salvaje de la nueva ideología despertada y excitada por la sífilis adquirida o hereditaria o por sus hábitos del vicio secreto, que forman una clase de criminales, excitables, obsesionados a una idea, e incapaces de respetar nada sagrado sobre la tierra; mujer, bienes, honras, vidas. ¿Puede la moral tolerar que esa mujer que va a tener un hijo, quizás un monstruo o un criminal y cuyo progenitor ni siquiera conoce, puesto que, violada en guerras o en tumultos de masas criminales, fué atacada por muchos hombres uno después del otro, puede la sociedad seguir en el rígido camino de aceptar que sea madre aquella mujer, soltera o casada, monja, menor de edad, etc., que por la fuerza fué violada, y que concibió muy a su pesar? Sabemos que la iglesia católica repudia, en esta época histórica, todo procedimiento abortivo. Quien sabe si más tarde cambie de opinión. Pero los médicos empiezan a discutir, a titubear, a deplorar estos crímenes, los mayores que puede contemplar la humanidad, y creo que no todos se cruzarán de brazos ante el espectáculo de ver a una religiosa como madre de familia, ella que todo lo dió en su juventud, castidad, juramentos, por servir a Dios, que, en el fondo, es servir a los demás. Si una mujer en estas condiciones consulta a un médico y le solicita su intervención, ni siquiera podríamos tildarlo de incorrecto, si accede. Si ese hijo naciera sería, en el 99,9 % de los casos, descendiente de un sifilítico, de un alcohólico o de un criminal, con lo cual sólo habríamos conseguido traer al seno de la sociedad, un elemento que costaría a ésta muchos sinsabores y que sería un asiduo huésped de los hospitales, manicomios o cárceles.

Forel trata de la castración de los que no deben procrear. Hoy día este procedimiento está extendido en muchísimos países que lo autorizan con el nombre de esterilización, entre ellos Alemania y Estados Unidos, en muchos de sus Estados. Todo demente incurable, criminal nato y reincidente, todo criminal incorregible, todo enfermo crónico incurable y contagioso, care-

ce del derecho de crear nuevas vidas. Aquellos para los cuales se solicita la esterilización deben ser sometidos a un tribunal de jueces y doctores. La operación para el hombre es muy sencilla, no expone la vida ni quita el apetito sexual. Consiste en ligar el cordón espermático en ambos lados a la altura de la ingle, donde el cordón entra al abdomen. Con la anestesia local, se adormece. Se aisla el cordón espermático de las venas y arterias y se reseca un trocito. Operación sencilla y poco costosa. La esterilización de la mujer es otra cosa, pues hay que someterla a una Laparatomia, abriendo el vientre, y dislocando o ligando las trompas de Falopio entre el útero y el ovario. Según los partidarios de la esterilización, la mujer quedaría con sus funciones y con sus anhelos sexuales normales, pero la verdad es otra: la salud y el psiquismo se alteran, a la larga, considerablemente.

Para terminar las relaciones de los médicos con el sexo, copiamos el Juramento Hipocrático, base de todo secreto y toda moral profesional; Dice así al pie de la letra:

Juro, por Apolo médico, por Asclepiades, Higiea y Panacea, y tomo como testigo a todos los dioses y diosas que cumpliré, según mi poder y mi razón, el juramento cuyo texto es el siguiente: estimar como mis propios parientes a aquellos que me han enseñado este arte, de hacer vida común y, si fuere necesario, participar mis bienes con ellos; considerar a sus hijos como mis propios hermanos, enseñarles este arte, si tienen necesidad de aprenderlo, sin remuneración ni promesa escrita; de hacer conocer los preceptos, lecciones y todo el resto de la enseñanza a mis hijos, a los del maestro que me ha instruído, a los discípulos inscritos y comprometidos a someterse al reglameno de la profesión; pero a nadie más. Aplicaré los regímenes para los enfermos que les haga bien, según mi poder y mi conciencia, jamás para molestar o hacerle mal a ninguna persona. No suministraré a nadie por complacerlo un remedio mortal o un consejo que los conduzca a su pérdida. Tampoco yo procuraré a ninguna mujer ningún pesario abortivo. Yo conservaré pura mi vida y mi arte. No practicaré la talla (vesical) en un calculoso, porque esta operación es del resorte de especialistas. En toda casa donde yo entraré, será solo por el bien del enfermo, manteniéndome lejos de toda molestia voluntaria y de toda seducción, y sobre todo lejos de los placeres del amor con las mujeres o con los hombres, sean ellos libres o esclavos. Mantendré secreto lo que en

el ejercicio y fuera del ejercicio y en el comercio de la vida yo hubiere visto u oído y que eso no debería divulgarse.

Si cumplo este juramento con fidelidad, que consiga gozar de la vida y de mi arte con buena reputación entre los hombres y para siempre; y si me separo de esta conducta que me suceda todo lo contrario.

Sobre «Moral Sexual» trata el Capítulo XV y de ello nos hemos ocupado extensamente. Pero exigimos en estos tiempos que el Estado no use de los castigos terribles contra los homosexuales, así como tampoco se fustigue ni torture a los locos, porque ambos son irresponsables. No se mantienen las rígidas prácticas sobre moral que anteriormente se usaban aferrándose a penas, castigos y amenazas con respecto a invertidos natos. Hoy la convicción, el buen ejemplo y el bien de la sociedad priman sobre todo. Forel se ha adelantado a su época. Pero convencidos como él lo está, sabemos que todavía hay para los hombres una moral sexual y otra para la mujer. Pero ésta — «aunque se la ha pasado la mano» despierta y trata de imitar al hombre en sus aptitudes. Si el hombre desea alta moral sexual para la mujer, tiene él mismo que someterse a lo que a la mujer exige, o de otra manera será arrollado por ésta, que ya en mucho le lleva la delantera. Nada expresa mejor este modo de pensar de los hombres que los versos de aquella genial mujer, la monja sor Juana Inés de la Cruz, de México, que siendo jovencita, con talento raro, con intuición y conociendo el ambiente de entonces (1615 - 1659), escribió en el estilo gongoriano de la época los siguientes admirables versos. Ella vivió solamente 44 años y debe haberlos escrito a los 20 de edad. Helos aquí:

Hombres necios, que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:
Si con ansia sin igual,
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
y luego con gravedad,
decís que fué liviandad

lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco,
y luego le tiene miedo.
Queréis con presunción necia,
hallar a la que buscáis,
para pretendida Thaís,
y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro,
que el que falto de consejo,
el mismo empaña el espejo
y siente que no está claro?
Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel,
a una culpáis por cruel,
y a otra por fácil culpáis.
Pues ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?
Entre el enfado y la pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos enhorabuena.
Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar,

aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
querellas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.
Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.
Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia;
pues en promesas e instancias
juntáis diablo, carne y mundo.

No se puede reunir sentimientos más bien observados, sobre el instinto y la petulancia, jactancia y doble moral de los hombres que estas observaciones de una jovencita y monja, que en los años 1640 pudiere haber penetrado en el alma masculina. Los versos de Sor Juana Inés de la Cruz de México, llamada la décima musa, quedarán también como una prueba de la intuición de la mujer con respecto a sus instintos, y por lo tanto hay una previsión subconsciente de toda mujer, aun que sea inocente, contra los peligros de asechanzas de los libertinos. Es de maravillarse leerla en *Romances y Redondillas* en los versos de: «En que describe racionalmente los defectos irracionales del Amor» que comienzan así:

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
se que lo siento y no se
la causa por que lo siento.
Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como un deseo,
y pára en melancolía.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Siento un anhelo tirano,

por la ocasión a que aspiro,
y cuando cerca la miro,
yo misma aparto la mano.
. . . . . .
. . . . . .
Siento mal del mismo bien
con receloso temor,
y me obliga el mismo amor,
talvez a mostrar desdén.
. . . . . .
. . . . . .
Con poca causa ofendida
suelo en mitad de mi amor,
negar un leve favor,
a quien le diera la vida.
Ya sufrida, ya irritada,
con contrarias penas lucho
que por él, sufriré mucho
y con él, sufriré nada.
No se en qué lógica cabe,
el que tal cuestión se pruebe,
que por él, lo grave es leve,
y con él, lo leve es grave.
En mi ciego devaneo,
bien hallada con mi engaño
solicito el desengaño
y no encontrarlo deseo.

Omitimos copiar todo este romance, creyendo que estas pocas estrofas pintan mejor la comprensión de sentimientos que sólo creíamos encontrar en un profundo psicólogo habituado a reflexionar sobre asuntos del sexo.

El Capítulo XVI se ocupa de «La cuestión sexual en la política y en la economía política: Eugenismo» y el XVII «La cuestión sexual en la pedagogía» y el XVIII «La vida sexual en el arte», merecen atención especial por ser temas no tratados en otros libros de enseñanza sexual en la forma nueva y humana que Forel lo trata. Algunos puntos muy avanzados, para la gente que ve en todo pecado, sin comprender que ya sus hijos están adelantados en sexualiadad y sensualismo, bien preparados por sirvientes y amigotes prematuros, son dignos de meditación, como la escuela libre en el campo.

Vuelve en diversas partes a lo que en capítulos anteriores ha estudiado, al ocuparse del pudor, cuyo origen supone que tenga raíz en los ambientes primitivos del hombre, y como la historia no es otra cosa que la transmisión o herencia de todos los ambientes del pasado, hoy día este sentimiento del pudor que elevamos a la categoría de virtud correspondería al ocultamiento de los órganos creadores de vida por motivos de repugnancia, que los antiguos tendrían por las secreciones expelidas. Analicemos este sentimiento a la luz de las relaciones sexuales de la pareja humana de estos tiempos.

La vida sexual íntima que comienza por el flirteo, tiene etapas sucesivas de ocultamiento de estos sentimientos amorosos ante los demás. El amor, el apetito sexual que de él se deriva, la unión sexual, son acciones que se mantienen reservadas para sí, los que toman parte en ellas. Es muy natural que flirteen, simpaticen, se amen, se unan, tengan relaciones un hombre y una mujer; pero éstos observan, critican y conjuran el flirteo, el amor y la unión de otra pareja. Desde luego hay un egoísmo entre dos enamorados, que les permite libertades que no conceden a otros.

No hay que confundir el pudor con la actitud de la mojigata, que pierde su libertad de espíritu y se avergüenza de cosas naturales, padeciendo suplicios. En la educación no hay que estimular la gazmoñería, separando los sexos y del mismo sexo a los amigos en reuniones sencillas y visibles. Cubrir lo que despierte erotismo no autoriza a los padres y tutores a hablar de repugnante lo que Dios ha creado, ni en forma despectiva sobre todo lo que al sexo concierne, pues llevará a la mujer a su matrimonio tal distancia, horror y repugnancia a la vida sexual normal que se le espera, que puede convertir su vida en un drama continuo y en un desapego a la vida, y posiblemente, si es jovencita, apenas desarrollada apego a otra mujer.

Toda obscenidad, todo cinismo repugna de por sí a la mujer, pues su estética y su pudor nato (no el artificial creado por la hipocresía) son sus mejores defensas.

También no debemos ignorar que existen libros especiales, muy bien escritos; pero que encierran una tendencia peligrosa de erotismo tal que excita y provoca a la niña, y aun hay algunos que velada o abiertamente enseñan la necesidad de tener la misma moral que el hombre. No se dudará del pernicioso efecto de tales libros para la inocente, para la mojiga-

ta, que nada ha aprendido seriamente sobre las funciones sexuales, sobre las leyes del amor y sus derivados. En una palabra no hay ejemplo de que una mujer que ha sido enseñada, que ha asimilado la ciencia, que comienza con la Fisiología y termina con la Eugenesia haya sufrido en su espíritu de la obsesión de la que es bombardeada por su instinto y que no tiene instrucción.

Las simpatías que se despiertan entre sí dos de distintos sexos desean ocultarlas de los ojos de los demás, no sólo para evitar que sea atraído por otra persona distinta, sino por que quiere mantener el uno dentro de su corazón el culto de simpatía despertada, oculta, coloca a su amor dentro de vida interna. Si el amor los conduce a manifestaciones amorosas, éstas solamente pueden desarrollarse, sin testigos, ocultamente también. Cuando se realice el matrimonio, la relación sexual debe ser tan a obscuras, tan aislada del mundo, tanta que ojalá ni la sospecha de otros penetrara en sus intimidades. Este anhelo por ocultarse es el pudor en su forma más destacada.

Pero como el pudor exige ocultarse de los demás, y lo oculto se considera como prohibido, nace de lo oculto y de lo prohibido fácilmente lo obsceno, lo repugnante a causa de regiones con secreciones, se ha confundido pudor como antídoto de lo repugnante. Este prejuicio, día a día va desapareciendo y debe desaparecer, porque llegaríamos a considerar que los más grandes actos de la vida, la unión de la pareja humana y el nacimiento de un nuevo ser eran cosas repugnantes.

El pudor verdadero está situado en terreno elevado y sublime.

El último Capítulo de Forel el XIX «Ojeada retrospectiva y perspectivas del porvenir» es un resumen aproximado de su gran obra y es una apreciación justa de las aspiraciones que la humanidad puede tener sobre la vida sexual, que merecen ser asimiladas por la juventud.

Acostumbrados los estudiosos a leer libros de ciencia con anotaciones de millares de autores, citas interminables dentro del texto y al final, extrañarán que Forel apenas tenga algunas observaciones bibliográficas.

Aceptamos esta manera de proceder; porque los textos de consultas se habían convertido en una Historia o en un Archivo histórico de la materia que se quería tratar, pertur-

bando con llamadas y con listas interminables de bibliografías. Ya los autores no explicaban, ni enseñaban ciencia sino enseñaban fuentes de informaciones. Esto fatigaba a los estudiosos. No les servía. Este lujo de bibliografías, que más bien quería demostrar exhibición, erudición que ideas propias hace recordar el hecho de que nadie ha nacido sabiendo leer y escribir, y que tampoco a nadie se le ha ocurrido citar las fuentes de la escritura ni el de los maestros que enseñaron al niño. El que sabe ciencia lo ha ido aprendiendo poco a poco, en las cátedras, en los libros, en el intercambio de charlas, en las conferencias, en el ejercicio de su práctica, y sería pintoresco que, tuviera que detenerse en señalar cada fuente donde hubo sus conocimientos, cuando trata de explicar lo que sabe. Se comprende que un descubrimiento, que ya haya tomado carta de ciudadanía, de tiempo en tiempo debe citarse, si al caso viene. Pero en cursos de investigaciones o disquisiciones, aun no aceptadas, en todas sus partes no debemos cansar al lector con citas.

Terminamos criticando, del libro *La Cuestión Sexual* de Forel, solamente que su gran obra no tenga un índice alfabético de tantísima materia ahí estudiada. Pero los traductores que esperen dar ediciones al alcance de todos pueden subsanar este pequeño olvido.

Hemos escrito este Prefacio para la Empresa Editora que publica la traducción de *La Cuestión Sexual* en formato al alcance de la fortuna de todo adulto cultivado, convencidos que ilustrando al profesorado y a los jóvenes de ambos sexos, hemos contribuído a detener la ola de libertinaje privado y personal, y al libertinaje en la vida pública, y dentro del matrimonio, que hoy invade el mundo, y convencidos también que educando sobre las funciones creadoras y sobre las consecuencias derivadas a los que transgredan las leyes de la naturaleza, creamos una juventud sana de cuerpo y de espíritu. Debemos atribuir a la ignorancia de la Ciencia de la Vida un enorme porcentaje de inestabilidad sexual, y de desapego a la vida y de vida asténica.

Ojalá la publicación de *La Cuestión Sexual* y de mi Prólogo — que completa lo novísimo en los conocimientos relativos al sexo —, estimulara la Facultad de Medicina, a para que la enseñanza que sobre Sexología dicta el Dr. Coutts, como ayudante de la Clínica del Profesor Bisquertt, llegue a ser una clase obligatoria, independiente, de la que los médicos obtu-

vieren una instrucción, de que carecen, donde los pedagogos de ambos sexos recibieran enseñanza. Las Universidades de Concepción y la Católica, introduciendo esta asignatura crearían Profesores futuros que extenderían sus enseñanza al país. Esta educación sexual introducida en los Liceos y en todas las Escuelas Normales, llevaría al alumnado egresado una fuente de luz, en beneficio propio y en el de sus futuros alumnos.

Si solamente consiguiéramos, para las Escuelas de Servicio Social, de Enfermeras sanitarias y de Matronas lo que hemos obtenido para la Escuela de Enfermeras Hospitalarias de la Beneficencia Pública que acaba de crear la Clase de Ciencia de la Vida y Deontología, si consiguiéramos, como lo obtuvimos para la Escuela de Perfeccionamiento de la Escuela Superior Abelardo Núñez, clases similares en otros establecimientos, nuestros afanes serían largamente compensados.